

 HARLEQUIN™

Julia

Mary J. Forbes

Amor entre las nubes

Julia

Amor entre las nubes

Mary J. Forbes



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Mary J. Forbes
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Amor entre las nubes, n.º 1716- julio 2018
Título original: His Brother's Gift
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-9188-608-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

Starlight, Alaska

Comienzos de abril

Will Rubens se dejó caer en la silla de la cocina y clavó la vista en el teléfono que había sobre la encimera.

Dennis estaba... ¿muerto? Imposible. Su hermano vivía en América Central. Estaba ocupado salvando vidas...

Su cerebro invocó una imagen nebulosa de un hombre alto y rubio con gafas que aumentaban sus ojos castaños. Así era como se habían visto cara a cara tres años atrás en Washington. «Cielos, Dennis».

Siguió mirando el teléfono. La mujer de Honduras había dejado tres mensajes en la última hora. Mensajes urgentes pidiéndole que la llamara. Él había estado con Josh practicando el bateo para el inminente inicio de la Liga Infantil de Béisbol.

No culpaba al niño por no haber escuchado las llamadas. Josh necesitaba un hermano mayor en Will y la verdad era que él necesitaba al niño. El joven de once años mitigaba la década de culpa que arrastraba, porque, si hubiera sido más disciplinado en sus actos, Elke y Dennis quizá habrían permanecido en Alaska.

Pero si la mujer tenía razón, lo que quedaba de su familia había desaparecido.

Desaparecido como si nunca hubieran existido.

Se pasó una mano temblorosa por la cara.

Apoyó un codo en la mesa y la frente sobre la palma de la mano.

¿Cuándo había sido la última vez que había hablado con Dennis? ¿Un año?

¿Dos? Sí... junio de hacía dos años. Diez minutos de conversación tensa que no condujo a ninguna parte. Extraños en vez de hermanos.

Alzó la cabeza y le sorprendió el escozor en los ojos. «Dennis. ¿Qué diablos había en Honduras que no podías haber encontrado en tu propia casa?»

Pero sabía por qué su hermano se había ido a América Central durante diez años. Por qué su relación se había reducido a una llamada telefónica cada par de años.

Elke lo había querido de esa manera. ¿Acaso podía culparla?

Se puso de pie y apretó la tecla de repetición del contestador. Para asegurarse de que no lo había malinterpretado.

Acercó un papel y un bolígrafo y escuchó el traqueteo del viejo aparato.

Biiip.

—«Hola. Tengo un mensaje urgente para Will Rubens. Me llamo Savanna Stowe, y he venido desde Honduras. Espero haber dado con la residencia correcta. Me alojo en la ciudad en la Posada Shepherd. El número de teléfono es...» La máquina concluyó dando el día y la hora: miércoles, seis y doce minutos de la tarde.

Se preguntó qué hacía en Starlight. ¿Por qué simplemente no había llamado desde la cabaña en la que estuviera en América Central?

Escribió el nombre. *Savanna Stowe*.

Tenía una voz increíble. Con un deje acento sureño, lento y ronco.

Biiip.

—«Señor Rubens, sé que ha regresado de su vuelo hoy. Un hombre en el aeropuerto me dijo que se había ido a casa a dormir porque estaba exhausto. Necesito hablar con usted. Es acerca de su hermano Dennis en Honduras. Por favor, llámeme a la Posada Shepherd a cualquier hora. Mejor aún, si es posible, venga aquí y pida en recepción que llamen a mi habitación. Me reuniré con usted en el vestíbulo». Repitió el número. La máquina repitió el día y la hora: miércoles, siete y cinco de la tarde.

Biiip.

—«Señor Rubens. No estoy segura de por qué me evita. Quizá no esté en casa, o quizá no le importe su hermano. Sea cual fuere el caso, intentaré explicar por qué estoy aquí, aunque quería hacerlo en persona. Su hermano Dennis y su esposa murieron el domingo en un accidente de avión en las montañas al sur del río Catacamas. Por favor, venga a la Posada Shepherd. Es

urgente que hable con usted». Miércoles, ocho y veintitrés de la tarde.

La máquina se apagó.

Will frunció el ceño. Dennis y Elke estaban muertos. La conmoción le había hecho pasar por alto un hecho importante. Savanna no había mencionado al hijo.

El hijo de Dennis.

El que se había concebido con el espermatozoide de Will en una clínica de Anchorage hacía once años.

Savanna colgó el auricular. Shane, el recepcionista, la había llamado para informarle de que el señor Rubens la esperaba en el vestíbulo. A pesar de lo cauta que se había vuelto en los últimos diecisiete años, le había preguntado a Shane si lo conocía. Sí. Muy bien. Pescaban juntos esporádicamente desde hacía años.

Pidió que le diera diez minutos.

Miró a través de la puerta del dormitorio, donde Christopher, de diez años, estaba sentado con las piernas cruzadas enfundadas en el pijama, mientras metía un dedo en un agujero de su calcetín.

Los últimos días habían sido terribles para ambos. Cruzar Honduras desde Cedros hasta Tegucigalpa en coche, luego volar hasta Los Ángeles y desde allí hasta Anchorage para, finalmente, realizar el último trayecto hacia Starlight en un avión de seis plazas.

A pesar del sedante que le había tenido que administrar para mantener a Christopher sereno durante las últimas cuarenta y ocho horas, vio agotamiento en la expresión de sus ojos azules. Odiaba darle medicinas a menos que fueran necesarias. Cruzar un continente y medio lo había convertido en una necesidad.

Entró en el dormitorio.

—Christopher —musitó.

Él continuó con su calcetín y murmurando.

Se situó en su campo de visión.

Flap, flap.

En la mesilla estaba la agenda. La puso junto a él en la cama para que pudiera ver las marcas del día.

—Veo que te has cepillado los dientes.

—Sí.

—Ése es mi chico. Ya es hora de acostarse. Mira... —señaló «Acostarse», que él había marcado antes.

—Vale —descruzó las piernas y se metió bajo el cobertor.

Aliviada, ella volvió a dejar la agenda en la mesilla. Luego se acostaría en el camastro cerca de la puerta. Los lugares y las camas desconocidos lo inquietaban. Despertarse en medio de la noche lo traumatizaba.

Se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Buenas noches, amigo.

No esperaba una respuesta. Ya había centrado su atención en una mancha que había en la pared de la habitación.

En la puerta, aguardó unos momentos hasta escuchar el ínfimo ronquido y supo que él había permitido que el sueño le usurpara la mente.

Entrecerró la puerta.

En el cuarto de baño se miró la cara. No quería que Will Rubens viera su fatiga y asumiera que el niño a su cargo recibía menos que lo que merecía. Pero imposible eliminar las ojeras. Se las había ganado asegurándose de que la gente tuviera comida en sus mesas y agua potable que beber, y una educación que iluminara sus mentes.

Conteniendo un bostezo, se cepilló el cabello rojizo. Se dijo que lo que necesitaba era dormir. Más o menos un mes entero.

Pero primero debía ocuparse del señor Rubens. Y de Christopher.

¿Y si ese hermano de Dennis no aceptaba?

«Te quedarás las doce semanas estipuladas en el testamento para darle al hombre su oportunidad».

Y si aún renegaba de él pasados los tres meses, se llevaría a Christopher a Tennessee, tal como Dennis había estipulado, aunque esa opción era un último recurso.

En el neceser encontró el lápiz de labios.

¿Qué estaba haciendo? No era una cita. Sólo vería a Will Rubens por Christopher, para cumplir el último deseo de las dos personas que más quería y respetaba en el mundo.

Llamaron a la puerta.

A través de la mirilla, vislumbró a un hombre alto, con las manos en los bolsillos de los vaqueros, mirando un punto a la izquierda de la puerta. A pesar de la distorsión de la mirilla, sintió un ligero impacto ante ese pelo

rubio oscuro, igual que el de Dennis.

Pero la intensidad de sus ojos la aturdió. No se parecía en nada a su hermano.

Descorrió el seguro de la cadena y abrió la puerta.

—¿Señor Rubens?

Unos ojos azules mostraron un leve asombro.

—¿Señorita Stowe?

Ella extendió la mano.

—Encantada de conocerlo —él asintió. Su apretón fue firme y cálido. Ella se hizo a un lado—. Lamento no haber podido quedar abajo —le indicó que pasara a la diminuta suite, luego cerró la puerta—. ¿No quiere sentarse? —preguntó, evitando mirar su imponente presencia.

Él lo hizo. Y por primera vez, Savanna notó los vaqueros negros, las botas y la cazadora de aviador abierta que revelaba un polo gris con cuello en V. Él alzó la vista y ella notó el dolor que profundizaba sus ojos y algo se le agitó en el pecho.

—¿Quiere un poco de café? —señaló la pequeña cocina.

—No, gracias. Si le parece bien, me gustaría saber qué le pasó a mi hermano —imperceptiblemente, su boca se suavizó—. Además de morir.

Savanna permaneció junto a la mesa del televisor.

—Elke y él se dirigían a Comayagua. Tenían programado reunirse con un médico, un internista especializado en problemas de colon. Dennis tenía un paciente que necesitaba que le extirparan parte del intestino grueso y confiaba en ese cirujano.

Fue a sentarse en la silla del otro lado de la mesa de centro, frente al hombre que en ese momento, según todos los tecnicismos, era el padre de Christopher.

—Elke lo acompañó. En un principio había planeado quedarse en casa, pero Dennis... Dennis quería que disfrutaran de un tiempo solos. Rara vez podían escaparse como pareja. La vida en América Central no es fácil, señor Rubens. En particular con...

Christopher. Mantuvo su mirada para transmitirle que ninguno de los dos había sido caprichoso. Ni irresponsable.

—¿Los cuerpos? —preguntó él.

—El accidente... —tragó saliva. Se concentró en las imágenes de sus amigos—. Se quemaron. Ayer celebramos una pequeña ceremonia en su honor.

Durante largo rato él se miró las manos.

—¿Dónde está el niño?

—Christopher duerme —inclinó la cabeza—. Ahí.

—¿Está aquí? —miró a la izquierda—. ¿Lo ha traído a Alaska?

Su mirada transmitía la duda que le inspiraba la cordura de ella.

Savanna irguió los hombros.

—Sí. *Él* es el motivo por el que me encuentro aquí y por el que mantenemos esta conversación. El último deseo de su hermano era que Christopher viviera con usted si a Elke y a él... Si... morían antes de que su hijo alcanzara la mayoría de edad.

Alarmado, Will se echó para atrás.

—¿Bromea? Yo no puedo ocuparme del chico. Durante todo el verano me dedico a llevar en avión a la gente a las zonas agrestes de Alaska, y en invierno a los esquiadores y senderistas por las montañas. ¿Quién va a cuidar de él en mi ausencia? —de pronto se puso de pie para caminar por el exiguo espacio—. No puedo hacerlo. Mi agenda...

—Señor Rubens, intente calmarse...

Él soltó una risa.

—¿Calmarme? Señorita, primero me informa de que mi hermano y su esposa están muertos y luego me dice que he heredado a su hijo. ¿Cómo espera que reaccione?

—Con responsabilidad —respondió ella.

—¿Cree que no soy responsable? —la miró fijamente—. ¿Tiene idea de lo que hace falta para volar a una cadena montañosa con seis personas a bordo de un helicóptero?

Tal como Elke y Dennis habían hecho cuatro días atrás.

—Sí —repuso con firmeza—. La tengo. Y, por favor, podría hablar con un tono normal? Va a despertar a Christopher con sus gritos.

Él paró y se pasó una mano por el pelo.

—No estaba gritando.

—Ha alzado la voz.

—No gritaba —repitió obstinado.

—Muy bien. Acordamos estar en desacuerdo. Que sea lo único —él bufó—. Lo que importa en este momento es que usted es el tutor de Christopher —«y el padre».

Siguió caminando.

—¿Por qué diablos iba a hacer Dennis ese... ese último deseo cuando yo no sé nada sobre niños?

—Pero sí sabe —comentó ella con paciencia—. Solía ofrecerse voluntario en Hermano Mayor, aunque dejó de hacerlo hace un par de años cuando comenzó a entrenar equipos de la Liga Infantil.

Los ojos azules se clavaron en ella.

—Ha hecho los deberes.

Aparte de Shane, Elke le había contado más cosas de las que quería saber sobre el famoso Will Rubens.

También se había puesto en contacto con la abuela de Elke, Georgia Martin, al igual que con el alcalde de Starlight, Max Shepherd.

—No iba a trasladar a un niño de diez años del único hogar que ha conocido a esta tundra helada sin investigar con quién iba a vivir durante los próximos diez años—señaló el sofá de color ocre—. ¿Quiere sentarse, por favor, para que podamos tratar algunos temas?

—¿Qué es usted, maestra? —gruñó, pero se sentó.

—De hecho, enseño a estudiantes con necesidades especiales, aunque al principio comencé como profesora de inglés —titubeó, luego decidió que si quería que se movieran en la misma dirección, tenía que conocer su historia personal—. Elke y yo éramos compañeras de habitación en Stanford y nos hicimos buenas amigas. No importó que se casara con Dennis, mantuvimos el contacto a lo largo de los años. Luego me trasladé a Cedros y comencé a enseñar allí —dejó que él absorbiera la información—. Cuando Christopher pasó a tercer grado, Elke y Dennis me pidieron que le preparara un programa de intervención de conducta.

—¿Intervención de conducta? ¿Como las niñeras de la televisión?

—No, ayudo a niños con Desorden de Espectro de Autismo, o ASD, como lo conocemos.

Él la miró lentamente.

—¿Desorden de...?

—Sí —confirmó para que no hubiera ningún error—. Como probablemente sabe, padece el Síndrome de Asperger. Es una forma más suave de ASD. Pero autismo, no obstante.

—Dennis jamás mencionó nada sobre el autismo.

Savanna no pudo apartar la vista.

—Lo siento, señor Rubens. Quizá temían decírselo.

—Soy su hermano —movero levemente la cabeza—. *Era* su hermano. Debería habérmelo contado.

«Oh, Dennis», pensó Savanna. «¿Por qué no se lo advertiste? El niño es suyo, después de todo».

—Sí, debería haberlo hecho.

Él volvió a mesarse el pelo revuelto.

—Supongo que era lógico —añadió Will—. Dennis y yo... nuestra relación se estropeó después de... Ah, diablos. Mire, señorita Stowe, yo no puedo cuidar al niño... a Christopher. Mi trabajo me aleja kilómetros de casa y es peligroso. A un helicóptero le puede pasar cualquier cosa en las montañas. Además, mi casa... mi vida no está preparada para niños, y menos para uno con problemas. Haga que el abogado de mi hermano se ponga en contacto conmigo y yo me ocuparé de darle una pensión para meter al chico en un hogar de acogida hasta que lo adopte una familia cariñosa.

—Señor Rubens...

—Will, por favor —de pronto giró la cabeza a la izquierda.

Christopher se hallaba en el umbral del dormitorio, con las manos moviéndose a sus costados. Se había quitado el pijama y se había puesto los vaqueros y la sudadera azul que había llevado durante el viaje. Tenía las zapatillas atadas.

De su boca salió un torrente acelerado de palabras.

—A-un-helicóptero-le-puede-pasar-cualquier-cosa-en-las-montañas —el niño lo miró—. ¿Papá?

Había tomado a Will por Dennis. Savanna agarró su copia de la agenda y corrió al lado del niño.

—Christopher. Éste es tu tío Will. ¿Recuerdas que te conté... que veníamos a Alaska a ver a tu tío? Es él.

El pequeño la miró a los ojos, algo que la alegró. En los últimos dos días ni una sola vez había establecido contacto visual. Se había sentido ansioso, preocupado y desorientado, completamente alejado de su rutina.

—¿Savanna! ¿Cómo es que el tío Will se parece a papá?

—Porque es su hermano. Hablaremos más por la mañana, ¿de acuerdo, amigo? Ahora es hora de dormir —alzó la agenda y señaló el punto diez—. Ves. «Dormir». Quítate la ropa y ponte el pijama.

—Oh, sí —dio media vuelta y desapareció de vuelta en el dormitorio.

—Discúlpenos —le dijo a Rubens antes de seguir a Christopher.

Después de que el pequeño se cambiara y de arroparlo, se inclinó y le susurró al oído:

—Duérmete, amigo. Que descanses.

El niño cerró los ojos. Durante varios minutos, lo observó, a la espera. La boca se le abrió y emitió un leve ronquido; se había quedado dormido.

Le apartó el pelo del color rubio oscuro de su padre y le dio un beso en la sien. A Christopher le desagradaban los abrazos y los besos a menos que los iniciara él, de modo que Savanna se contentaba con esos rituales furtivos.

—Vaya, se duerme deprisa —comentó Will desde el umbral—. Ojalá yo tuviera esa suerte.

—No siempre ha sido tan rápido. Antes de su octavo cumpleaños, le costaba mucho dormir. El más leve ruido lo despertaba.

—Jamás oí a alguien repetir frases enteras de esa manera —musitó él.

—Es muy brillante, señor Rubens. Podría decir que es superdotado. Pero sigue siendo autista, lo que significa que su desarrollo no es el mismo que el de la mayoría de los niños. Por ejemplo, si le pidiera que nombrara un objeto muy pequeño, podría decir los electrones alrededor del núcleo de un átomo de helio.

—¿En serio? —inquirió con asombro.

—En serio.

Miró más allá de ella.

—Parece bastante especial.

—Es increíble.

Will volvió a centrar la atención en ella.

—Lo quiere.

—Con todo mi corazón —repuso sin ningún titubeo.

—¿Cuánto tiempo trabajó para mi hermano? —le preguntó tras un momento de silencio.

—Tres años. Al principio era un par de veces por semana, pero como Elke era como una hermana... Al nacer, me pidieron que fuera la madrina de Chris.

Él no respondió. No parpadeó.

—En cualquier caso —continuó, inquieta por su escrutinio—. Elke redujo las horas que pasaba en la clínica para estar con Christopher por la tarde. Yo le enseñé a manejar la conducta de él, a trabajar con rutinas.

—¿Por qué se tardó tanto en diagnosticarlo?

—Sospecharon que fallaba algo cuando tenía tres años. Aún no había

empezado a hablar, y cuando al fin lo hizo, fueron cosas repetitivas. Tampoco jugaba con los juguetes típicos, como camiones y coches —suspiró—. Al principio, Elke trató de encarar la situación por su propia cuenta, pero le resultó... extremadamente difícil. Fue ahí cuando entré yo en el cuadro.

Él seguía sin abandonar el umbral, atravesándola con la mirada.

—Nunca he trabajado con niños como él —comentó.

—Entonces, aprenderá.

Will se apartó y se dirigió a la entrada de la suite-apartamento.

—Que el abogado se ponga en contacto conmigo, señorita Stowe. Arreglaré todo para que vuelva a llevarse al niño.

—Señor Rubens...

Él se volvió con mirada dura.

—Tiene mi número. Llámeme por la mañana y discutiremos los detalles. Buenas noches —salió al pasillo del hotel y cerró a su espalda.

Por lo que Savanna había observado, Will Rubens no era como Dennis. No era gentil, ni compasivo ni cariñoso. ¿Cómo podía dejarlo con ese hombre, ese hermano que era lo opuesto que el que había llegado a respetar y admirar?

«Dennis, ¿cómo pudiste ser tan imprudente?»

Pero sabía por qué lo había hecho.

Dennis había confiado en sus recuerdos. En el único factor que hacía que Will Rubens fuera humano. Con Christopher, le había regalado a su hermano parte de su corazón.

Capítulo 2

Will soltó las llaves del todoterreno en la encimera de la cocina.

¿Qué iba a hacer con el niño... diablos, con la mujer? ¿Cómo había podido llevar al niño tan al norte sin hablarlo primero con él? Y Dennis... ¿en qué diablos había estado pensando?

Su hermano. Durante dos largos minutos, apoyó las manos en la encimera y bajó la cabeza, luchando con las lágrimas, sabiendo que el dolor y la culpa anidarían en su alma durante años. Dennis, su único hermano, la única persona en el mundo que lo había protegido con diecisiete años cuando su madre había muerto. El único miembro con su sangre al que había querido más allá de las palabras.

¿No había sido por eso por lo que le había ofrecido su ayuda cuando Dennis le había explicado su esterilidad?

«Te quiero, tío», le había dicho a su hermano en cuanto la idea entró en su cabeza. «Déjame hacer esto por ti, ¿de acuerdo?»

Y así habían hecho. A pesar de las discusiones de Elke con su madre y su abuela. Al final, Elke había ganado, había concebido, pero Dennis se la había llevado para siempre de Alaska.

Por enésima vez se preguntó por qué no había sido más comunicativo. ¿Por qué no lo había llamado más a menudo? ¿Por qué no lo había invitado a pescar o a recorrer la montaña en bicicleta? Cosas que habían hecho en sus años jóvenes.

Y ya era demasiado tarde. Demasiado tarde para ellos dos... y lo que era peor, demasiado tarde para el niño.

El contestador parpadeaba. Apretó la tecla para escuchar el mensaje.

—«Eh, Will» —exclamó la voz juvenil de Josh—. «Pensé que ya habrías

llegado a casa. Bueno... mmm... esta noche me he divertido mucho. Gracias. Nos veremos el sábado».

En tres días estaría en el banquillo con el equipo de Josh de la Liga Infantil, entrenando y dando instrucciones de último minuto.

Sesenta minutos, eso era todo lo que le había dado a Josh esa noche.

Se sintió culpable.

El chico no había dicho nada, pero Will sabía reconocer la decepción. Josh había esperado algo más que batear para practicar en Starlight Park. Había contado con que Will lo llevara a tomar un refresco a Pete's Burgers. Pero él había optado por dejarlo en la casa de su madre. Lo que era otro problema. Valerie lo había recibido en la puerta con esos ojos hambrientos y esa sonrisa dulce y suplicante.

Por su mente cruzó Savanna Stowe. Ahí no había dulzura, salvo para Christopher. Y esos ojos verdes tenían una intensa fuerza.

Calculó que tendría unos cuarenta años. Los ojos ya no eran jóvenes ni inocentes. Aunque supuso que vivir entre la pobreza centroamericana, con el sol despiadado cayendo sobre esa piel pecosa, le había hecho ganar cada una de sus arrugas.

No, no era Valerie, con su cuerpo alto y esbelto que trabajaba incesantemente para mantenerlo tonificado y firme. Pero él tampoco estaba interesado en Valerie, para consternación de Josh.

Esa noche ella lo había invitado a pasar y, como siempre, él se había negado. Ser un hermano mayor para Josh no significaba ser una cita para Valerie.

No es que fuera célibe. Salía. Pero mezclar su trabajo de voluntario con mujeres desesperadas no entraba en el cuadro. Además, había probado eso mismo el año anterior con Valerie y no había funcionado... para él.

Se quitó la cazadora y la dejó sobre una silla. Antes de acostarse, necesitaba darse una ducha.

Se levantaba todos los días al amanecer para llevar su Jet Ranger cargado con pescadores y excursionistas a las montañas Wrangell o Chugach para hacer recorridos por los glaciares. Y durante los largos días del verano, a eso sumaba luchar contra los incendios forestales.

De pronto los párpados se le cerraron. Extenuado y lleno de culpabilidad, se quitó la ropa y abrió el grifo de la ducha. Que le dieran la cama y lo dejaran morir durante una semana.

Estaba acostado cuando el teléfono volvió a sonar.

—Señor Rubens, soy Savanna Stowe.

Como si necesitara un recordatorio con esa voz.

—¿Sí?

—Lamento molestarlo tan tarde, pero me preguntaba si querría desayunar con nosotros en la posada. Invito yo, desde luego.

Recordó su boca. Bonita y plena. Imaginó que sonreía con su respuesta.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—¿Le viene bien a las ocho en punto?

No a las ocho, sino a las ocho *en punto*. No se parecía en nada a las mujeres de Alaska o a cualquiera que hubiera conocido.

—Claro. Nos vemos entonces.

—Gracias.

Colgó antes de que ella dijera buenas noches.

Las buenas noches era algo personal, y al día siguiente quería que tanto ella como el niño estuvieran metidos en un avión.

En cuanto entró en el restaurante, ella lo vio. Un hombre de altura considerable y de hombros anchos, el pelo rubio agitado por el viento, las mejillas sonrosadas por el aire vivo de la mañana. Una chaqueta de ante marrón dejaba ver debajo un jersey del color del mar Caribe, a juego con sus ojos.

—Lamento llegar tarde —dijo Will, sentándose en la silla frente a Savanna.

—No hace falta que se disculpe. Sólo son las ocho y siete.

La miró, luego se quitó la chaqueta y la colgó de la silla. Desvió la vista hacia Christopher, que trazaba un dedo por un río de Alaska en el mapa arrugado que había sacado de su mochila roja y amarilla.

—Chris —dijo ella—. ¿Recuerdas a tu tío Will? Vino a vernos anoche.

—Sí —el niño permaneció centrado en el mapa.

—El tío Will va a desayunar con nosotros.

—¿Estás de acuerdo con eso, muchacho? —preguntó Will.

—Mmmm —respondió el pequeño. Absorto en las carreteras de Alaska.

Savanna intervino.

—Christopher sabe por qué hemos viajado hasta aquí, señor Rubens, y que usted ahora es su tutor legal. Hemos hablado de ello muchas veces.

—Muchas veces —repitió Christopher, siguiendo con el dedo la autopista Tok.

—Bien —Will frunció el ceño—. ¿Podemos ahorrarnos las formalidades? Casi todos me llaman Will, y nadie de usted. El otro dos por ciento utiliza nombres que no repetiré —esbozó una sonrisa ladeada.

La bonita morena que le había servido café a Savanna apareció con una nueva cafetera.

—Eh, Will. Creía que siempre desayunabas en Lu's.

—Mindy —alargó la taza para que se la llenara—. Como dicen, un cambio es tan bueno como un descanso.

—Que Lu no oiga eso —lo miró a la cara—. ¿Vas a ir al baile del sábado? Con los ojos puestos en Savanna, bebió un sorbo de café.

—Tal vez.

—Hacía un par de semanas que no te veía —la mujer le dedicó una sonrisa soñadora—. Trabajas demasiado. Hablé con Valerie y me dijo que esta semana habías subido hasta la casa de Harlan. ¿Cómo está?

—Tan gruñón como siempre, pero de buen humor...

—Perdonen —interrumpió Savanna—. ¿Podemos dejar la cháchara para otra ocasión y pedir nuestro desayuno?

Impertérrito, Will se reclinó en la silla y sonrió.

Mindy apretó los labios.

—Claro.

—Para mi niño, una tostada sin corteza, mantequilla de cacahuete y zumo de naranja —casi rió al ver las cejas enarcadas de Will ante su demostración de posesividad—. Cereales y fruta para mí. ¿Will? —inquirió.

Él pidió el especial: huevos con salchichas, pan integral, una loncha de jamón y una ración triple de tortitas. Cuando se quedaron solos, permaneció relajado contra la silla.

—¿Mi niño?

Savanna bebió un poco de café.

—Es más fácil que explicar la situación.

Por debajo de la mesa sus rodillas se tocaron, y los dos se movieron en sus respectivos asientos.

—Razón por la que estamos aquí —dijo él—. ¿Tienes el teléfono del abogado y el testamento de mi hermano contigo?

Ella sacó una tarjeta del bolso.

—Tengo una copia legalizada del testamento, sí. Sin embargo, el señor Silas también te enviará una a ti.

—Eh. Típico de abogado tomarse su maldito tiempo sobre lo que es importante. ¿Por qué no me la envió ya o, mejor aún, por qué no me llamó por teléfono?

Savanna esperó que sus ojos transmitieran la irritación que sentía.

—Primero, te agradecería que no hablaras así delante de Christopher. Segundo, el señor Silas y yo consideramos mejor que viniera primero a hablar contigo.

—Y traer contigo a tu... pupilo —Christopher seguía con la cabeza inclinada sobre Alaska. Un mechón rubio rozaba el borde gastado del mapa.

—Sí —le entregó la tarjeta—. Ahí están el teléfono del despacho y el móvil del señor Silas —luego deslizó el sobre por la mesa—. La primera página lo explica todo.

Lo vio guardar la tarjeta en la cartera y luego extraer el documento. Se sabía las palabras de memoria. «En el caso de que tanto mi esposa, Elke, como yo, muriéramos, nombro a mi hermano William Faust Rubens, de Starlight, Alaska, y propietario-director de Rubens Skylines y padre biológico de nuestro hijo Christopher William Rubens, nacido el cuatro de marzo de mil novecientos noventa y siete, su tutor para que lo críe y eduque hasta que Christopher William Rubens alcance la mayoría de edad y sea independiente».

Una petición clara y concisa.

Él dejó el documento en la mesa antes de leer el siguiente párrafo, en el que continuaban las instrucciones de Dennis de que después de haber tomado todas las iniciativas y si la transición entre William y Christopher fracasaba, ella, Savanna Lee Stowe, debía criar al niño.

—Dennis debería habérmelo advertido. Esto no es justo.

—¿Cuándo es justa la vida? ¿Crees que es justo que...? —miró a Christopher. El silencio de Will la instó a continuar—. Tu hermano no te lo advirtió porque sabía cuál sería tu respuesta.

—Si la conocía, ¿por qué ponerlo por escrito?

—Porque jamás creyó que llegaría este día —musitó.

Se miraron largo rato.

—No funcionará —murmuró Will—. Yo no tengo pasta de padre.

—Lamento discrepar. Te ofreciste voluntario...

—Ésa es la palabra clave. *Voluntario*.

—No obstante, estás familiarizado con el comportamiento de los niños. Se te dan bien, incluso los más complicados —eso le había comentado Shane al notar las manos nerviosas de Christopher en el vestíbulo—. Y no son de tu misma sangre.

—¿De qué estamos hablando exactamente aquí? —preguntó con ojos entornados.

Ella se ruborizó un poco.

—Elke mencionó el... —miró a Christopher—... procedimiento al que te sometiste para ayudarlos once años atrás.

Él se reclinó en la silla.

—Parece que mi vida ha sido un libro abierto.

—Elke no entró en detalles. Sólo que Dennis era... —«estéril»—. Y sobre tu... muy generoso... ofrecimiento.

—Yo era joven y estúpido.

—Eras un hombre que quería a su hermano —replicó.

Eso lo hizo apartar la vista.

—Fue hace mucho tiempo.

—Y en la actualidad te lo pensarías dos veces antes de hacerlo.

Sus ojos se endurecieron.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Por el resultado o por las consecuencias?

Jugó con su taza.

—Las dos cosas. Y por la vida que llevo ahora —con la cabeza señaló la ventana—. No es fácil en Alaska.

—¿Y centroamérica lo es?

—No te rindes, ¿verdad?

—Soy la madrina de Christopher. Mi responsabilidad es con él y con tu hermano y su mujer. Pero, por encima de todo, contigo.

—Conmigo.

—Sí, contigo —no podía negarles el último deseo a sus amigos—. Tanto Elke como Dennis querían esto. Me dieron instrucciones específicas, si alguna vez pasaba algo, de que te familiarizaras con tu sobrino, y a la inversa, y de que los dos tuvierais una oportunidad igual.

—No funcionará.

Ella suspiró. No iba a ninguna parte con él.

—Will...

—Savanna —apoyó los codos sobre la mesa—. En cuanto terminemos de desayunar, os llevaré en coche a los dos de vuelta a Anchorage, donde subiréis al primer vuelo que os lleve de nuevo al continente.

Christopher alzó la cabeza.

—¿De vuelta a Honduras?

—No, amigo —afirmó Savanna, dedicándole a Will una mirada severa—. Nos quedamos en Starlight.

—¿Para siempre?

—Esperemos que durante mucho tiempo.

Por suerte, en ese momento apareció Mindy con sus desayunos. Savanna y Will se observaron mientras la camarera depositaba los platos en la mesa.

Cuando se quedaron solos, se volvió hacia el niño.

—Es hora del desayuno, amiguito. Puedes estudiar el mapa en cuanto hayas terminado tu zumo y tu tostada.

—Triángulos —dijo el pequeño.

Ella cortó el pan en dos formas geométricas; el niño eligió una y mordió una esquina.

—A Chris le gusta la comida cortada en piezas precisas —lo miró y pensó que debía darle alguna información positiva—. Es muy hábil dibujando mapas y trenes.

—Trenes —masticó la tostada y se lanzó a su tema favorito del momento—. Tenían motores a vapor, ¿sabías? La gente cree que los inventó el escocés James Watt en 1769, pero él sólo mejoró la mecánica y diseñó un condensador separado. El verdadero inventor fue Thomas Savery en 1698 en Inglaterra.

—Sí —concedió ella—. Y tú dibujas esos viejos motores con mucho detalle.

Savanna miró a Will. El corazón le dio un vuelco. Hacía tiempo que un hombre no la miraba con semejante intensidad.

—Sé que esto es como una conmoción para ti, Will —musitó—. Pero Chris y yo nos quedaremos en la posada hasta que encuentre un sitio que alquilar. Es importante que tú y tu... sobrino iniciéis el contacto lo más pronto posible.

El hombre que tenía enfrente atacó los huevos.

—Esta noche hay un vuelo que sale de Anchorage. Puedo llevaros allí en dos horas, luego podréis dormir de camino a tu casa, dondequiera que esté.

—En Tennessee —Savanna dejó el tenedor en el plato—. Será mejor que lo comprendas. No vamos a marcharnos.

Despacio, él dejó los cubiertos.

—Bien —sacó la cartera y dejó un billete de veinte—. Esta conversación se ha terminado —retiró la silla, la saludó con un gesto de la cabeza y salió del restaurante.

Al menos no había dado un no rotundo.

Esa mujer era un metro sesenta y tantos de pura terquedad. ¿De dónde había sacado que podría manejar a un niño con esa clase de conducta y problemas de aprendizaje?

El hijo de Dennis.

Y el chico tenía parte del ADN de su hermano, pero en la sangre también corrían los genes de Elke. Y Will no había sido un admirador de Elke. Después de concebir, una experiencia por la que nunca más pasaría, ésta había instado a Dennis a irse a la selva. Donde había muerto en una avioneta, no muy diferente del aparato que pilotaba él.

Ah, Dennis.

¿Por qué no había regresado a Alaska después de que el niño naciera? Ahí también necesitaban médicos como él tanto como en Centroamérica. Pero Elke creía que Dennis, con sus conocimientos, podía salvar más vidas en esas selvas abandonadas de Dios que en Alaska.

Aunque la verdad era que Elke no había querido vivir cerca de su madre, quien, de paso, había considerado al hermano menor de Dennis como un «buscador de emociones juveniles». De modo que en vez de plantarle cara a Rose Jarvis, eligió huir, llevándose consigo a Dennis.

Y Savanna Stowe quería que jugara a ser papá.

Mientras despegaba el helicóptero, durante un momento imaginó a Dennis a su lado, con esa sonrisa ladeada y maliciosa, los ojos llenos de picardías.

Sintió un nudo en la garganta. ¿En qué había estado pensando?

No podía dejar que el niño se marchara.

Christopher era la única y última pieza que lo vinculaba con su hermano.

«Mi familia», pensó. Y de pronto los ojos le escocieron. Desde la muerte de Aileen no había querido una familia. No en esa vida, no en ese *mundo*. Y ahí aparecía el hijo de su hermano, huérfano...

Esa condenada mujer tenía razón. Debía aceptar al niño. De algún modo, tenía que hacerlo.

La abuela de Elke, Georgia Martin, vivía en una casa verde de madera. Savanna había visto unas fotos dos años atrás, cuando la mujer le envió a Elke una postal de Navidad.

—No la veo desde hace once años —había dicho Elke mientras estudiaban las fotos del hogar entre enormes árboles de hojas perennes—. Mi madre no quería que hiciera lo que hice.

Concebir clínicamente a un hijo. Del hermano menor de Dennis y un hombre al que Elke había conocido al crecer en Alaska. Un hombre al que su madre, Rose, había etiquetado como un aventurero temerario que un día terminaría por matarse o, lo que era peor, por matar a Dennis.

Georgia le había dicho a Rose que dejara el tema; que la situación era entre dos adultos que consentían.

El consejo había caído en oídos sordos, y con el fin de frenar las peroratas de su suegra y salvar el honor de su hermano, Dennis se había llevado a Elke a Washington y, con el tiempo, a Honduras.

Acompañada de Christopher, Savanna bajaba por un camino de grava bordeado de casas de una época que había librado la Segunda Guerra Mundial, con abetos rojos, abedules y sauces que prácticamente los ocultaban a la vista.

—¿La ves, Chris? —le preguntó al niño que juntaba las yemas de los dedos enguantados al ritmo de cada paso—. ¿Puedes ver una casa verde con un tejado negro?

A través de los árboles, observó senderos que subían hasta las entradas de hogares de diversas formas y tamaños. Había furgonetas y todoterrenos aparcados en caminos con nieve derretida a medias.

—No. No —Christopher movió los dedos más deprisa, aumentando en su interior la agitación que Georgia despertaba en él. Le desagradaba conocer a gente nueva, las cosas que lo sacaban de su rutina—. Podría ser la calle equivocada —añadió con ansiedad.

—Cuando llamé esta mañana, la bisabuela dijo que vivía en Mule Deer Road.

—Sí, Mule Deer Road. Vamos a ver a la bisabuela en Mule Deer Road —miró al frente—. Vive en una casa verde en Mule Deer Road.

—Sigue buscándola, amigo.

La abuela de Elke había llorado al enterarse de que su bisnieto se hallaba a sólo tres manzanas de distancia. Savanna había insistido en que caminaran la distancia de siete minutos en vez de que Georgia los recogiera en la posada. Christopher necesitaba tomar el aire y el ejercicio y ella necesitaba ver Starlight.

En cierto sentido, la ciudad le recordaba los pueblos hondureños, la camaradería de sus ciudadanos. Se preguntó dónde viviría Will.

Sospechaba que los habitantes de Starlight conocían las vidas de los otros tan bien como las propias. Tal como Mindy, la camarera bailarina, y Shane, el recepcionista pescador de salmón, conocían a Will.

¿Y qué diría Georgia sobre Will Rubens, a quien había conocido siendo un niño menor que Christopher?

—Ahí está —él señaló una diminuta casa de color verde situada entre abetos robustos y elegantes y altos abedules al final de la calle.

—¿Listo? —le preguntó, viendo salir humo de lo alto de la chimenea.

Los dedos de Christopher se movieron como pistones.

—Mmmm.

Ella le tocó la mejilla y atrajo su mirada.

—Christopher. Esta es la casa de tu bisabuela. Es la abuela de mamá.

—Mamá no está aquí. Nunca estará aquí —los dedos se movían, se movían—. Mamá está en el cielo con papá.

Savanna sintió una gran agonía.

—Sí, cariño.

—Yo no quiero ir al cielo, porque entonces no podré volver a casa.

Parpadeó con fuerza y se detuvo para subir la cremallera de la cazadora que él se había abierto en el camino. Él tenía la vista clavada en la casa.

—¿La casa de la bisabuela es un hogar diferente? ¿Le gustan los mapas?

—Su casa será diferente porque aún no la hemos visto. Y tendrás que preguntarle si le gustan los mapas —le dio un abrazo rápido—. Recuerda, sé cortés.

—De acuerdo.

Subieron por el estrecho sendero entre los árboles, más allá de una furgoneta blanca oxidada y una carretilla abollada, hasta la puerta principal.

La casa había recibido una capa de pintura en el último año. Unas persianas blancas enmarcaban la única ventana delantera. Antes de que Savanna pudiera llamar a la puerta, se abrió y una mujer pequeña con unos vaqueros gastados y

una sudadera rosa les sonrió. Unos rizos plateados se movieron en su cabeza mientras sus ojos despierto irradiaban felicidad.

—Vaya, vaya —exclamó—. Esto lo supera todo.

—¿Georgia Martin? —preguntó Savanna.

—Y tú eres Savanna Stowe —vio a Christopher moviendo las manos y la expresión se le llenó de amor instantáneo—. Christopher...

—Chris, saluda a la bisabuela.

—Hola, bisabuela.

—Llámame abuela, Chris.

—Abuela —clavó la vista en la foto de un gato atigrado en el recibidor. Osciló sobre sus pies—. Los gatos son peligrosos. Digieren a roedores porque son carnívoros, y te arañan la piel.

—Sólo si están asustados, Christopher —expuso Georgia con gentileza. Se apartó—. ¿No queréis pasar?

Savanna habló con suavidad.

—¿No le importaría quitar el cuadro, Georgia? —por teléfono, mientras Chris se cepillaba los dientes, le había dado un breve resumen de lo que podía esperar del niño, aunque Elke y su abuela habían hablado del autismo de forma extensa por carta y teléfono. Esa mañana la mujer mayor había mencionado un husky siberiano, pero no un gato.

—Por supuesto —Georgia agarró el marco y lo metió en el cajón de una pequeña mesa de entrada—. En el pasado Tabs fue mi mascota.

Los movimientos de las manos de Christopher se mitigaron y Savanna lo condujo al interior de la casa.

—Lamento aparecer tan súbitamente —se disculpó.

—Oh, cariño, me alegro de que lo hicieras, aunque me parte el corazón las circunstancias —se le humedecieron los ojos—. Planeaba un viaje este verano para ir a ver a mi nieta. Ella... *era* mi único familiar.

—Elke ansiaba su visita —tocó el hombro del pequeño a su lado y sonrió—. Aún tiene a Christopher.

—Sí —Georgia contuvo las lágrimas y fue a una cocina pequeña—. ¿Quieres un café?

—No, gracias. Hemos desayunado muy bien. Georgia, sé que es impertinente por mi parte, pero necesito su ayuda.

—Lo que sea, cariño —miró a Christopher—. ¿Will se muestra inflexible? Por teléfono, también la había puesto al corriente de la situación.

—Estoy trabajando en eso. Hará falta algo de tiempo.

Georgia rió.

—Pues diría que te queda trabajo. Ese chico es muy cabezota. Pero tiene un buen corazón. ¿Qué necesitas?

—Un lugar donde quedarme mientras Christopher y él llegan a conocerse — miró al niño ir al salón, donde se sentó al estilo yoga sobre una alfombra circular junto a un husky, cuyo rabo golpeaba lentamente el suelo—. ¿Su perro es bueno con los niños?

—A Blue le encantan los niños —afirmó Georgia—. Pero la artritis le está deborando las caderas y está medio ciego. Ahora duerme casi todo el día. ¿Chris se siente bien con los perros, entonces?

—Sí —concedió Savanna, y durante un momento observaron al niño y al can—. Esperemos que Blue lo ayude a adaptarse en las próximas doce semanas... y que yo no tenga que tomar una decisión.

—¿Decisión? —la mujer mayor entrecerró los ojos.

—Llevarme a Chris a mi casa en Tennessee... si Will y él no conectan — sacó la copia del testamento de Will del bolso—. Georgia, su nieta y Dennis solicitaron... —¿cómo explicárselo a esa dulce anciana?—. Yo fui su segunda opción para criarlo —susurró antes de callarse.

Georgia leyó los párrafos subrayados, con los rizos moviéndose por el ligero temblor de la cabeza. Savanna se preguntó si se hallaría en las primera fase del Parkinson.

—Lo siento —murmuró Savanna, imaginando la última fase de la enfermedad—. No puedo imaginar cómo se siente.

—No, hicieron bien. Yo soy demasiado mayor y... —dobló el testamento con cuidado—. Bueno —le devolvió la copia con mirada penetrante—. ¿Quieres a mi bisnieto?

—Como si hubiera salido de mi propio cuerpo.

—Eso es suficiente para mí.

Savanna se relajó.

—Pero —Georgia le guiñó un ojo—, tres meses es mucho tiempo. Will y yo quizá te convenzamos de que te quedes en Alaska.

Capítulo 3

Arreglaron que Savanna y Christopher se trasladaran temporalmente a la casa de Georgia. La anciana argumentó que quería la oportunidad de conocer a su bisnieto. Y a Savanna. Quería entender a la mujer a la que su nieta le había confiado la vida del don máspreciado.

Luego fueron a la escuela primaria de Starlight para inscribir a Christopher en quinto grado para el resto del año escolar.

Regresaba a las seis a la casa después de haber comprado tres enormes filetes de salmón cuando Will apareció en un todoterreno rojo de la marca Toyota.

—Hola —dijo por la ventanilla abierta. Iba con la mano derecha sobre el volante mientras el brazo izquierdo estaba apoyado en el marco de la puerta—. En la posada me dijeron que te habías ido.

Ella se detuvo.

—Nos hemos trasladado a la casa de Georgia Martin.

Él enarcó las cejas.

—No sabía que os conocierais.

—Es la bisabuela de Christopher.

—Sé quién es, Savanna. Simplemente, no sabía que vosotras dos os conocierais, eso es todo.

—Y no nos conocíamos hasta hace ocho horas. Necesitaba un lugar en el que quedarme. Me lo ofreció, así que... aquí estamos.

Paró el vehículo.

—Sube y te llevaré.

—¿Para qué? Está ahí mismo —señaló cien metros más adelante.

—Porque necesitamos hablar —expuso.

—Sobre nuestra marcha. No me interesa.

—Sobre Christopher. He cambiado de parecer —con la cabeza indicó el asiento del acompañante—. Sube. Por favor —añadió.

Se obligó a no ceder con la celeridad que deseaba.

—¿Eres siempre tan encantador?

La sonrisa de él la derritió.

—Sólo con ciertas mujeres.

Pudo imaginarlas. Mujeres como Mindy, la camarera, dispuestas a satisfacer todos sus caprichos. Todas ellas jóvenes. No una que cada día estaba más próxima a la menopausia.

Alzó el mentón. No había pasado veinte años en el Tercer Mundo sin haberse ganado sus arrugas, su dureza.

—Yo no soy ciertas mujeres —soltó—. Y no acepto órdenes con facilidad —«y jamás de hombres tan atractivos con hoyuelos».

Él rió.

—Llena de energía.

Ella continuó andando.

—Podemos hablar en la casa.

—Savanna...

—La casa —repitió.

—Bien.

La pasó con el vehículo y lo metió en el sendero de Georgia. Bajó y la esperó con los brazos cruzados, como el director de una escuela.

Pasó a su lado. Aún tenía que crecer.

—Maldita sea, Savanna —giró para caminar a su lado—. Dijiste la casa.

—Cuando te comportes como un hombre de tu edad, hablaremos.

La tomó del brazo y la detuvo.

—¿De dónde sacas que me puedes hablar así? No soy tu pupilo y desde luego no eres mi madre.

—Por favor, quítame la mano de encima —dijo con serenidad.

Él apretó los labios, pero obedeció.

—Quiero a Christopher.

Durante un momento indefinido, se miraron, y el corazón le palpitó con fuerza.

—¿Por qué? —logró preguntarle al final.

—¿Por qué? Esta mañana lo único que querías era que lo aceptara, ¿y ahora

preguntas por qué? ¿Qué te parece esto... porque es el hijo de mi hermano?

—No es suficiente —él se quedó boquiabierto—. Primero, la sangre no te convierte en padre. Segundo, anoche y esta mañana tú...

Él alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo. No puedo negar lo que he dicho, pero le he estado dando vueltas todo el día y quiero una oportunidad —suspiró—. Él es todo lo que me queda... de Dennis.

Otra vez ella sintió un nudo en la garganta.

—De acuerdo. Podemos quedar mañana por la mañana y discutirlo.

—Entendido. Mañana —luego añadió con suavidad—. Gracias.

Savanna lo vio regresar al vehículo y trató de soslayar la sombra que se proyectó sobre su corazón.

Sosteniendo un termo de café en una mano, Will llamó a la puerta de la casa de Georgia a las siete y media de la mañana del día siguiente.

En un par de horas tenía que estar listo en la estación de servicio de vuelo para llevar a dos alpinistas a las Montañas Talkeetna.

A la pálida luz del amanecer, la casa se parecía a la suya. Una de las cosas que le gustaba de la ciudad, era la renuencia que había a masacrar el entorno en nombre del progreso.

En agosto se cumplirían siete años de su regreso.

Principalmente lo había hecho para lamerse las heridas. Para huir de un corazón roto. Roto porque Aileen había muerto por las mismas causas altruistas por las que el lunes anterior había muerto Dennis. Lo que no había entendido entonces era que resultaba imposible esconderse de los recuerdos, que requería tiempo, y a veces nunca se lograba, que la mente desterrara esas terribles imágenes.

Gracias a Harlan esas imágenes finalmente se habían desvanecido. Antiguo veterano de Vietnam, le había enseñado a un huérfano Will de diecisiete años a pilotar helicópteros... a convertir a un muchacho en un hombre que llevaba a los ricos por California y que, años más tarde, regresaría al páramo de Alaska para emplear esas habilidades para borrar el recuerdo de su novia asesinada.

La puerta se abrió.

—Buenos días, Will —saludó Georgia.

—Abuela Martin.

—Supongo que has venido para ver a Savanna y a Christopher.

—Sí, señora. Savanna me espera.

—Pasa, entonces —regresó a la cocina.

Al entrar, olió a café y a pan tostado.

Christopher estaba sentado a la mesa masticando sus triángulos de tostada. Tenía puesto el jersey azul del revés. Savanna estaba apoyada en la encimera, con una taza de café entre las manos, los ojos verdes sobre él. Ella se había puesto el jersey azul correctamente... sobre unos pechos que eran agradablemente generosos. Los vaqueros también ceñían unas piernas magníficas.

—Savanna —la saludó con un gesto de la cabeza—. Supuse que podríamos hablar antes de que me marchara a trabajar. No sé a qué hora regresaré.

—¿Adónde vas?

—A las Montañas Talkeetna con unos alpinista —explicó.

Ella giró para mirar por la ventana. La nieve cubría las copas de los árboles.

—¿La gente hace alpinismo en esta época del año?

Él se encogió de hombros.

—Ya casi estamos en mayo. No hace tanto frío como parece —siempre que el viento no arreciara. Ella miró a Christopher y él lo entendió—. No tardaremos mucho —añadió—. Podemos hablar en el porche.

—Iré a buscar mi abrigo.

Will bajó del porche trasero para caminar entre los árboles. Esa hora de la mañana era la que más le gustaba. El silencio, la paz.

Se detuvo y bebió un trago de café del termo.

—¿Por qué no me contaste que conocías a Georgia?

—No me diste la oportunidad.

Ahí tenía razón.

—Supongo que no —reconoció—. Bien, ¿cuál es la historia? ¿Está al corriente del problema del niño?

—Sí. Elke se lo contó cuando Georgia y ella empezaron a escribirse en el año 2005.

—¿Habían permanecido sin comunicarse todos esos años?

Ella se encogió de hombros.

—Como estoy segura de que sabes, los motivos eran profundos.

Sí, conocía esos motivos. La madre de Elke lo consideraba «necio y

estúpido» por arriesgar su vida al gustarle montar en moto y pilotar helicópteros, hacer paracaidismo en caída libre y navegar en kayak... y arrastrar consigo a su hermano.

Dennis, que desde que cumplió los diez años había querido ser médico.

No, no había existido ningún afecto entre Rose y él.

Pero Elke era la mujer que su hermano había elegido desde la adolescencia. En su opinión personal, creía que había sido débil ante Rose. Pero su hermano la amaba y él quería a su hermano. Fin de la historia.

—¿Quién se puso en contacto con quién primero? —preguntó.

—Georgia. Después de la muerte de Rose.

—Hace dos años.

—Sí. Le escribió una carta de dolor y le pedía disculpas en nombre de Rose, y Elke las aceptó. Mantenían correspondencia varias veces al mes.

—¿Cuándo le contaste lo del accidente? —sintió un nudo en la garganta. Le sucedía lo mismo cada vez que pensaba en Dennis.

—Ayer por la mañana. Después de nuestro desayuno.

De modo que Georgia no era la primera en la lista de Savanna como tampoco lo había sido en el testamento de Dennis. Eso le provocó satisfacción. Savanna Stowe lo consideraba a él la primera prioridad. Podía haberse trasladado a la casa de Georgia, pero había mantenido la promesa hecha a Dennis.

—Me gustaría tener una oportunidad con Christopher —dijo—. Contrataré a una niñera para los días en que vuele y no pueda estar con él o —miró hacia la casa—, lo arreglaré con Georgia —aunque esperaba que no surgiera esa necesidad.

—Georgia no es capaz de cuidar a Chris durante largos períodos de tiempo. Tiene ochenta y seis años y con un posible comienzo de Parkinson. Sin embargo, yo sí lo soy. Como te he explicado, voy a quedarme en Starlight hasta que compruebe que Christopher se ha adaptado a ti y a su nuevo hogar —hizo una pausa—. Y hasta que tenga la seguridad de que puedes cuidar de él. Si no, los dos subiremos al avión que nos saque de aquí.

Will la miró. Si su madre no le hubiera inculcado tratar a los demás con respeto, le habría dicho con términos inequívocos que podía perderse en las montañas. Volvía a usar esa actitud de superioridad.

Le seguiría la corriente. Quería al chico. Si eso significaba seguirle el juego, lo haría.

—Dime qué es lo que quieres.

Ella pareció sorprendida por su aquiescencia.

—Tendrás que adaptar tu agenda de vuelo para estar en casa cuando Christopher haya terminado su día. Entonces necesitará tu atención.

—Parece que le va bien con los mapas —volvió a mirar hacia la casa—. Lo vi con una Game Boy dentro.

Ella frunció el ceño.

—Están bien para las urgencias. Mira, salvo por su aprendizaje y sus conductas específicas, Christopher no es más que un niño pequeño. Requiere estabilidad y rutina, como otros niños. Pero también requiere mucho estímulo mental. Que tú tendrás que proporcionarle.

—Tal vez le guste jugar en un equipo de la Liga Infantil.

Ella suspiró.

—Will, ¿has leído algo sobre el Desorden de Espectro de Autismo o el Síndrome de Asperger?

—Eché un breve vistazo anoche en Internet —el escrutinio de ella le dio ganas de ponerse a caminar—. Antes de eso... —se encogió de hombros.

—Internet es un comienzo. También están la biblioteca y las librerías.

—Bien. ¿Qué me dices de su educación en la escuela?

—Ayer hablé con el director y la maestra de quinto grado de la Escuela Primaria de Starlight. Están dispuestos a dejar que me ofrezca como voluntaria como asistente de Christopher por ahora. Sin embargo, al ser su tutor, tu aportación será primordial.

—Parece que lo tienes bajo control.

—Porque mi dedicación es para con Christopher, que necesita una rutina inmediata. Y a veces ni siquiera eso funciona según lo planeado. Hoy estará ansioso. No estará familiarizado con la escuela ni con los niños. Y le preocupará que lo miren y se burlen de él.

Algo se agitó en el interior de Will. Dentro de la casa había un niño vulnerable ante el panorama de la vida. La imagen de Christopher acurrucado en un rincón debido a un gesto o una palabra crueles hizo que apretara los labios. Por primera vez se dio cuenta de lo mucho que Savanna sabía sobre el niño y de lo poco que sabía él.

—¿Siempre ha sido así? Me refiero a los niños burlándose de él.

—No. Los niños hondureños parecen más amables que los estadounidenses. Probablemente porque en el Tercer Mundo tienen ya tan poco, que las

diferencias no resultan tan evidentes.

—Me encargaré de que nadie se burle de él.

—No estarás con él cada minuto del día, Will —esbozó una sonrisa triste—. Habrá momentos en que su comportamiento atraerá miradas. El modo en que camina. Cómo tararea.

«Moviendo las manos. Repitiendo frases y palabras».

Will avanzó un tramo corto por el sendero, analizando todo lo que ella había dicho. ¿Qué entrenamiento tenía él para ocuparse de un niño con diferencias, restricciones? Ninguno. Quizá debería dejar que el niño regresara al continente para vivir con Savanna.

A través de la ventana de la casa lo vio sentado a la mesa, probablemente ocupado en sus mapas. Un niño aislado que tenía el pelo rubio de Dennis y la cara seria de Elke.

«Maldición».

Debía lograr que eso funcionara. Por su hermano, incluso por Elke. Pero, por encima de todo, por Christopher.

Se volvió hacia ella.

—¿Le gusta la escuela? —preguntó, cerrando la puerta al análisis emocional.

—Le encanta —repuso ella divertida—. Sólo desearía que no hubiera más chicos.

Will rió entre dientes.

—¿Él ha dicho eso?

—El primer día de cada año escolar. Como te he explicado, no tiene deseo de estar con otros niños.

—Por las burlas.

—Por su composición genética.

Eso dolió.

—No heredó de mí el autismo, Savanna.

—Puede que no —Elke le había dado vueltas a la misma posibilidad—. Lo que quería decir es que su condición no parece tan diferente o rara una vez que se entienden los factores fundamentales.

—¿Qué lo causa?

—Creen que radica en el modo en que se desarrolla el cerebro. Específicamente, los déficits y los retrasos en esas zonas que se ocupan de la conducta y el razonamiento social y emocional.

—¿Retrasos? ¿Quieres decir que algún día será normal?

—¿Como tú y yo? No por completo. Pero habrá dominado habilidades vitales que lo ayudarán siendo adulto —esbozó una sonrisa—. Si te ayuda en algo, se cree que Einstein, sir Isaac Newton y Henry Cavendish, el científico que descubrió el hidrógeno, tenían una forma de Asperger.

No lo ayudó.

Durante unos momentos guardaron silencio, contemplando la salida del sol primaveral.

—Eso no es todo, ¿verdad? —inquirió Will.

—Apenas hemos tocado la superficie. Pero cada día te explicaré más cuando se manifieste una conducta en particular.

Will frunció los labios.

—Parece que le gustan los mapas.

—Descubrirás que es muy posesivo con algunas cosas. Como sus mapas, su mochila, su cuaderno de dibujo. Puede estar durante horas dibujando trenes. Pero es reacio a aceptar que lo guíen. No por ser beligerante, sino porque lo asocia con lo negativo. Necesita muchos halagos y ánimos.

—Fantástico. Entonces, ¿cómo le digo cuando ha hecho algo equi... inapropiado?

—¿Por qué no vamos paso a paso?

Estuvo de acuerdo. La información que le había dado le había sobrecargado el cerebro.

La estudió mientras ella estudiaba el entorno.

Era pequeña y curvilínea, con el cabello rizado alrededor de los hombros del abrigo negro tal como los fuegos artificiales explotaban en un cielo nocturno. La genética le había proporcionado una nariz recta, con fosas nasales diminutas... y labios bien formados. Para ser besados.

En conjunto, no encajaba con nada de lo que a él le atraía en las mujeres. Tenía las cejas y las pestañas de color castaño, el mentón pequeño y fino. Y era más baja de lo que prefería. Sin embargo, su sonrisa era sincera y amable y desearía que la esbozara más a menudo.

De pronto sintió curiosidad por su edad y por el tiempo que llevaba trabajando en el extranjero.

—¿Cuántos años tienes?

Ella lo miró con ojos oscuros y abiertos.

—Eso es una grosería, ¿no crees? ¿Preguntarle la edad a una mujer?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que siendo íntima amiga de Elke, *tú* conoces mi edad —le sonrió—. Lo justo es justo. Y tampoco es que estemos interesados el uno en el otro.

—Cuarenta y dos —repuso al rato.

—¿Los has cumplido este año?

—No.

Ese año cumpliría cuarenta y tres. Los separaban nueve años. Él ya había cumplido los treinta y cuatro.

—Creo —comentó ella, yendo hacia la casa— que aquí hemos terminado.

—¿Planeas vivir con Georgia durante tu estancia aquí?

Ella titubeó.

—Me pondré a buscar algo para alquilar. Georgia es bastante amable en permitirnos quedarnos, pero preferiría no aprovecharme.

No con un niño que requería tantos cuidados. Will asintió.

—Veré lo que puedo hacer.

—No te lo estaba pidiendo.

—Lo sé —mover los pies—. Gracias por la información sobre...

—Se llama Christopher.

—Eso lo sé. Escucha, puede que tarde unos meses en readaptar mi agenda. Estoy comprometido hasta junio.

—Él no dispone de unos meses, así que supongo que depende de lo que es más importante para ti. Tu trabajo o tu sobrino.

Condenada mujer.

—Mi trabajo —dijo, respirando hondo en busca de control— paga las facturas. Mantendrá al muchacho vestido, alimentado y con un techo sobre su cabeza y hará que tenga una niñera a su disposición...

—¿Niñera? —avanzó dos pasos—. Christopher necesita a alguien especializado en tratar con niños autistas, Will. Necesitará un especialista en conducta para que lo ayude a reforzar estrategias para frenar su ansiedad y frustraciones y establecer límites. Puede necesitar un PH. Y tú tendrás que participar en su PEI. También está el trabajador de apoyo...

Él alzó las manos.

—Eh. Habla en cristiano. ¿Un PH y un PEI?

—PH. Patólogo del habla. Un PEI es un plan educacional individualizado que el colegio requiere para el volumen de tareas que se le asigne.

—De acuerdo, entendido, pero, ¿un trabajador de apoyo?

—A pesar de lo dulce que es Christopher, tú *necesitarás* descansos.

—¿Y en dónde se supone que encontraré eso?

—No lo sé. Quizá en vez de ir a bailar y a jugar al billar, puedas dedicar tiempo a investigar.

—¿Qué? ¿De dónde diablos has sacado esa mier...? ¡Argggg! —bajó por el sendero—. Elke, ¿verdad? —dio media vuelta y apuntó a Savanna con un dedo—. Pues deja que te diga una cosa, señorita Stowe. Su madre era la reina del gallinero en esa familia, así que le dije a Dennis que no se casara con su hija. También le supliqué que no se fuera de Alaska. Ya había puesto en marcha una consulta médica aquí, ¿lo sabías? Pero la quería y ella quería alejarse de Rose. Y ahora están muertos. Por ella —el dolor que le provocaba eso hizo que respirara entrecortadamente—. Y aquí tienes otra noticia. Yo abandoné la «locura»... —con los dedos entrecomilló la palabra en el aire—... el día que nació Christopher. No bebo, no fumo, y si juego al billar, es una vez al mes con gente buena y decente. Y, maldita sea, *sí*, me gusta bailar. Deberías probarlo alguna vez. Quizá te aflojara ese bloque que llevas sobre los hombros.

Giró en redondo y se dirigió hacia la puerta y el callejón que conducía hacia su vehículo.

—¡Will!

Corrió tras él. Will no se detuvo.

—Para un momento. Por favor —le rozó la manga de la chaqueta—. Lo siento. Tienes razón, estoy haciendo suposiciones cuando no debería. Ha... ha sido una semana muy dura y sé que no sirve como excusa. Me disculpo. ¿Podemos empezar de nuevo?

Respiró hondo.

—¿Vamos a discutir cada vez que algo no salga como tú quieres?

—Eso no te lo puedo garantizar, pero sí puedo ofrecerte sinceridad. Si significa los derechos de Christopher contra los tuyos, elegiré los suyos. Todas las veces.

Pasó un momento denso mientras se miraban. Bajó la vista a los labios entreabiertos que emitían un hilillo de aire en la atmósfera gélida, y se preguntó el grado de calor que sentiría si se inclinara y...

—Éste es el trato —soltó, irritado porque lograra que su libido se impusiera a su materia gris—. Mientras estés en Starlight, respetaré que eres

la figura paterna de Christopher. Pero mi tiempo libre no es asunto tuyo.
¿Entendido?

—Sólo si...

—Si afecta a Christopher. No lo afectará.

—Sí.

Una vez más intercambiaron una mirada prolongada. Otra vez sintió un cosquilleo en las entrañas.

—Te veré esta noche cuando regrese.

La dejó entre las sombras. «Te veré esta noche». No había dicho «Veré a Christopher».

Movió la cabeza.

Capítulo 4

Seis días más tarde, la maestra de Christopher llamó y dejó un mensaje en el contestador automático de Will. Quería hablar de los objetivos presentes y futuros de su sobrino.

«Debe ser el PEI que Savanna mencionó», pensó, entrando en el aparcamiento del colegio media hora después de que hubieran finalizado las clases.

Algunos chicos aún seguían en el patio jugando al baloncesto. Recordó aquellos tiempos en que había tenido doce años, allí mismo, divirtiéndose con sus amigos después de haber estado cinco horas detrás de un pupitre.

Había reído en aquellos días. Y también le había dedicado a Aileen muchas sonrisas traviesas. Y ella había disimulado sus risitas con la mano sobre la boca, pero él había sabido, tan claro como un cielo de julio, que algún día se casarían.

Qué ingenuo había sido.

No había contado con el corazón sensible de Aileen, con su necesidad de ayudar a los oprimidos, de viajar y enseñar en zonas desfavorecidas del país. Igual que Savanna y Dennis.

Avanzó por el vestíbulo de la escuela hacia el despacho de la maestra. Sus botas golpeaban en el suelo de terrazo.

Valerie estaba introduciendo datos en un ordenador. Su hijo trazaba caras graciosas sobre una pizarra junto a un archivador.

—¡Will! —exclamó el chico.

—Hola, Josh —asintió a la mujer—. Val —su cara se iluminó como una lámpara de adorno. Él apartó la vista.

—¿Qué haces aquí? —continuó Josh.

—Tengo una cita con la señorita Murphy.

—¿Por el chico nuevo? Quiero decir... ¿tu sobrino?

—Sí, amigo, he venido por Christopher.

—Oh —tono de resignación.

—Lo siento, amigo. Debería haberte hablado antes de Christopher. Lo haré luego, ¿de acuerdo? —se lo merecía, ya que en realidad era como si fuera su hermano menor—. Pero ahora mismo, he de hablar con su maestra y con el señor Germaine.

Valerie giró la cabeza en ese momento.

—Desde luego, Will —murmuró—. Sígueme —lo condujo por un pasillo pequeño que apenas había cambiado en décadas—. Señor Germaine, Will ha venido a verlo —le dedicó una sonrisa insegura y regresó a su puesto.

Will saludó con la cabeza al director.

—Harry —y estrechó la mano de la maestra—. Señorita Murphy —la mujer parecía tener veintipocos años. Apostaría el helicóptero a que la escuela de Starlight era su primer destino. Una neófita en educación. Y en el Síndrome de Asperger.

Detrás del escritorio, el hombre al que había subido en helicóptero hasta el río Copper para pescar durante los últimos cuatro años, le señaló la silla vacía junto a la señorita Murphy.

—Gracias por venir, Will. Penny, quería hablar de algunas posibilidades para tu sobrino para el próximo año. Como ella enseña quinto y sexto grados, volverá a tenerlo en su clase en septiembre. Penny, ¿por qué no le explica sus preocupaciones?

La mujer estudió un bloc de notas que tenía en su regazo.

—Como usted sabe, dentro de siete semanas será el fin de semana del Memorial Day y el fin del año lectivo, señor Rubens. Así como la señorita Stowe se ha ofrecido a estar en clase con Christopher durante ese período, ha dejado claro que no estaría aquí en el otoño.

Extrañamente, oír la noticia de labios de la maestra hacía que fuera más real que si la oyera de boca de Savanna. Sintió un nudo en el estómago.

—Por lo tanto, el señor Germaine y yo recomendamos que Chris sea inscrito en un programa especializado en septiembre.

—¿Programa especializado?

—Una clase de necesidades especiales. Hay una muy buena en Palmer.

¿Querían que Christopher recorriera cien kilómetros para asistir a una clase

separado de sus compañeros? La idea no le gustó. Años atrás, educadores como la señorita Murphy lo había singularizado a *él* por estar tres cursos adelantado en matemáticas. El empollón de primaria.

El temerario en el instituto.

—¿Ha estado ya en una clase especial? —preguntó con calma.

—Bueno, según la señorita Stowe, no. Pero...

—Entonces, no ingresará en una ahora.

—Señor Rubens...

—Will... —comenzó Harry.

—No. Quiero que Chris se quede *aquí*, con los otros chicos. No me importa de dónde saques la ayuda, pero no irá a una clase que lo hará sentirse más diferente de lo que es.

—Señor Rubens —la señorita Murphy cerró las manos encima de su cuaderno—. Sé que Christopher lleva en clase sólo una semana y no estoy del todo familiarizada con sus conductas, pero he leído que los niños autistas se pueden agitar mucho si... si las cosas no salen como ellos quieren —los nudillos se le pusieron blancos por la presión—. También son propensos a la concentración.

Will casi sintió pena por ella.

¿Y ése era un problema? ¿Es que los maestros no querían que sus alumnos se concentraran?

De pronto se dio cuenta de que se había equivocado al querer que Savanna regresara al continente. Iba a necesitar su ayuda.

—Va a quedarse en su clase, señorita Murphy —miró a Harry con lo que esperaba que fuera una expresión que dejara bien claro que no iba a cambiar de idea—. No permitiré que se interfiera con su rutina. Mientras tanto, haga que use una agenda. La señorita Stowe tiene una y él la sigue a rajatabla.

—No es tan sencillo —recalcó la maestra—. Por ejemplo, Christopher necesitará ayuda para pasar de una tarea a otra.

—¿No es ése su trabajo? —la miró fijamente.

La mujer se ruborizó; Harry carraspeó.

—Penny tiene veintinueve estudiantes en dos grados, Will. Christopher requiere más tiempo que un estudiante regular. Una clase más pequeña le evitará confusiones.

—Chris es un niño brillante —afirmó con obstinación. «Como mi hermano». Es rápido para captar una rutina —«más o menos»—. Lo he visto

en la casa de su abuela. No necesita una clase especial.

Harry suspiró.

—Bien, pero en el otoño hará falta hacerle unas pruebas para comprobar si progresa adecuadamente.

Como si fuera un conejillo de indias. Pudo imaginar lo que esas pruebas representarían para un niño en la condición de Christopher. ¿Acaso él mismo no había pasado por los mismos rigores con seis, diez y doce años porque el cociente para su edad no encajaba con su discernimiento?

Harry comprobó la carpeta que tenía delante.

—Tú eres el tutor del niño, ¿verdad?

—Sí —reconoció, incómodo—. Escucha, Harry. Dame un nombre y yo contrataré a la persona para que ayude a Christopher. No quiero que se lo someta a pruebas.

El director lanzó un suspiro.

—No puedo hacer eso, Will. Tarde o temprano al chico habrá que hacerle algunas pruebas para nuestros propios registros, así que es mejor que se le hagan ahora. Y la junta pediría mi dimisión si permito la llegada de alguien de fuera que ellos no hubieran contratado.

Will adelantó el torso.

—A Christopher se lo diagnosticó hace tres años. Desde entonces, mi hermano le hizo todas las pruebas existentes. Pregúntaselo a la señorita Stowe.

—Lo hemos hecho, pero necesitamos informes recientes ya que Christopher ahora es mayor.

—Entonces, que ella le haga las pruebas —Savanna y el niño tenían una conexión cimentada sobre la confianza y el amor.

Harry movió la cabeza.

—La señorita Stowe no es una empleada del distrito.

Will se puso de pie.

—La señorita Stowe puede hacerle las pruebas a mi sobrino —insistió—. Conoce perfectamente a Christopher —abrió la puerta del despacho—. Haré que esté aquí en veinte minutos y podrás arreglarlo con ella.

—No servirá, Will —indicó Harry—. La señorita Stowe entiende nuestros procedimientos.

—Bueno, quizá son tus *procedimientos* los que necesitan ser reevaluados, Harry.

Salió del edificio maldiciendo a los burócratas. No iba a permitir que una

maestra neófita le amargara la vida al hijo de Dennis.

Se subió a su todoterreno y fue a la casa de Georgia.

—Savanna está en la biblioteca —le dijo la anciana al abrirle la puerta.

Miró por encima del hombro de ella.

—¿Dónde se encuentra el niño?

—En la cocina con un mapa de Starlight. ¿Va todo bien?

Le explicó la política del colegio.

Georgia bufó.

—Ese Harry jamás fue capaz de ver las dos caras de la moneda, ni aunque en ello le fuera la vida. Si me necesitas, llama.

—Gracias, Nana.

La encontró en el rincón más alejado de la biblioteca de la ciudad, tecleando en un ordenador con la velocidad de una profesional. Acercó una silla de una mesa próxima. Sentándose al revés, con los brazos apoyados en el respaldo, trató de sonar casual, a pesar de que el corazón se le había acelerado.

—Hola.

Ella terminó de enviar el correo electrónico y cerró el programa. Cuando sus ojos se posaron en él, Will perdió el habla. Tenía unos ojos increíbles. ¿Por qué no había notado que eran verdes como el estanque de un bosque tranquilo? Tragó saliva y apartó la vista. Pensar en sus ojos no iba a conseguir la ayuda que necesitaba Christopher.

—Quieren volver a hacerle pruebas a Chris —informó—. No estoy a favor a menos que las hagas tú —se observaron largo rato. Will se pasó una mano por la mejilla y suspiró—. Lo que de verdad quiero es que los convenzas de que no es necesario. El chico no necesita que lo reevalúen. Cualquiera con dos dedos de frente puede ver que no es...

—¿Del todo normal?

—Típico —le ofreció una sonrisa.

Lentamente, ella se la devolvió.

—Creo que aún hay esperanza para ti, Will Rubens.

—¿Eso significa que verás a Germaine conmigo... —miró su reloj de pulsera—... en diez minutos?

Con una mano en la cintura de Savanna, la condujo a la escuela, más allá

del escritorio de Valerie hasta el despacho de Harry.

El director se tocó la corbata antes de indicarles las sillas que antes habían ocupado la señorita Murphy y él.

—Desde luego mantienes tu palabra, Will —comentó sin humor.

—No lo dudes.

Sentándose, a Will le encantó cómo Savanna fue directa al grano.

—Señor Germaine —comenzó con educación—, tengo entendido que quiere hacer que se reevalúe a Chris. Bueno, pues tiene suerte —le dedicó una sonrisa a Will—. Hace unos minutos, le envié un correo electrónico a una colega profesora, algo que debería haber hecho antes de que Chris y yo saliéramos de Honduras. Sin embargo, en las presentes circunstancias, estoy segura de que usted comprende que los últimos diez días no han sido... fáciles para nosotros.

—Desde luego.

—Tal como indiqué cuando inscribí a Christopher, se le realizó una prueba exhaustiva hace seis meses. Mi colega me enviará por mensajería urgente los resultados. Will tiene razón —continuó con su suave acento sureño—. Más pruebas sólo servirán para frustrar a Christopher. En este momento, necesita rutinas para adaptarse a Alaska. Sólo el clima ya le resulta difícil.

—¿Difícil? —Harry parpadeó.

—Para empezar, es reacio a llevar mucha ropa. Constantemente se quita el abrigo y los guantes en el exterior.

—Sus maestros se cerciorarán de que no se la quite.

Will se pasó una mano por el pelo.

—Cielos, Harry, ¿es que no tenéis ni idea de lo que es el autismo? Estos chicos tienen problemas para adaptarse a...

Savanna tocó el puño cerrado sobre su muslo. Cuatro dedos dejando marcas de calor en su piel.

—Si lo desea, señor Germaine —dijo—, puedo reevaluarlo en algunos de los campos más corrientes.

—El distrito no estaría a favor de eso —repuso Harry.

Ella apoyó las manos en el escritorio del otro.

—No es una cuestión de favorecer algo... —las sílabas salieron heladas como la nieve—... sino de lo que es *mejor* para el niño.

—Es lo que esperamos lograr —repuso él.

Reclinándose en la silla, ella sonrió.

—Y yo espero que con su conocimiento y dirección en esta escuela, Chris esté en las mejores manos simplemente porque usted hará todo lo posible para que la transición que debe realizar sea suave como la seda.

El otro carraspeó.

—Por supuesto que lo haré. Tenemos maestros contrastados en nuestro personal...

—Entonces, ¿dejará que la evaluación se postergue hasta el otoño? —preguntó Savanna.

Germaine miró a Will.

—Iniciaré el papeleo para conseguir a alguien de Palmer o Anchorage para septiembre. Hay pocos maestros de educación especial —esbozó una sonrisa contenida—. No estaría interesada en solicitar un puesto en nuestro distrito, ¿verdad?

Savanna movió la cabeza.

—No voy a convertir Alaska en mi hogar, señor, pero gracias por el ofrecimiento. Y por facilitar las cosas con Christopher —se puso de pie, asintió y salió del despacho.

«Un problema resuelto», pensó Will. «Es hora de trabajar en convencerla de quedarse».

La siguió fuera, le abrió la puerta del todoterreno y la ayudó a subir antes de rodear el vehículo y sentarse ante el volante con la vista clavada en el parabrisas.

—Agradezco tu ayuda.

—Haría cualquier cosa por Christopher.

Sus ojos se encontraron y entre ambos fluyó una corriente. Contuvo el impulso de inclinarse y darle un beso en esa boca generosa. Notó que llevaba poco maquillaje.

Ella parpadeó y esa acción lo devolvió al presente. «Christopher».

Arrancó, puso la primera y se apartó del bordillo.

—¿Quieres volver a la biblioteca?

—Allí he acabado.

—¿A la casa de Georgia?

Pasaron varios segundos.

—A tu casa.

Por sus muslos subió electricidad.

—¿A *mi* casa?

—Me gustaría ver dónde vivirá Christopher y qué necesitará antes de que me vaya en unas semanas —lo miró—. ¿O planeabas que se lo quedara Georgia?

—No.

Otra vez Christopher. Siempre Christopher. Por una vez, la verdad era que le habría gustado que pensara en él.

«¿Como una mujer?», se preguntó. «Diablos, ¿qué se te ha metido en la cabeza?»

Pero lo sabía. Savanna se había metido bajo su piel.

Irritado porque su libido hubiera vuelto a cobrar ventaja, soltó:

—¿No confías en que mi casa esté a la altura de las expectativas del niño? Para que lo sepas, la construí de la nada cuando regresé a Alaska. Tiene todo lo que puedas pedir, y de última generación —esbozó una media sonrisa—. Y para que quede constancia, el cuarto de baño lo he arreglado este año.

Ella soltó una risa rica y sincera que llenó el habitáculo. Nunca antes la había oído reír y el sonido le recorrió la sangre como un relámpago.

Savanna miró la casa con dos niveles de madera de Will, situada entre árboles de hojas perennes. Un sendero de tierra, similar al de la casa de Georgia, serpenteaba unos noventa metros hasta llegar a un porche cubierto que circundaba toda la estructura. Pero lo que la intrigó fueron las dos mecedoras de madera y el banco de mimbre situados a la derecha de la entrada.

Se preguntó cuántas noches se habría sentado allí con amigos, o quizá con una mujer, a disfrutar de un cielo tachonado de estrellas.

Junto a los escalones del porche, entre manchas de nieve sucia, unas rosas exhibían pequeños brotes. *Rosas*.

Will apagó el motor.

—Hogar dulce hogar.

—Es increíble, Will —hermoso y absolutamente a juego con el entorno agreste.

—A mí me gusta —repuso, como si le fuera indiferente la aprobación.

Pero en el despacho de Harry Germaine ella había visto que su aprobación sí le importaba.

—Ven —abrió la puerta del vehículo—. Te lo mostraré.

En el interior del porche, la embargó un anhelo inesperado.

Vivía en un hogar que ella había ansiado desde que era niña. Por supuesto, mejoraría sin las cañerías vistas, pero, ¿vivir en una casa de madera en el campo con la naturaleza del otro lado de la ventana y la puerta? Era como un sueño hecho realidad.

Los ojos se iluminaron en cuanto entró y vio la distribución de la casa de Will.

Un gran salón con una chimenea de piedra. Un televisor de cincuenta y dos pulgadas. Varios futones en cálidos tonos borgoña y roble. La cocina era el sueño de toda mujer: una isla, cacharros y sartenes colgando del techo, una maceta con hierbas y especias en la ventana, una mesa cuadrada en un rincón.

—Por ahí están los dormitorios —señaló un pasillo a la derecha de la cocina—. El principal, un despacho, dos habitaciones de invitados. He pensado que Christopher puede usar el más grande de los dos. ¿Quieres verlos?

No quería ver donde dormía Will. Donde seguro había llevado mujeres a su cama. Pero negarse significaría que le importaba. Asintió y avanzó por el pasillo con forma de T.

—El mío —señaló a la izquierda—. ¿Quieres echarle un vistazo? —los ojos le brillaron.

—No —contestó ella con sequedad.

Los hoyuelos de él se acentuaron.

—Por aquí, entonces —y la condujo en la dirección opuesta hasta una puerta al final del pasillo.

La habitación era más amplia que un dormitorio normal. Fue hasta las ventanas y contempló el paisaje de postal de bosque y nieve.

—¿Crees que le gustará? —preguntó Will por encima del hombro.

—El espacio es perfecto para su tren —repuso con los brazos cruzados a la altura de la cintura. Se volvió. Will se hallaba en *su* espacio, lo bastante cerca como para sentir el calor que emanaba de él—. Dennis y Elke le compraron un tren para su último cumpleaños —explicó—. Estaba montado en una mesa que Dennis había construido... —el recuerdo de la felicidad de sus amigos le atenazó la garganta.

Will frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Sí —desterró los recuerdos.

—¿Dónde está ahora? —preguntó él.

—Empaquetado, como el resto de sus muebles y ropa, para ser distribuidos en los pueblos en los que ambos trabajaban. Es lo que querían —«lo que pusieron en los testamentos»—. De ello se ocupan dos compañeros de Dennis. Gente de confianza. Enviarán los artículos personales, los álbumes de fotos y cualquier joya familiar que pueda haber.

—Sólo hay una joya en la familia y ya está aquí. Pero los álbumes estarían bien. He hablado con ese abogado, Silas —continuó—. Va a transferir la venta de la casa a un fideicomiso que he preparado para Christopher en Anchorage. No se tocará hasta que cumpla la mayoría de edad o surja una emergencia.

—Gracias —musitó ella—. Ha sido muy considerado de tu parte.

—No. Necesario.

—Dennis estaría orgulloso —logró decir a pesar de la emoción. Fue hacia la puerta—. He de regresar junto a Christopher —«y alejarme de ti». De todo lo que le hacía a sus hormonas.

Había entrado en la cocina cuando él pronunció su nombre.

Se hallaba en el pasillo con forma de T, un hombre cuyo poderío le llegaba como un viento caluroso que la debilitaba a su paso.

—Iré por el callejón —logró decir Savanna—. Apenas son cuatro casas.

Él avanzó despacio y ella fue incapaz de moverse.

—¿Querrás cenar conmigo mañana? —la paralizó con los ojos.

—Yo... —movió la cabeza—. No sería justo para Georgia dejarla con Christopher.

—Si encuentro un trabajador de apoyo, ¿vendrás?

—¿Hay alguno en Starlight? ¿Con experiencia? —no lo creía.

—Traeré uno de Palmer.

La siguiente ciudad. A noventa kilómetros al oeste. Recorrería esa distancia para asegurarse una cena con ella.

—De acuerdo —aceptó antes de arrepentirse—. ¿A qué hora?

—¿Qué te parece a las ocho?

—¿No es un poco tarde? —si podía evitarlo, jamás cenaba después de las siete.

—De acuerdo —sonrió—, ¿a las siete y media?

—Will, esto no es una buena idea.

—¿Porque...?

—Tú y yo necesitamos mantener nuestra relación en un plano profesional.

—¿Cuándo fue la última vez que cenaste con un hombre, Savanna?

—Ésa no es la cuestión —fue hacia la puerta de entrada.

—Entonces, ¿cuál es? ¿Te da miedo que hablemos de algo que no sea Christopher?

—En absoluto —giró. «Mentirosa».

—Vamos. Vive un poco —cruzó la gran estancia—. Estás tan entregada a la situación de Chris, que no te has brindado ni un respiro —le dedicó una sonrisa ladeada—. Estoy seguro de que Elke y Dennis no te tenían trabajando las veinticuatro horas del día.

—Eso era diferente. Estaban vivos. Ahora Chris sólo me tiene a mí —se contuvo—. Y a ti. Pero hasta que comprenda que tú eres su principal apoyo, he de estar ahí para él.

—Entendido. Pero todos necesitamos un poco de diversión en la vida —sus ojos brillaron—. Pasaré a recogerte a las siete y media.

—Will...

Alargó la mano y abrió la puerta.

—Te acompañaré a casa.

Capítulo 5

Cuando le abrió la puerta a la noche siguiente, no pudo encontrar la voz.

Llevaba una chaqueta de ante y unos chinos negros que caían sobre el empeine de unas botas del mismo color. Menos mal que no había seguido la sugerencia de él de ponerse vaqueros y se había puesto unos pantalones grises, un jersey y botas con tacones de diez centímetros. Un atisbo de su colonia le provocó hormigueos en los dedos.

Él inclinó la cabeza levemente y esbozó una leve sonrisa.

—Savanna, te presento a Molly Avonde. Vigilará a Christopher por nosotros durante el próximo par de horas.

Sorprendida, desvió la vista hacia la mujer de pie detrás de Will. La trabajadora de apoyo.

Ella se recobró.

—Permite que te presente a Georgia y a Christopher —se apartó para dejar que ambos entraran en la casa.

Quince minutos más tarde, sentada en el vehículo de Will, le preguntó:

—¿Adónde vamos a ir?

—Al aeropuerto. Quiero enseñarte dónde trabajo.

—Buen lugar para empezar —ocultó una sonrisa.

—Y yo prepararé la cena.

Lo miró.

—¿De verdad?

Él rió entre dientes.

—¿Crees que los hombres no sabemos cocinar?

—Todo lo contrario. Casi todos los hombres que conozco saben, incluido tu hermano. Es que... —«¿Qué?» Will pilotaba helicópteros, ¿por eso no debía

sentirse a gusto en la cocina? ¿Por qué iba a ser distinto que su hermano?

Porque él era diferente.

Podían parecerse, pero ahí se terminaba la similitud. Donde Dennis era serio, Will tenía un aura de diversión. Sin embargo, lo había visto tratar con Germaine en la escuela. Había sido todo determinación.

—¿Es que qué? —le sonrió.

—No pensé que tuvieras tiempo para dedicarte a cocinar.

—Necesito comer, Savanna. Todos los días. Y cuando como, me gusta tener buenos platos ante mí.

Al observar que un conejo cruzaba su sendero para perderse en el secreto del bosque, le preguntó:

—¿Qué hay en el menú?

—Conejo no, por si te preocupaba.

—Dios no lo quiera.

Otra risita.

—¿Tienes hambre?

—¿Debería?

—Sería lo mejor, sí —le dedicó una sonrisa abierta.

«Dios mío» Se preguntó si estaba metida en problemas. «Demasiados».

—Me gusta una mujer con hambre —comentó, guiñándole el ojo—. Entonces, mis esfuerzos no son en vano.

El modo en que dijo «hambre» y «esfuerzos» dejaba bien claro que no hablaba de la comida. Cerró la boca, centrándose en el paisaje agreste que había ante el vehículo.

Un pequeño letrero de madera con la palabra *Aeropuerto* los guió a un camino serpenteante y estrecho, bordeado de árboles, durante unos cien metros. De pronto se abrió a un claro en forma de rectángulo con la única pista de aterrizaje en la que se había posado doce días atrás.

Will pasó junto al hangar de dos plazas antes de detenerse delante de una cabina baja con las palabras *CASA DE LOS PILOTOS* escritas en negro encima de la puerta.

Will apagó el motor y alargó el brazo para recoger una bolsa de la compra del asiento de atrás. Antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar, bajó y rodeó el todoterreno hacia el lado de ella.

—Bienvenida a la estación de servicio de vuelo, mi otro hogar —indicó, ayudándola a bajar.

De la mano, subieron por un camino de tierra antes de que él empujara la puerta del edificio que, ciertamente, era una casa. Había un salón pequeño a la izquierda, un despacho a la derecha. Compacta pero plenamente equipada, la cocina ocupaba una cuarta parte posterior de la casa, donde una mesa de jardín se había colocado contra la ventana que daba a la pista.

—Por ahí... —dejó las compras entre el fregadero y la diminuta nevera y con el mentón indicó un estrecho pasillo—... está el aseo. Primera puerta. El dormitorio es la segunda.

Dormitorio. Mil imágenes aletearon por su mente, todas con Will y las mujeres para las que cocinaba en esa...

Mientras sacaba verduras y un pollo de la bolsa, se hallaba de espaldas a ella; no podía determinar su expresión.

—A veces los pilotos necesitan un lugar donde dormir unas horas si están de paso o durante emergencias —explicó él.

—¿Qué clase de emergencias?

—Principalmente, incendios forestales. Los chicos se acuestan un par de horas si llevan volando más de ocho horas seguidas.

Se acercó a la ventana. Vacía, la pista parecía una regla larga entre el bosque.

—¿Siempre hay tanta tranquilidad por aquí? —preguntó.

Él le entregó una copa de Merlot, luego siguió lavando pimientos, pepinos, brécol y coliflor en un colador bajo el grifo.

—En esta época del año, es la quietud que antecede a la tormenta. En el fin de semana del memorial Day, los turistas veraniegos empiezan a llegar a raudales. Gente que quiere ir de pesca, hacer senderismo, disfrutar de un recorrido aéreo.

—Te gusta tu trabajo.

Aparecieron los hoyuelos.

—Así es.

Girando, lo observó trabajar con movimientos diestros y veloces, lavando y cortando. Sazonó las pechugas de pollo y las depositó en una pequeña parrilla caliente.

—Y te gusta cocinar.

—Solía odiarlo.

—¿Qué cambió?

—Descubrí que me gusta alimentar a mi mujer.

«Mi mujer». Las palabras encendieron cada una de sus terminales nerviosas. Adrede, bufó:

—Yo no soy tu mujer, Rubens.

Una sonrisa veloz.

—Doce semanas es tiempo suficiente, señorita Stowe.

—¿Para qué? ¿Para que me conviertas en tu mujer? —Savanna rió.

—Adelante, ríe todo lo que quieras. Alaska puede ser un lugar solitario.

—Y tú estás preparado para garantizar que no lo sea.

Él paró de cortar en dados la verdura y la miró por encima del mostrador que los separaba, los ojos intensos como la estrella polar.

—Me gustas, Savanna. ¿Es que eso es un delito?

—También soy nueve años mayor que tú y estaré aquí sólo tres meses. Posiblemente menos si Christopher y tú conectáis deprisa. Esos son dos factores de por qué no soy tu mujer —le mantuvo la mirada—. Y para dejar las cosas claras, jamás seré la mujer de nadie. La actitud de cromañón está pasada de moda.

—Ay. ¿Ha sido un cachete en la mejilla?

Ella sonrió.

—Que apenas has sentido.

Él le dio la vuelta al pollo.

—¿Cómo lo sabes? Toda esa retórica de la edad y el cavernícola probablemente me ha dejado marcado de por vida.

—Lo dudo mucho. Te creces con los desafíos, lo que me deja la siguiente en la fila, porque no pienso... —«a diferencia de Valerie o de Mindy»—... caer a tus pies —concluyó.

—Savanna, Savanna —se acercó hasta donde se encontraba junto a la ventana, atrapado por su expresión solemne.

Aunque todo en ella gritaba que se apartara, no se movió.

—Me has herido con tus opiniones.

—Lo dudo —pero sintió un nudo en el estómago.

La mano libre de él le tocó la mejilla, causándole un escalofrío por todo el cuerpo.

—Primero —musitó Will—, la edad jamás ha representado un problema para mí. Si me siento atraído por una mujer, me mueve *quién es*. Segundo, el tacto jamás ha sido mi fuerte, pero tendré más cuidado en el futuro. Tercero... —bajó los dedos a su nuca y la acercó—. Tercero, cavernícola o no, me gustas

mucho. Por lo tanto, veamos hasta dónde nos lleva esto, ¿te parece?

La iba a besar. Santo cielo.

Pero, no.

Un beso en la frente. Un contacto tan ligero que imitó el aleteo de una mariposa.

Lo vio regresar junto al fogón. Se preguntó cómo iba a soportar... repeler... el magnetismo de Will Rubens en las próximas semanas.

Con las rodillas como gelatina, se sentó en una de las sillas de vinilo rojo que rodeaban la mesa.

—¿Dónde aprendiste a volar? —preguntó cuando se relajó un poco.

—Un amigo me enseñó aquí mismo, en Starlight. Ahora te toca a ti. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en el extranjero?

—Veinte años. Liberia fue mi primer destino con el Cuerpo de Paz —su mirada la ponía nerviosa.

—Debías ser muy joven. Recién salida de la universidad.

—Así fue —sonrió—. Volé a África tres días después de recibir el diploma.

—¿Por qué?

—Porque quería ayudar a la gente, hacer que sus vidas fueran más llevaderas, ofrecer un poco de felicidad.

—¿No hay miles de personas que necesitan ayuda en nuestro propio país?

—También quería ver algo de mundo —expuso.

Él movió la cabeza.

—Haz un viaje a Nueva Zelanda o Australia, diablos, vete a Groenlandia. No tienes que ir a lugares en guerra.

—No es así, Will.

Pensó en los niños demacrados, con los estómagos hinchados por la malnutrición. En las enfermedades y el agua sucia y en los rostros de la pobreza cubiertos de moscas. En la falta de educación para las mujeres.

—Muchos de esos países están en la pobreza por gobiernos corruptos, Savanna —afirmó Will—. O están gobernados por insurgentes y rebeldes.

—Algunos —lo sabía de primera mano. ¿Acaso no había sufrido su propio cuerpo una de esas atrocidades?— Pero —añadió, implacable ante el dolor de aquel recuerdo—, también es mucho más. Por eso intentamos marcar una diferencia.

—¿Intentamos?

—Gente como Dennis y Elke —«como yo».

—Mi hermano jamás debería haberse ido de los Estados Unidos. Y, desde luego, jamás después de que su mujer se hubiera quedado embarazada de Christopher.

Oyó tanta amargura en su voz. «¿Qué pasó contigo, Will? Desde luego, algo más que el traslado de Dennis y de Elke a América Central».

Estaba intrigada.

—¿Para qué me has invitado aquí? —preguntó, tratando al mismo tiempo de desviar el tema.

—Primero, para llegar a conocerte. Segundo, para darte las gracias por todo lo que has hecho por mi familia, por Christopher.

—De nada, pero cualquiera habría hecho lo mismo teniendo en cuenta las circunstancias.

—Pero no fue cualquiera. Fuiste tú. Y como ya he dicho —añadió—, me siento atraído por ti.

Ella se concentró en contemplar el paisaje cada vez más oscuro, con las luces amarillas que marcaban los límites de la pista.

—No quiero... que esto... interfiera en tu conexión con Christopher.

—¿Prepararte la cena? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Quiero tu atención en él.

Will rió.

—Puedo mascar chicle y caminar al mismo tiempo, Savanna —bebió un trago de cerveza y dejó la botella; luego le tomó la mano y la levantó de la silla—. Ven. Quiero mostrarte algo.

—¿Y qué pasa con la comida?

—Está a fuego lento. No tardaremos —la llevó por la puerta de atrás, bajaron tres escalones de madera y cruzaron una parcela de hierba hasta llegar al borde de la pista—. Mira allí —señaló a la derecha, al horizonte encima de las montañas, la noche oscura con trillones de estrellas, y sobre ese lienzo, la aurora boreal como un conjunto de hadas gigantes en verdes, rosas y azules iridiscentes.

—Ohhhh...

—Pensé que te gustaría.

—Jamás había visto algo tan hermoso —una vez más volvía a dejarla sin aliento.

—Vayamos a cenar —la guió de regreso con el brazo en torno a su cintura.

Extendiendo el calor por todo su torso.

Entraron y dejó que la alimentara. Cuando llegara el día en que se marchara de esa tierra, en que se alejara de Christopher, necesitaría toda su determinación.

Toda.

Will subió por la entrada de vehículos de Valerie cuando Josh salía de la casa enfundado en su uniforme de béisbol de color marrón y gris, con el guante de cuero en la mano.

La madre del niño, con unos vaqueros rosa y un top ceñido que exhibía descaradamente sus atributos, se hallaba en la puerta. Saludó con la mano a Will; él le devolvió el gesto.

—¿Listo para un poco de acción, amigo? —le preguntó el niño de once años cuando subió al todoterreno.

La sonrisa de Josh se extendió de oreja a oreja.

—¡Esta temporada va a ser fabulosa!

—Puedes apostar, tigre —esperó hasta que el muchacho se puso el cinturón de seguridad. Pero antes de que pudiera dar marcha atrás, Valerie bajó los escalones. «Maldición». Iba a tener que mostrarse cortés. Y fingir que no veía esperanzas en los ojos de ella.

Con una sonrisa tímida, abrió la puerta del acompañante.

—Escucha todo lo que diga Will, ¿de acuerdo? —le dijo a su hijo.

—Siempre lo hago, mamá.

—Buen chico. Hola, Will.

—Val —estaba loco por arrancar, pero se trataba de la madre de Josh, y no podía avergonzar al muchacho diciéndole a su madre que lo dejara en paz. Sabía bien lo que quería. Conversación y la atención de un hombre. Pero las mujeres desesperadas no lo atraían, y Valerie Jax era una mujer desesperada.

—¿Vas a ir al baile esta noche? —le preguntó con una sonrisa.

—Aún no lo he decidido —lo que sí había decidido era que deseaba a Savanna. Durante la cena de la noche anterior, había disfrutado de cada palabra dicha con ese acento de Tennessee. Le gustaba su inteligencia y la escuchaba con interés.

—Bueno —Valerie lo devolvió al presente—, si quieres ir, ¿quizá podríamos ir juntos?

—Mamá —Josh miró a Will.

—De acuerdo —la sonrisa de ella vaciló—. Sin presión.

—Tenemos que irnos.

El chico tiró de la puerta y a Will se le ablandó el corazón.

—Traeré a Josh a casa en dos horas —dijo—. ¿Te importa si después me lo llevo a tomar un helado?

—Eso sería agradable, Will. Gracias.

Ella cerró la puerta, pero se quedó allí hasta que desaparecieron de su vista. Sí, había convertido a Josh en su hermano menor, pero eso no significaba que Valerie formara parte del paquete.

—¿Estás bien, amigo? —le preguntó al niño centrado en el paisaje que había del otro lado de la ventanilla.

—Claro —se encogió de hombros.

—Escucha, acerca de tu madre...

—Puede ser muy pesada.

Revolvió el pelo del joven.

—Sólo le gusta bailar, camarada.

—Sí, claro... —el chico jugó con su guante de receptor.

Vio que tenía la piel roja y agrietada.

—¿Mamá hizo que te lavaras las manos antes de salir de casa?

—Sí —Josh metió las dos manos debajo del guante, escondiendo la prueba.

Will abrió la guantera y sacó el familiar tubo de crema.

—Gracias —Josh vertió un poco sobre su piel enrojecida.

—No pasa nada.

Pero sí pasaba. Valerie necesitaba un terapeuta para tratar su obsesión compulsiva... que lo incluía a él. Cuando llegaron al campo, la sensación de culpabilidad se había evaporado. En un par de horas volvería a ver a Savanna. La noche anterior habían decidido llevar a Christopher a ver su primera película.

En mitad del partido, el chico de doce años que ocupaba la tercera base se llevó las manos al pecho y cayó de rodillas.

—¡Kenny se ha hecho daño! —gritó Todd Malloy, otro niño del equipo—.
¡Entrenador, Kenny se ha hecho daño!

Varios compañeros corrieron hacia el niño acurrucado en el suelo.

Will llegó junto al pequeño.

—Kenny, soy el entrenador. ¿Qué ha pasado, amigo?

El niño tenía los labios azules; no recibía aire.

—Me... duele... el... pecho.

—Tranquilo, Ken. Respira despacio y pausadamente.

El muchacho movió la cabeza.

—Siento... como... si... tuviera... una... aguja... en... el... corazón.

Con manos temblorosas, le subió la camisa del uniforme.

Pegó la oreja al pecho del niño...

El corazón bombeaba como un tambor averiado.

—Llamad al 911 —ordenó, esperando que alguno de los padres apiñados a su alrededor tuviera un teléfono móvil—. Kenny, aguanta, amigo —pero el chico había perdido la conciencia.

Volvió a comprobarle el pulso. Apenas se percibía y era errático. Pegó las palmas al pecho del joven y ejerció lo que había aprendido años atrás durante el entrenamiento de vuelo.

La siguiente hora fue algo borroso.

Fue en la ambulancia hasta la clínica, donde se encontró con los padres del niño, a los que trató de mantener en calma mientras su hijo yacía en una camilla en urgencias.

Después de dejarlos en una sala de espera, fue a la cafetería a comprar tres cafés. El pulso le latía a cien por hora y seguía sin encontrar una respuesta a lo que había pasado en el campo.

Regresó a la sala de espera con una bandeja. La señora Harding iba de un lado a otro y Clay estaba sentado en el viejo sofá verde, con los codos apoyados sobre las rodillas.

Les entregó una taza a cada uno.

—Gracias —dijo él—. El médico aún no ha salido.

—Ken es duro —le aseguró Will.

—Nació con una lesión en el corazón, pero los médicos se la curaron. Los últimos seis años ha estado... normal... practicando deportes. Sin experimentar una sola molestia.

Will no lo sabía. Lamentó que los padres no lo hubieran puesto al corriente de la condición médica de su hijo. De no haber sido por su entrenamiento, sólo Dios sabía lo que habría podido ocurrir en el campo.

Salió al exterior, pensando en Savanna. Necesitaba oír su voz, cerciorarse

de que Christopher se encontraba bien. Tenía que oír la voz del niño.

Sólo necesitaba cinco minutos fuera para hablar por el móvil.

—Will —llamó Clay Harding desde la sala de espera.

Giró en redondo y regresó por el pasillo.

—Le han dado a Kenny algo para dormir —explicó el hombre—. Se encuentra estable, pero dentro de una hora lo llevarán a Anchorage en avión para someterlo a algunas pruebas y cerciorarse de que todo está bien —alargó una mano—. Gracias. El médico ha dicho que de no ser por tus masajes en el pecho...

Will asintió con un nudo en la garganta.

—Se pondrá bien, Clay. Dale un abrazo de mi parte cuando despierte.

Salió del hospital y fue a buscar su todoterreno al campo, a cuatro manzanas de allí. Sabía que Josh se había ido a casa con uno de los otros padres.

Al llegar a su vehículo, habían pasado tres horas desde el inicio de la emergencia; dos desde que tenía que haberse encontrado con Savanna y Christopher. Enfiló hacia la casa de Georgia.

Savanna le abrió.

—Christopher está enfrascado en otra cosa ahora —expuso con calma.

—Lo siento —se frotó la nuca—. Surgió algo. La expresión de ella le dejó claro que ese «algo» no debería haber tenido prioridad sobre Christopher—. Escucha, se lo compensaré, ¿de acuerdo?

Ella salió al porche y cerró la puerta.

—¿Qué ha pasado, Will? Tienes mal aspecto.

—Nada —no quería revivir las últimas horas, la posibilidad de que Kenny hubiera podido morir en el campo—. Escucha —se pasó una mano por la cara—, no puedo hablar de ello ahora mismo.

Ella lo estudió un momento.

—De acuerdo. Pero cuando dijiste que lo venías a recoger a las dos para llevarlo al cine y no apareciste, le dio un ataque.

—Bueno, pueden surgir contratiempos —contuvo el deseo de dar un puñetazo a la pared—. Tarde o temprano va a tener que acostumbrarse a eso.

Lo miró como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? La vida con un niño autista no es la normal. Esperan que las cosas vayan según lo planeado. Y cuando no es así... —alzó una mano—... sé que no siempre puede ser así, pero al menos podrías haber llamado para decirnos que no ibas a venir.

Eso lo irritó.

—Estaba ocupado en ese momento.

Ella plantó las manos en las caderas.

—Creo que será mejor que te vayas —su expresión se suavizó—. Dale tiempo para adaptarse, Will. De lo contrario, pensará que has venido para llevarlo al cine de todos modos.

—Bien —bajó de un salto los escalones. Después del día que había tenido, no necesitaba un discurso de una mujer que no tenía ni idea de lo que pasaba en su vida.

—Tal vez mañana —comentó ella con esperanza.

—Sí, tal vez.

Era ella quien no lo entendía. Él se estaba esforzando de verdad. Trataba de que encajaran su agenda de piloto, ser entrenador infantil y acoplarse al niño. Un niño con un fallo en el ADN, no un niño gravemente enfermo.

Como Kenny.

Al día siguiente a Christopher se le pasaría la pataleta. Y Kenny Harding podría estar muerto.

Si tenía que elegir, aceptaría la decepción de Savanna y los ataques de Christopher antes que un corazón débil.

Capítulo 6

Cuando Chris al fin se quedó dormido a las nueve, lo dejó al cuidado de Georgia, recogió la chaqueta y se marchó.

Necesitaba airearse, dar un paseo.

Calle abajo, oyó el sonido de un acordeón, una guitarra y un piano.

Las estrellas titilaban a través del oasis negro que era la noche y a la izquierda la aurora boreal oscilaba en opalescentes verdes.

Se preguntó si Will estaría bailando en la pista de baile con Mindy la camarera o con Valery.

Al acercarse al centro recreativo, una estructura de madera que servía para las reuniones del ayuntamiento, exposiciones de arte y diversos acontecimientos anuales, la música se convirtió en una balada. La calle estaba llena con furgonetas y todoterrenos aparcados. A través de las puertas abiertas, la risa alegraba la noche.

A unos metros de los escalones, se preguntó si debería entrar para ver qué podía ofrecer Starlight. No podía negar la magia de la música, de la ciudad.

¿O era la magia de Will la que estaba metiéndose bajo su piel?

¿Por qué no podía quitárselo de la cabeza? ¿Por qué había ido hasta allí, fingiendo que necesitaba un poco de aire fresco?

Ante la entrada, buscó los pocos rostros familiares que había conocido en las últimas dos semanas y media.

Shane, el recepcionista de la posada y compañero de pesca de Will, bailaba con la señorita Murphy. Valerie daba vueltas por la pista con un hombre mayor. ¿Su padre? No por el modo en que la miraba. La camarera Mindy bailaba y charlaba con un hombre de rostro arrugado.

—Eh, señorita Stowe.

Al girar vio a Shane yendo hacia ella, la cara rechoncha partida por una sonrisa.

—Hola, Shane.

—¿Quiere bailar?

—De hecho, sólo salí a dar un paseo y escuché la música.

—Estupendo, ha llegado en el momento apropiado —la tomó de la mano y tiró de ella hacia la pista.

Savanna rió.

—Desde luego, no pierde el tiempo, ¿verdad?

—No, señora. No puedo permitirme ese lujo —comenzó a moverse al son de la música—. No cuando los hombres de este estado superan a las mujeres.

—Pues no se haga ilusiones —bromeó—. No voy a quedarme a vivir aquí.

—Es una pena. Sería de gran apoyo a nuestro sistema escolar.

—¿Es lo que piensa la señorita Murphy? —miró a la mujer joven que rodeaba el cuello del maestro de sexto grado.

—Ella y todos en la ciudad —indicó Shane—. Probablemente ya se ha dado cuenta de que nuestros expertos en educación especial no son muy numerosos aquí. Si queremos evaluaciones especiales, tenemos que llamar a alguien de Palmer —la hizo dar vueltas—. ¿No tomará en consideración la posibilidad de quedarse?

Savanna rió.

—¿Trabaja en la junta de educación?

—No, pero el hijo de mi hermana tiene muchos problemas. No puede lograr que nadie lo evalúe.

—¿En Starlight?

—No. En las Montañas Chugach. Le da clases en casa.

—¿En qué lugar de las montañas?

—En el páramo —de pronto la miró fijamente—. ¿Evaluaría usted a mi sobrino si la lleváramos allí?

Savanna no vaciló.

—¿Comportamiento?

—Como su chico.

—¿Sabe lo de Christopher?

—Es una comunidad pequeña, señorita Stowe.

Desde luego.

—Damas y caballeros —atronó una voz.

La multitud se detuvo y giró hacia el pequeño estrado donde un hombre le había quitado el micrófono a la cantante, una mujer de unos treinta y tantos años con el pelo largo y negro.

—Ésta es una noche especial. Como muchos de ustedes ya saben, el pequeño Kenny Harding hoy ha sido trasladado a Anchorage.

Se oyeron murmullos.

El orador continuó:

—Los Harding me han pedido darle las gracias a una persona especial. Pero primero queremos darles las gracias a todos por haber venido esta noche. Sus generosos donativos para pagar los gastos médicos... —señaló una mesa cubierta con un mantel blanco a un lado del escenario, donde una mujer y un hombre sentados en unos taburetes vigilaban una caja de cartón—. La caja está casi llena.

Aplausos, vítores, silbidos.

—Gracias desde el fondo de nuestros corazones. Y ahora quiero que Will Rubens suba aquí. Entrenador, ¿dónde estás?

Por primera vez, Savanna notó su pelo rubio oscuro entre la multitud. Él la miró una vez, luego se dirigió a los cinco escalones de madera. Lo seguía una mujer de unos veinticinco años, que se quedó abajo. Aunque no dejó de seguir cada movimiento de Will con la vista.

Él asintió con la cabeza a la multitud contenta.

—Nuestro héroe —anunció el orador, dándole una palmada en el hombro—. Will, Clay y Amy quieren que la gente de Starlight sepa que de no haber sido por ti... bueno... el joven Kenny no estaría donde está ahora, descansando y recuperándose bajo cuidados expertos —el hombre estrechó la mano de Will—. Todos los aquí presentes queremos darte las gracias ofreciéndote una noche que tú elijas en la Posada Shepherd.

Se oyeron más vítores y aplausos.

Él tomó el micro y esperó que la gente se calmara.

—Gracias, amigos —su voz profunda resonó por la sala—. Sólo tuve la suerte de estar en el lugar adecuado en el momento adecuado —miró a Savanna y la sonrisa vaciló—. Y ahora veo a una joven dama a la que me gustaría invitar a bailar —se acercó a la cantante, le dijo algo y luego bajó los escalones.

La multitud aplaudió, la orquesta comenzó la canción y Will se detuvo para hablar al oído de la señorita de veintitantos años. Apretando el hombro de la

joven, dio media vuelta y cruzó hasta donde se hallaba ella.

Savanna respiró hondo para calmar sus nervios. Sus ojos eran tan intensos al mirarla.

—Lamento interrumpir, amigo —le dijo a Shane—. ¿Un baile, señorita Stowe? —sin titubeos, la tomó en brazos.

—¿Por qué no me lo contaste esta tarde? —preguntó ella. Olía maravillosamente. A bosque y noche.

—¿Que uno de mis jugadores necesitaba ayuda? —enarcó una ceja.

—¿Habría sido tan difícil de explicar?

—No debería explicarlo, Savanna. Mi palabra debería significar algo. Si no es por la muerte o una emergencia, la respeto —la pegó contra su pecho.

—Perfecto para la gente de aquí —ella miró alrededor—. Ellos conocen tus costumbres. Yo no.

—Pero podrías —aparecieron sus hoyuelos.

Coqueteaba con ella. Evitando esos ojos penetrantes, dijo:

—Aquí hay mujeres que han leído tus hábitos mejor que yo —«como esa joven de veintitantos años que nos mira con ojos centelleantes».

—Y yo ya te he dicho que no estoy interesado en ellas. ¿Cuándo fue la última vez que te sacaron a bailar?

—En la universidad —admitió ella.

—Entonces, no vamos a perder ningún sábado a partir de ahora.

—Perdón... ¿Will? —interrumpió una voz femenina—. ¿Puedo hablar contigo un minuto?

Él no dejó de bailar.

—¿Puedes esperar, Val?

—Es sobre Josh.

Miró a la mujer.

—¿Qué le sucede?

Una mirada fugaz a Savanna.

—¿Podemos hablar en privado?

—Val, a menos que esté en problemas, me gustaría acabar este baile.

—Oh —otra mirada a Savanna—. Bueno... de acuerdo —le dedicó una leve sonrisa y se movió entre la gente.

—¿Por dónde íbamos?

—No estoy segura —murmuró Savanna sobre su hombro—. A Valerie le gustas.

—Está obsesionada conmigo.

—¿Puedes culparla? Eres la figura paternal que su hijo no tiene —le dijo lo que le había dicho Georgia.

—Josh es un buen chico. Hace un par de años necesitó un hermano mayor y yo me ofrecí voluntario. Pero no soy su padre.

—Claro que no. Eres el hombre atractivo al que le encanta entrenar en la Liga Infantil. ¿Cómo puede perder?

—Atractivo, ¿eh? —le dedicó una sonrisa traviesa.

—Que no se te suba a la cabeza.

Él rió.

—Tu conversación me estimula, Savanna —un giro a la derecha, otro a la izquierda—. Lo que estaba pensando —añadió sobre su cabello—, es que me gustaría llevaros a Christopher y a ti a dar una vuelta en helicóptero mañana. ¿Crees que podrías arreglarlo?

—Lo prepararé. Sin embargo, como no sea tranquilo...

—Estaremos bien —cortó él—. Pero le daré unos folletos de helicópteros por la mañana para que se familiarice con ellos.

—Eso sería estupendo, Will.

—¿Ves? No soy tan mal tipo después de todo.

—No —reconoció ella.

Él sonrió.

—¿Me perdonas?

—No había nada que perdonar. Eres un buen hombre y con el tiempo serás el padre que Christopher necesita.

El júbilo de él menguó.

—Esperemos.

—Es lo único que se puede hacer con los niños.

Cuando sonó el timbre a las nueve y cuarto, Savanna agradeció que Will se presentara en punto a recogerlos. Durante el desayuno había estado preparando a Chris para el paseo en helicóptero y el niño se mostraba predispuesto.

—¿Abro yo? —le preguntó Christopher a Georgia.

—Sí, cariño, es lo que se hace cuando suena el timbre.

—Mi papá decía que jamás abriera la puerta sin preguntar antes. Ésa es la

regla.

—Y es buena. Abre la puerta, Christopher.

Oyó el saludo de Will.

—¿Vamos a ir al aeropuerto ahora? —preguntó el pequeño—. Son las nueve y diecisiete minutos. Llevamos dos minutos de retraso.

—En marcha —Savanna sacó su abrigo del armario de la entrada—. Llamaré cuando volvamos a eso de las dos —le dijo a Georgia.

—Que os divirtáis —dijo la anciana cuando Savanna la abrazó antes de salir por la puerta.

Con el cinturón de seguridad puesto detrás del asiento del conductor, el hijo de Elke miraba por la ventanilla.

—¿Vas bien ahí atrás, camarada? —le preguntó Savanna.

—Sí, porque voy sentado en un Toyota 2004 4Runner SR5 con cuatro focos en el techo y *Consumers Report* dice que son muy fiables y...

Will rió y miró a Savanna.

—Me agrada que te gusten las máquinas, Chris.

—El año pasado le gustaban los coches —señaló Savanna—. ¿No es cierto, amigo?

—Me gustan más los trenes. Los helicópteros están en segundo lugar.

—Espera a subir a uno —comentó Will divertido.

—Estoy deseando.

Savanna estiró el brazo y palmeó la rodilla de Chris cuando el pequeño comenzó a mover las manos.

—Recuerda, volar en el helicóptero de Will es como volar en un avión, sólo que el helicóptero tiene ventanas como burbujas y no es muy grande por dentro —la agitación de las manos se incrementó—. Ya casi hemos llegado, cariño —indicó al ver que Will salía del camino principal y se metía en el sendero serpenteante.

Lo vio mirar por el retrovisor y se dio cuenta de que estaba nervioso.

Aparcó delante del hangar. Bajaron del vehículo, con Christopher aferrando la mochila, y siguieron a Will al interior oscuro, donde había dos aviones de un motor.

—¿Dónde está tu Jet Ranger? —preguntó Christopher.

—Ah, has leído el folleto.

—Mmmm. El Jet Ranger puede cargar 3.000 kilos. Con capacidad para un piloto, tú, y cuatro pasajeros, Savanna, yo y otras personas, pero no hoy. Su

velocidad de crucero es de 120 millas por hora y es uno de los mejores helicópteros de turbina ligera.

—Buen trabajo, amigo —le revolvió el pelo; Christopher se apartó con brusquedad—. Ay. ¿Te he hecho daño, Chris?

Savanna captó la expresión desconcertada de Will.

—Chris, dile a Will por qué no te gusta que la gente te toque la cabeza.

—Es el lugar de mis pensamientos. No quiero que la gente toque mis pensamientos.

Will miró a Savanna.

—Gracias por decírmelo, amigo. No lo repetiré.

—A Chris también le gustan los abrazos —dijo ella—, pero él debe darlos primero. ¿Verdad, Chris?

—Mmmm. Yo doy abrazos. ¿Dónde está el Jet Ranger?

Will abrió la puerta de atrás.

—Allí —indicó el helicóptero posado sobre el asfalto a unos treinta metros.

—Bien —el niño abrió mucho los ojos. Se puso de rodillas, hurgó en su mochila y sacó el folleto—. Es igual que en la foto.

—Sí. Es el mismo pájaro.

—No es un pájaro. Es...

—Lo sé, Chris. Los pilotos a menudo llaman a sus aviones y helicópteros pájaros, porque más o menos volamos entre las nubes igual que lo hacen las aves.

—Oh.

La paciencia de Will inflamó el corazón maternal de Savanna.

—¿Listo? —preguntó él.

Pero Christopher corrió hacia el helicóptero, gritando:

—¡Esto es asombroso!

Savanna sintió un nudo en el estómago. El aparato parecía pequeño y limitado. Elke y Dennis habían muerto en un Cessna. En montañas tan agrestes como las que había en el horizonte.

—Savanna —Will se situó junto a ella—. Conozco estas montañas como la palma de mi mano.

—Igual que el piloto de ellos —comentó, sin ocultar los pensamientos que con tanta precisión él había entendido.

—Pero yo no soy él. Jamás os llevaría a Christopher y a ti si no fuera seguro —ella lo miró a los ojos—. Vamos —instó con suavidad—. Mira a

Christopher. Está encantado.

Ciertamente, el pequeño corría alrededor del helicóptero con los ojos como platos, archivando detalles en su cerebro receptivo.

—¿Sabe cómo murieron Elke y Dennis...?

—Se lo conté. Varias veces. Pero los niños con Asperger a menudo bloquean la información que los abruma.

—Los recordará, ¿verdad?

—Cuando ve sus fotos o cuando hablamos de ellos.

—¿Lloró?

Se había acurrucado en un rincón, meciéndose y sin dejar de tararear. El sonido más lastimero que Savanna había oído en toda su vida. Había tenido que darle un tranquilizante.

—Sí, lloró. Aunque no como lo hace la gente corriente —añadió en voz baja—. Otro día te lo explicaré.

Will respiró hondo.

—No necesito saber cómo se lo tomó.

—No estoy de acuerdo —replicó Savanna—. Eres su padre, Will. Es tu obligación saberlo. ¿De qué otra manera entenderás a tu hijo?

«¿Cómo lo entenderás?»

Will miró al niño bien sujeto con el arnés de seguridad a su lado, moviendo las manos como un pájaro con un ala rota. Algo se alteró en su interior. Además de Savanna, él era la última esperanza del pequeño, el último punto de aterrizaje que tenía, como se decía en el mundo de la aviación.

De pronto no deseó otra cosa que tomar esos dedos trémulos entre los suyos y decirle al pequeño que no se preocupara... igual que había hecho Harlan con él la primera vez que se había subido a un helicóptero hacía diecisiete años. Deseó poder explicar cómo se había sentido, que había tenido mariposas en el estómago, al tiempo que también se había sentido igual que si se hallara en la cima del mundo. Pero no podía. El niño no era como los otros niños. Era especial y, por encima de todo, necesitaba su comprensión.

Regresaron al aeropuerto de Starlight cincuenta minutos más tarde. Después de posar el aparato sobre el asfalto y apagar el motor, se volvió hacia

Christopher.

—Bueno, ¿crees que te gustan los helicópteros tanto como los trenes?

—Los helicópteros son aparatos de aire. No son lo mismo.

El orgullo de Will menguó un poco.

—¿Eso significa que no te gustan tanto como los trenes? —sintió que Savanna lo esperaba.

Christopher miró por el parabrisas.

—Los helicópteros son mejores que los trenes. Pueden ir a sitios a los que los trenes no llegan. ¿Cuándo puedo volver a subir?

Will se quitó las gafas de sol.

—Primero veamos cómo está mi agenda, ¿de acuerdo?

—¿Tienes una agenda?

—No podría vivir sin ella.

Christopher movió el mentón en un gesto exagerado de asentimiento.

—Lo entiendo.

Will le guiñó un ojo a la mujer sentada detrás de ellos. El niño y él habían encontrado un punto en común diminuto. Lo que quedaba por hacer era trasladarlo de la casa de Georgia a la habitación que le había mostrado a Savanna la semana anterior... y convencerla de trasladarse con ellos como niñera del pequeño.

Capítulo 7

Una hora antes de la cena del miércoles, Will se afanaba por arrancar un acebedo de un rincón de su casa cuyas raíces con los años se habían convertido en maleza.

Entonces oyó que un vehículo se detenía en su entrada de coches.

El viejo Dodge Dakota de Valerie.

Bufando, se echó la gorra hacia atrás y se secó el sudor de la frente. Esa mujer era como un terrier, cuando cerraba las fauces en una pierna, no la soltaba.

Con el hacha en la mano, salió del agujero mientras ella bajaba de su furgoneta.

—Hola, Val.

—Will.

—¿He olvidado recoger a Josh o algo así? —sabía que no. No tenía que ver al joven hasta el sábado, cuando el equipo quedara en el campo para entrenar.

—No. Está en la casa de Roger jugando con la consola —estudió su casa—. Es precioso cómo el sol atraviesa los árboles e ilumina la madera.

—Sí, supongo —se preguntó si eso tenía algún sentido—. ¿Necesitas algo, Val?

Ella respiró hondo y con una bota jugó con un trozo de tierra. Fue ahí cuando Will lo entendió. Lo necesitaba a *él*. ¿Es que no le había dejado claro en el baile que no estaba interesado?

—Yo, mmm... —esbozó una risita de colegiala.

Will ladeó la cabeza. No se lo iba a poner fácil. Si no era capaz de leer su lenguaje corporal, no pensaba explicárselo.

—¿Estabas cortando madera? —quiso saber Val.

—Estoy quitando unas raíces.

—Tengo entendido que aparecen por todas partes.

«Vamos, Val, deja de tartamudear. Acabemos con eso».

Miró por encima del hombro. El sol se ponía con rapidez y quería acabar antes de que cayera la noche.

—Yo... necesito...

Él retrocedió un paso. Quizá era por su hijo.

—¿Es por algo de Josh?

—No. No, yo... he venido a verte —el rostro adquirió una intensa tonalidad rosácea y sus ojos le suplicaban que entendiera. Lo invitaban.

—¿Por qué?

Durante unos momentos, lo miró, luego movió la cabeza.

—¿Sabes? No ha sido una buena idea. Lamento haberte molestado — regresó a su furgoneta.

Will suspiró.

—Val, si hay algo en lo que pueda ayudarte...

Ella giró.

—¿Volverías a salir conmigo?

—¿Perdona? —no pudo contener un amago de risa.

—Lo siento —repitió ella, como si deseara que se la tragara la tierra—. Debo estar perdiendo la cordura. Olvida que te lo he pedido —abrió la puerta de su vehículo.

—Aguarda un segundo —algo en el interior de Will se ablandó. Se acercó—. Jamás te disculpes por tener valor.

Ella se mostró aliviada.

—¿Quieres decir que... que saldrás conmigo?

—Val —suspiró—. Ya no sé qué de...

Antes de terminar, ella apoyó los dedos sobre sus labios. Él echó la cabeza para atrás.

—Oh, Dios. Lo siento —con los ojos muy abiertos, pegó el bolso contra su pecho—. No debería haber preguntado, pero, verás... Josh te adora como a un padre y pensé que tú y yo podríamos intentar...

Will se frotó la frente.

—Val, sabes que quiero a Josh. Pero tú y yo, nosotros ya... —«hemos pasado por esta escena».

Por el modo en que lo miró, era evidente que le había leído la mente.

—Como he dicho, olvídalo. Sólo pensé que podríamos cenar una noche. Mi compensación por... por todo lo que has hecho por Josh, y luego, bueno, tal vez podríamos... podríamos ver...

Sus palabras avivaron un recuerdo: la información que le había dado Savanna acerca de la amistad y de los niños autistas. Asintió despacio.

—Podría ser una buena forma de que Chris y Josh se conozcan.

—¿Chris?

—Mi sobrino. Va a vivir conmigo —en unos días, si podía arreglarlo con Savanna—. Si salimos a cenar, Val, él nos acompañara —aseveró de forma tajante.

Pudo ver cómo la mente de ella analizaba la oferta. Savanna le había contado que Josh a veces parecía irritado por las reacciones de Chris en clase, en especial cuando repetía palabras de la maestra o cuando presentaba una lección que a él no le gustaba.

Y luego estaba Josh. Sabía que al joven no le había gustado que Christopher formara parte de su vida.

Entrecerró los ojos ante el silencio de Valerie.

—Si va a representar un problema —dijo con tono distante—, lo entiendo.

—No, no. A Josh le encantará salir con Christopher.

Sí, supuso que ella haría que sucediera, costara lo que costase.

—Estupendo. Decide un día y una hora y allí estaremos. Bueno, he de arrancar esas raíces antes de que vuelvan a arraigar.

Ella le dedicó una sonrisa tímida.

—Te llamaré.

—Claro.

Después de que se marchara, regresó al trabajo. Una velada para los chicos podía ser justo lo que necesitara Chris para desarrollar una amistad. Y con Savanna acompañándolos...

No estaría mal.

Silbaba cuando volvió a levantar el hacha.

En los siguientes días, mientras trabajaba con Christopher en clase, Savanna pensó en las palabras de Will después del paseo en helicóptero.

Quería iniciar el proceso de transición y llevarse a Christopher a su casa a lo largo de la semana. Sabía que tenía razón. Cuanto antes sucediera, más

rápidamente se aclimataría Chris.

«Y así se inicia el proceso del adiós», pensó mientras miraba a Christopher con Ángela Germaine, la hija del director. Desde el principio, la pequeña había tomado a Chris bajo su cariñosa protección.

La señora Murphy había tenido razón. La niña era un alma dulce y amable.

La pequeña soltó una risita por algo que Christopher había dicho, pero no había burla en el sonido. No como había sucedido con algunos otros en la clase.

Josh Jax, el hijo de Valerie y el joven al que Will entrenaba, era uno de esos otros. Se mantuvo atenta cuando Roger, un amigo suyo, y él fueron hacia la pareja de camino a clase.

—Hola, Ángela —dijo Josh—. ¿Aún no te has hartado de los helicópteros y los trenes?

—Vete, Josh —la niña frunció el ceño—. No eres agradable.

—Al menos no soy un raro —Josh rió.

Roger le dio una palmada a su amigo.

—O un monstruo.

Christopher comenzó a mover las manos. A Savanna le costó no acercarse para enseñarles que había que tratar a las personas con decencia.

Pero Ángela fue al rescate, plantando las manos en las caderas.

—Josh Jax, deberías sentirte avergonzado de ti mismo. Y tú también, Roger —miró furiosa al chico más alto—. Los dos sois mezquinos. Chris es muy inteligente, ¿lo sabíais?

—Sí, tan inteligente que no es capaz de hablar de otra cosa salvo trenes y helicópteros.

—Y de mapas —se mofó Roger—. ¿Tienes tu mapa, Chris? Quizá deberíais sacarlo para encontrar tu camino de vuelta a clase.

Más risas.

Christopher tenía la vista clavada al frente. Inmóvil salvo por sus manos.

Savanna consideró que eso era suficiente y se dirigió al grupo.

—¿Es que no tenéis cosas más constructivas que hacer?

—Usted no es nuestra maestra —se mofó Josh.

—No —convino—, pero Christopher es el sobrino de Will. ¿Crees que a él le gustará tu comportamiento, Josh?

Con la cabeza gacha, el chico clavó un talón en la tierra.

—No —susurró de forma apenas audible.

—Tienes razón. Se sentirá muy dolido.

Con ojos llenos de preocupación, Josh preguntó:

—¿Se lo va a contar?

—Quizá deberías hacerlo tú.

—¿Yo? Pero...

—¿Preferirías que lo averiguara por otra persona?

Miró a los tres niños.

—Ellos no lo contarán.

¿Cómo discutir eso? Muy a menudo los niños soportaban años de abusos antes de ceder al estrés.

El silencio de ella devolvió el aire de autosuficiencia a la expresión de Josh.

—Will no lo averiguará —aseguró.

Antes de que pudiera responder, el timbre sonó y los dos niños salieron corriendo, dejando una estela de risa.

—Vamos, Chris —Ángela tomó a Chris de una mano trémula—. Es hora de volver a clase.

Él se plantó.

—No quiero.

—No pasa nada —lo tranquilizó—. No dejaré que nadie te diga cosas desagradables. Lo prometo.

—Estabas aquí cuando me llamaron raro.

—Y les dije que estaba mal.

—Ya no me gusta la escuela.

Ángela miró a su nuevo amigo.

—Algunos chicos dicen cosas malas, Chris. Pero la mayoría son como yo. Amables —sonrió—. Vamos. Llegaremos tarde.

—¿Tarde? —Christopher comprobó su reloj de pulsera—. Es hora de matemáticas y porcentajes.

—Sí —convino Ángela—. Puedes ayudarme, porque me cuesta entenderlos.

—Son fáciles —afirmó el niño, y se marchó con ella.

Suspirando, Savanna caminó detrás de los dos. Tendría que explicarle lo sucedido a Will, prepararlo para las dificultades que encontraría Christopher con otros niños, otros adultos.

Pero primero necesitaba hablar con Valerie acerca de su hijo.

Quince minutos después de dejar a Chris con Georgia, Savanna entró en el despacho del colegio. La secretaria se estaba poniendo el abrigo.

—Valerie, ¿podemos hablar un momento?

Cautelosa como un ratón en un rincón, la mujer titubeó.

—¿Te ha mencionado Josh a Chris hoy? —le preguntó.

—¿Debería haberlo hecho?

Savanna le explicó el reciente incidente.

—Por favor, entiéndelo. Para Christopher es muy duro hacer amigos y más aún comprender la falta de amabilidad. A menudo no entiende por qué, sólo que va dirigida contra él.

La secretaria pareció consternada.

—¿Estás diciendo que mi hijo no es amable?

—No, pero necesita reconocer que Christopher podría percibir una conversación de manera diferente y en un sentido muy literal.

Valerie sacó su bolso del cajón.

—Todos los niños hacen bromas —se defendió—. Forma parte de la infancia.

—Sí, pero como tú bien sabes, no todos los niños llevan bien las bromas. Y si tienen el Síndrome de Asperger, es cien veces peor, porque esos niños a menudo no son capaces de traducir dichas bromas.

Valerie frunció el ceño.

—¿De verdad está tan mal?

—El autismo no es estar mal —señaló con la esperanza de llegar a la madre—. Es una condición. Christopher progresa de forma muy adecuada, lo que significa que una vez que aprenda algunas habilidades para enfrentarse a las cosas, debería llevar una vida bastante normal. Es como tú enseñándole a Josh buenos modales o a cruzar la calle mirando primero a ambos lados.

—Josh no es un mal chico.

—Lo sé —convino con gentileza. Titubeó, luego decidió poner las cartas sobre la mesa—. ¿Podría Josh estar celoso porque Chris es el sobrino de Will?

Valerie apartó la vista.

Al parecer, había dado en el blanco.

—Me pregunto —continuó con cautela— si los chicos jugaran juntos un día después de clase, ¿crees que eso ayudaría?

Valerie se iluminó.

—El viernes por la noche voy a cenar con Will y Christopher. Le diré a Josh que le pida a Chris que venga una hora antes, para que puedan acostumbrarse el uno al otro.

Savanna contuvo el aliento. ¿Will había invitado a salir a Valerie?

—Eso es maravilloso. Si vais a algún sitio donde los niños puedan entretenerse con un videojuego, eso ayudará. A Christopher le encantan los videojuegos.

El entusiasmo iluminó los ojos de Valerie.

—Y a Josh. De acuerdo, hablaré con él. Tienes razón. Christopher necesita amigos, no enemigos. Nos vemos por la mañana.

Dejó a Savanna allí de pie.

Sabía que se iba a marchar y que eso era lo mejor. Y que Valerie era una buena mujer.

Pero esas verdades no mitigaron el dolor de su corazón.

—¿Listo para mudarte a mi casa, camarada? —le preguntó Will a Christopher en la casa de Georgia tres noches más tarde.

—Christopher —dijo Georgia—, vendrás a visitarme después del colegio, ¿verdad?

—Todos los días —repuso el niño, mirando la puerta y moviendo las manos.

—Me alegro —la sonrisa de la anciana fue triste.

—Me voy a la casa del tío Will con Savanna.

—Lo sé, cariño —los siguió hasta la puerta.

El pequeño fue hacia el vehículo de Will sin mirar atrás, despedirse de Georgia u ofrecerle un abrazo.

Savanna sintió el corazón oprimido. «No es indiferencia», quiso aclarar. «Sólo parte de su condición».

—La veremos mañana a las tres menos cuarto —abrazó a Georgia, ofreciéndole el calor que la anciana necesitaba y anhelaba de su bisnieto. Vio los ojos empañados de Georgia y le dio un beso en la mejilla—. La llamaré en cuanto nos hayamos instalado.

Will metió las maletas en la parte de atrás del todoterreno mientras Savanna ocupaba el asiento del acompañante.

—Abróchate el cinturón, Chris —le indicó al niño sentado detrás de ella.
Will se puso al volante y encendió el motor.

—¿Georgia está bien?

—Sí. Un poco llorosa, eso es todo.

Arrancó.

—Podemos invitarla a cenar con Valerie.

—Eso sería agradable —le había explicado la cena de esa noche cuando había ido a verla después de que ella tuviera la conversación con Valerie.

Mantuvo la vista al frente. Aunque se le encogía el corazón, Will y Valerie serían una buena pareja. Los chicos tenían casi la misma edad, pero, lo más importante, ellos dos tenían prácticamente la misma edad.

Él le dedicó una sonrisa ladeada.

—No se trata de una cita.

Todavía no sabía cómo la interpretaba con tanta facilidad.

—A quien veas, Will, no es asunto mío.

La boca de Will se tensó.

—Val cree que los chicos deberían conocerse mejor. Viviendo tan cerca, llevarlos a comer una pizza es una buena idea.

—¿Qué te parece eso, Chris? Vas a tomar tu comida favorita, pizza.

—No puedo comer pizza —anunció él con su voz estática—. Mamá no está aquí.

Will introdujo el vehículo en su entrada.

—¿Tu madre preparaba pizza, hijo?

«Hijo». Savanna se preguntó si se daba cuenta de la facilidad con que había salido la palabra de su boca.

Con la vista clavada en la puerta de la casa, Christopher repitió:

—Mamá no está aquí.

—Lo sé —musitó Will, apagando el motor—. Ésta es mi casa. Ahora es tuya.

—Mamá no está aquí —repitió Christopher otra vez, moviendo las manos.

Savanna quiso explicarle a Will: «No se refiere a que Elke no está en la casa. Está recordando que su madre ha muerto».

Will bajó con expresión preocupada.

—¿Listo para entrar, camarada? ¿Para instalarte en tu habitación?

Dominada por la ansiedad, Savanna los siguió al interior de la casa, la mente un torbellino de opciones y preocupaciones. Una vez dentro,

comprendió que sólo una opción importaba. Padre e hijo necesitaban vivir juntos. Eso era todo.

—Chris —Will se detuvo en el gran salón con expresión seria—. Mi casa es tu casa —afirmó.

Las yemas de los dedos del niño se juntaron. Debería recordarle a Will que Chris era intensamente literal. «Mi casa es tu casa» podría crear un torrente de consecuencias.

—¿De verdad? —preguntó Christopher inexpresivo.

—De verdad —repuso él con voz feliz—. Ven, colega. Te enseñaré tu habitación —con dedos nerviosos, el niño avanzó con cautela por el pasillo. Will se detuvo dentro del dormitorio con expresión entusiasmada—. ¿Qué te parece, Chris?

Unas vías nuevas con dos locomotoras rojas y varios vagones de diversos colores formaban una estructura ovalada sobre el suelo de parqué a la izquierda de la cama.

—¡Mis trenes! —Christopher se puso de rodillas junto a los controles y de inmediato tiró de una palanca; se oyó el silbato de una pequeña locomotora a medida que arrancaba lentamente.

—Gracias a Dios —suspiró él detrás de Savanna.

No había estado seguro de cómo recibiría su regalo.

—¿Cuándo lo compraste? —quiso saber ella.

—Lo recogí el martes pasado cuando llevé a una pareja de esquiadores de vuelta a Anchorage.

—Le has hecho feliz —un gato con motas negras y blancas serpenteó alrededor de sus tobillos—. ¡Oh...! —Savanna miró a Will—. Sácalo de aquí —susurró—. *Deprisa*.

Demasiado tarde. Christopher vio al felino y se levantó de un salto.

—¡Fuera! ¡Fuera! —se subió a la cama y se acurrucó en el rincón formado por la pared y el cabecero—. Los gatos están emparentados con los jaguares y los leones y los pumas y los leopardos y...

Will recogió a su mascota.

—Lo siento, Chris, lo olvidé —le lanzó una mirada desolada a Savanna—. Lo siento de verdad —y se marchó.

Savanna cruzó la habitación.

—Christopher, no pasa nada. Will se ha llevado el gato. Ya no estará aquí. Te lo prometo —le tocó el brazo, pero él se acurrucó contra la almohada,

ocultando los ojos—. Todo va a salir bien, cariño. Christopher, no pasa nada.

Se sentó a su lado, confortándolo, calmándolo, hasta que al final sus manos inquietas se tranquilizaron y levantó la cabeza. El miedo agrandaba sus ojos.

—¿El gato se ha ido?

—Sí —¿cómo diablos lo había olvidado Will después de que le explicara la fobia del pequeño la noche posterior al paseo en helicóptero?— No volverá a estar en tu habitación. Will no dejará que vuelva.

—¿Él no sabía que le tengo miedo a los gatos?

—Sí, pero lo olvidó. Aunque no a propósito —sonrió—. Christopher, ¿recuerdas cuando hablamos de los gatos y jugamos juegos de fingir sobre ellos para ayudarte a no tenerles miedo?

—Jugamos a los juegos de los gatos en Honduras.

—Sí. ¿Qué te dije que deberías hacer cuando tengas miedo?

—Respirar lentamente. Y recordar que los gatos son mascotas, luego pensar en otra cosa —silencio—. ¿Will piensa que estoy loco? —añadió.

—No, cariño. Está enfadado consigo mismo por olvidar mi explicación. Lo que pasa es que ahora mismo es nuevo respecto de lo que a ti te gusta —con la cabeza indicó el tren—. Pero creo que acertó con el tren, ¿no te parece?

Christopher estudió el juguete complicado, luego bajó con cuidado de la cama. Al minuto siguiente, estaba enfrascado observando el tren y manipulando otra vez los controles.

El tren llevaba mucho rato dando vueltas por su circuito cuando Will regresó. Con las manos en los bolsillos traseros, se apoyó en el marco de la puerta y contempló a Christopher durante unos minutos antes de posar la mirada preocupada en Savanna.

«Estamos bien», articuló ella en silencio.

Capítulo 8

Will maldijo para sus adentros y observó al niño que jugaba con el tren que él le había comprado siguiendo un impulso. ¿Por qué no había recordado el miedo que tenía a los gatos? Debería haberlo hecho. Savanna le había contado hacía menos de seis días que un gato le había arañado la mano y que había necesitado que le dieran dos puntos.

En su mente apareció una imagen de Dennis.

Sus ojos castaños reflejaban tristeza. Y decepción.

«Dejaste que la relación con tu hermano se distanciara y en un abrir y cerrar de ojos Dennis murió. ¿Vas a estropear también esta oportunidad con Christopher?»

Christopher, que tenía el cabello de Dennis.

«Y mis hoyuelos».

Ese descubrimiento lo hizo retroceder un paso. «Dennis», pensó, «éste es el hijo al que tanto querías».

«Es hora de preocuparte por el niño, Will. Todos los días». Cuando se levantara de la cama, su primer pensamiento tenía que ser para el pequeño.

Savanna había dicho que estaban bien.

Pero eso sería hasta la próxima vez que él metiera la pata. Y sin esa mujer, se podía ver tropezando una y otra vez.

Salió al pasillo y le indicó que lo siguiera.

—Está bien, Will. Chris se ha calmado.

Él miró el techo.

—Si he de serte sincero, no sé cómo lo olvidé.

Ella le tocó el brazo.

—No te lo tomes tan a pecho. Una cosa que debes recordar de Christopher

es que una vez que ha pasado el incidente, es historia. Hasta la próxima vez —sonrió con tristeza y dulzura.

Tenía razón; el niño ya se había enfrascado en el tren, el gato completamente olvidado.

—¿Dónde está? —susurró Savanna.

—La encerré en el cuarto de la colada. Supongo que tendré que regalarla.

—Si tienes algún vecino que pueda tenerla unos días, eso me dará tiempo para trabajar con Chris. Ya lo hemos tratado en el pasado; casi nos encontramos en la fase de aceptación... —suspiró—. Y menos de una semana después del accidente vio la foto de un gato en la entrada de la casa de Georgia. Tuvo que quitarlo antes de que él aceptara entrar.

Will guardó silencio unos momentos.

—Sus padres querían que tú solucionaras cada situación.

—Yo tenía las estrategias, que les transmití a Elke y a Dennis. Pero en este caso, ambos consideraron que era más fácil no tener mascotas.

De modo que los padres le dejaron la enseñanza de las habilidades vitales a Savanna. «¿Qué te pasó, Dennis, que tomaste la salida fácil?»

Observó a la mujer que se había convertido en la madre suplente de Christopher. Sospechaba que había realizado tres años de trabajo milagroso en Honduras. No se imaginaba al niño viviendo sin ella. Más aun, no se imaginaba a sí mismo lográndolo sin ella.

—¿Hemos terminado de hablar de Christopher, Will? —preguntó Savanna.

Una vez más, él comprobó el dormitorio.

—¿Va a estar bien unos minutos solo?

—Lo estará durante unas horas —ella sonrió.

—Ven conmigo —le tomó la mano y la condujo hasta el salón, donde giró para mirarla—. Quédate.

—No iré a ninguna parte.

—Me refiero para siempre, no sólo doce semanas. Christopher te necesita y yo te necesito para que me ayudes con él —al verla abrir la boca, movió la cabeza—. Escúchame primero. Tienes años de experiencia para ser tutora o enseñar. Hasta Harry Germaine dijo que necesitaban a personas como tú en el distrito. Y yo te pagaré para que te ocupes de Christopher en mis ausencias. Lo verás a diario, él te verá en el colegio y podrás desempeñar el trabajo que te encanta.

—Will, yo...

Le puso una mano sobre los labios.

—Sólo piensa en ello, ¿de acuerdo? No tomes una decisión aún. Prométeme que lo pensarás.

Ella se apartó de su contacto. Lo miró a los ojos.

—De acuerdo —aceptó despacio—. Lo pensaré.

Quiso besarla, alzar en brazos su adorable cuerpo femenino, dar vueltas con ella como si celebrara un triunfo.

—Gracias —y entonces, antes de poder contenerse, se inclinó y posó la boca sobre la de ella.

Aguardó que ella se retirara, pero al quedarse quieta, se acercó más. Sus fantasías apenas habían podido evocar lo que aportó la realidad.

Era como la luz de la luna.

Era una canción tierna.

Fluyó por sus venas.

Ella dejó escapar un gemido y la lengua de Will le recorrió los labios.

—Déjame entrar, Savanna —ella subió las manos por su camisa hasta rodearle el cuello.

Bajo el jersey que llevaba, Will encontró piel cálida.

Quiso devorarla.

Quiso besarla hasta que sus ojos se nublaran.

Quiso tumbarla en la alfombra bajo su cuerpo. Tomarla. Con ardor. De mil maneras.

—Will, para —susurró.

Dejó de besarle el hombro y el cuello, que sabían a miel.

Ella se apartó de sus manos. Movié la cabeza. Tenía los ojos tristes.

—Esto no está bien. Soy nueve años ma...

—Calla —ordenó él y volvió a besarla—. No eres vieja, maldita sea. Deja de pensar en eso, Savanna. Siente. *Siente* —le agarró el trasero y la pegó a él —. *Esto* es lo que me haces.

Ella se apartó.

—No seas ridículo.

—¿Ridículo? Tal como yo lo veo, es la reacción normal de un hombre ante la mujer que lo atrae. Y me siento atraído por ti, Savanna. Te quiero en mi cama. Te quiero debajo de mí. Te quiero a ti.

—Lo siento, no puedo quedarme en esta casa —casi corrió hacia la puerta.

Él la siguió como un rayo.

—¿Por qué no?

—Volveré con Georgia —lo que no respondía la pregunta de él.

—¿Y qué pasa con Christopher?

La vio hacer una pausa y miró hacia la habitación del niño.

—Está demasiado distraído como para darse cuenta de que me he ido. Mientras tanto, llama a un trabajador de apoyo. Hablaremos mañana.

—Y se marchó.

Cerró la puerta de la casa de Will, cruzó el porche y empujó la mosquitera. Antes de llegar al último peldaño, titubeó.

«¿Qué estoy haciendo?»

No podía dejar a Christopher solo con Will. Eso le crearía una gran confusión.

Tenía que quedarse.

No debería haber dejado que la besara. Will Rubens estaba interesado en ella por una cosa. Christopher. Ella no era más que un apoyo. Tenía que creer eso. Debía hacerlo. Pensar que podía existir algo más entre ellos...

Se sentó en el escalón y gimió. Y recordó una noche en Liberia.

Armas clavándose en sus costillas. Rostros duros y oscuros. Botas inmovilizándole los brazos. El sonido de cremalleras al abrirse. Uno, luego otro, y otro. Ocho en total.

Una noche de ira y de derrota.

Unos médicos que recorrían la zona la habían encontrado a un lado del camino al amanecer. La habían curado. Le habían dicho la verdad. El daño era demasiado grande.

Los sueños de tener hijos se habían quebrado. Junto con el sueño de tener una familia.

Un hombre como Will querría una familia. ¿Qué iba a querer con una mujer que no podría darle otro bebé, quizá una niña?

Secándose unas mejillas que no habían sucumbido a las lágrimas en casi dos décadas, alzó la cabeza.

Vio a Josh subiendo por la entrada de vehículos y logró esbozar una sonrisa.

—Hola —la voz salió áspera y carraspeó.

El chico miró hacia la casa.

—¿Está Will?

—Sí. Entra.

—¿No debería llamar?

—No lo molestará.

—Se suponía que tenía que encontrarse con mi mamá y conmigo hace una hora para ir a comer una pizza —comentó irritado con ella.

—Lo siento. Nosotros... —«hubo una crisis».

El hijo de Valerie subió los escalones.

—Debería haber llamado. Mamá lo ha estado esperando y yo me he tenido que lavar las manos tres veces.

—No hay que lavárselas tan a menudo. De hecho, no es bueno para la piel.

—Mamá odia los gérmenes. Lavarlas los mata.

—Sí.

La miró directamente a los ojos.

—Debería lavarse la cara.

Ella soltó una risa trémula.

—Justo lo que una chica desea oír.

Por un momento, pensó que él diría más, pero subió hasta el porche y abrió la mosquitera y vio a Will.

—¡Will! —exclamó contento—. ¿Has olvidado lo de la pizza?

—En absoluto, amigo. Escucha, ¿puedes ir a ver cómo está Christopher? Está jugando con su tren nuevo en su dormitorio. Yo iré en unos minutos.

—Claro.

En tres pasos, Will cruzó el porche y se puso en cuclillas junto a Savanna. Posó una mano en su mejilla.

—Te has quedado.

Ella se ahogó en el lago de sus ojos.

—Sí.

Will fue al dormitorio de Chris.

Había convencido a Savanna de que se quedara. Y de que los acompañara a Bob's Pizza.

Ella lo siguió a la habitación.

—Ojalá mamá me comprara uno —dijo Josh con una sonrisa.

—Ven cuando quieras —le dijo Will—. Estoy seguro de que a Chris no le importará.

Josh miró a Christopher.

—¿Puedo, Chris?

—Los trenes son para después del colegio. Los trenes no son para todo el tiempo.

—Eso quería decir —Josh miró a Will.

Savanna entró en la habitación.

—Christopher —comentó—. A Will y a mí nos gustaría llevarte, junto con Josh y su mamá, a cenar a un restaurante.

—Quiero jugar con mi tren.

—Puedes jugar con tu tren cuando volvamos a casa.

Siguió manejando los controles.

—Quiero jugar ahora.

Savanna se arrodilló a su lado.

—Tengo hambre, Chris. Es hora de cenar.

Él alzó la cabeza y le sonrió. El gesto llegó directamente al corazón de Will.

—¿Podré jugar con mi tren después de cenar?

—Sí —le dio un abrazo rápido y breve—. Después de que volvamos a casa del restaurante.

—¿El gato vendrá a arañar mi tren?

—No. Está en su propia habitación con la puerta cerrada. Y Will tiene la llave.

Christopher paró el tren.

—De acuerdo —se puso de pie—. Quiero mi puerta cerrada para que el gato y Josh no puedan entrar aquí.

—Podemos cerrarla —confirmó Will—. Josh vendrá con nosotros, amigo.

Christopher pasó delante del otro niño.

—No me gusta Josh.

—Chris —Will se quedó boquiabierto—. Eso no ha sido agradable. ¿Te gustaría que alguien te...?

—Christopher —interrumpió Savanna—. ¿Qué es lo que no te gusta de Josh?

—Le gustan los carnívoros.

—No es verdad —protestó Josh.

—Chicos —intervino Will, sin saber qué estaba pasando.

—¿Qué clase de carnívoros? —quiso saber Savanna.

—Jaguares.

—Ése es mi equipo —protestó Josh—. Will... —una mirada desolada—... a veces llevo al colegio el jersey de los Jaguares.

Will se apoyó sobre una rodilla delante del hijo de Dennis.

—Chris, la camisola de jaguar de Josh forma parte de un uniforme de béisbol que llevan los Starlight Jaguars. Él juega de receptor en el equipo.

Christopher miró el hombro izquierdo de Will.

—Ahora quiero comer espagueti.

—De acuerdo —se incorporó—. Vayamos a cenar.

Después de cerrar la puerta del dormitorio de Chris, bajaron al recibidor, donde el pequeño recogió su mochila junto a la puerta de entrada.

—No te hace falta una mochila —comentó Josh.

—Me gusta.

—Bueno, a mí también me gusta mi jersey de los Jaguares, así que estamos en paz.

Will suspiró.

—Chicos, una tregua, ¿de acuerdo?

Savanna dejó la agenda del día siguiente sobre la mesilla antes de arrojar a Chris en su nueva cama. Luego apagó la luz y aguardó el leve ronquido de Christopher. Se despidió con un beso fugaz sobre su pelo.

En la habitación de invitados, encontró su maleta en el suelo, junto a la cama. Al día siguiente recogería las cuatro maletas restantes de la casa de Georgia y finalmente colgaría la ropa de Chris.

Había terminado de meter la maleta vacía en el armario cuando Will habló desde el umbral.

—La llevaré al garaje —entró en la habitación y tomó la maleta—. Ahora vuelvo.

Criatura de costumbres, apagó la luz de la mesilla antes de acercarse a la ventana. Le encantaba mirar la noche.

Al abrir la ventana, dejó entrar el aire limpio y fresco.

—¿Te gusta la habitación? —desde el umbral, la voz profunda de Will atravesó las sombras.

—Mucho —no se volvió.

Él se acercó a su lado. Savanna lo sintió detenerse detrás de ella.

—A propósito, he llevado a mi gata a casa de Valerie.

—Lo siento, Will. Ojalá hubiera otra solución.

—Preguntaré por la ciudad a ver si alguien está interesado en quedársela. Es muy buena. La encontré junto al hangar el verano pasado. Nadie sabía de dónde venía. Terminé por quedármela —guardó silencio unos momentos—. ¿Qué intentabas hacer esta noche? —preguntó al final.

—Comer un sabroso plato de espagueti.

—Vayamos al grano, Savanna. Me refería con Valerie y conmigo. ¿Jugabas a casamentera? Ya te dije que no estoy interesado en ella.

—Quizá deberías estarlo. Es una buena madre y se preocupa por ti. Es bonita...

—Detente ahí mismo —apoyó las manos en sus hombros—. Escúchame con atención —la hizo girar—. No estoy interesado en Valerie. Entreno a su hijo, me divierto con él, pero no voy a ser su padre. *Tengo* un hijo que criar. Es todo lo que puedo manejar en este momento.

—Josh sería bueno para Christopher.

—Como un amigo, no como un hermano. Savanna, te contaré un secreto. Valerie ha estado tratando de conquistarme durante dos años. Al principio salimos, pero no funcionó. Ella es... Escucha, no quiero entrar en el tema, pero no encajamos. ¿De acuerdo? —le apartó un mechón de pelo de los ojos y demoró los dedos sobre su mejilla—. Ahora bien, tú y yo... No puedes negar la química que hay entre los dos.

Le apartó la mano.

—Will, dije que me quedaría para facilitar la transición de Christopher, pero eso no significa que tú y yo juguemos a las parejas.

—¿Por qué no? Somos mayores de edad. Nos gustamos. Aquí tenemos algo. Veamos adónde lleva.

—A ninguna parte. No formo parte del paquete que viene con Christopher. Cuando se haya asentado, regresaré a Tennessee. Hace años que no veo mi casa y es hora de volver a conectar con mis raíces y mi gente.

—¿Quiénes son tu gente?

—Mi hermano.

—¿Menor?

—Dos años mayor.

—Quizá él y su familia quieran venir a visitarte aquí.

—No sucederá.

—¿Por qué no? A todos los hombres les gusta la pesca.

—Porque odia los aeropuertos y los viajes por carretera. Y no le gusta ni la pesca ni la caza. Le gustan las rutinas. Los horarios —lo miró a los ojos—. Tiene Asperger. Como Christopher.

Capítulo 9

Tiene Asperger, como Christopher».

Las palabras reverberaron en el cerebro de Will mientras se dirigía hacia las Montañas Chugach con sus pasajeros.

Savanna tenía un hermano autista, la versión adulta de Chris. «No es severo, Will. Asperger sólo es una forma de autismo, no lo olvides».

Estaba casado y tenía dos hijos, un niño y una niña.

Tragó saliva. ¿Algún día Christopher podría ser así? Eso esperaba con toda su alma.

Gerald, que era como se llamaba el hermano de Savanna, trabajaba como contable para una empresa de camiones, un trabajo que le brindaba autonomía sin parecer «antisocial» y «reservado», como le había explicado ella.

Nivelando el aparato, avistó el punto de aterrizaje y posó el helicóptero con suavidad. Al siguiente instante, los cuatro esquiadores bajaron a la nieve y comenzaron a descender por una pendiente.

Will se elevó de la superficie brillante. Al día siguiente por la tarde regresaría a la base de la montaña, donde el grupo planeaba alzar campamento esa noche.

La pregunta de despedida que le hizo Savanna la tarde anterior lo había mantenido en vela la mitad de la noche. «¿Entiendes ahora por qué una relación entre nosotros no funcionaría jamás?»

En la cama había reflexionado en ello, preguntándose qué tenían que ver los linajes, los ADN, con una relación. No planeaba casarse con ella. Diablos, no planeaba casarse con nadie. Le gustaba demasiado su vida, disfrutaba con su libertad. Aunque sabía que con Christopher ésta se alteraría.

Casarse no entraba en sus planes. No desde Aileen, la única mujer ala que

había amado, la única mujer con la que aún habría querido unir su vida.

Pero Aileen había muerto. Y al enterrar sus recuerdos y escapado de vuelta a Alaska, su deseo de casarse y formar una familia había quedado enterrado en aquella tumba con Aileen.

Aileen, defensora de los pobres y los oprimidos.

Un pensamiento lo aturdió.

Savanna lo sabía.

De algún modo, había percibido que su atracción por ella era más que simple lujuria, más que una aventura entre las sábanas.

Casi rió por la ironía. Era como Aileen, con quien había querido casarse. Y sin entender la complejidad de su pasado, sin que le hubiera dicho una palabra, Savanna había reconocido esa atracción por lo que de verdad podía ofrecer.

Una oportunidad de formar una familia.

Bufó. «Idiota. No es de extrañar que soltara eso de no formar parte del paquete de Christopher».

Christopher era su familia. Se lo había dado a Dennis por el amor que sentía por su hermano. Y no podía haber un lazo más fuerte.

Y a pesar de lo mucho que ella quería descartar esa idea, Savanna también formaba parte de ese lazo... a través de Christopher.

A la hora del almuerzo del siguiente día, Savanna salió de la escuela primaria de Starlight.

Para la tarde, la señorita Murphy había organizado dos proyectos de dibujo, uno de arte y otro de ciencia. La maestra le había asegurado que Christopher podría trabajar en el dibujo de su helicóptero o en el mapa de Starlight para el de ciencia hasta que llegara la hora de irse a casa.

Esa tarde quería comprobar cómo se arreglaría Chris sin ella durante un par de horas. Así lo preparaba para cuando se marchara de Alaska.

Durante los últimos días habían hablado de su ausencia esa tarde, la había escrito en la agenda del pequeño y le había explicado el plan antes de dejar la escuela.

—Está bien, Savanna —había dicho Christopher—. Voy a ayudar a Ángela con su mapa. Puedes irte. Te veré después del colegio.

Agradeció la existencia de esa maravilla llamada Ángela. Por algún motivo

que tanto Penny Murphy como ella desconocían, la niña había tomado bajo su dulce protección a Christopher como si fuera un hermano especial.

Savanna sabía que mantendría a Chris ocupado y a raya a niños como Josh y Roger. No obstante, por las dudas le había dejado a Penny el número de su móvil.

Ése sería el primer día del que dispondría para explorar un poco Starlight, para ver las pocas y curiosas tiendas que tenía. El sol acarició su cara, un regalo cálido después del frescor del mes de abril.

Se preguntó cómo vería Will el día desde las alturas en su helicóptero.

¿Pensaría en Christopher? ¿En ella?

Entró en Sage Secrets, una tienda que ofrecía una mezcla única de artesanía local, libros y adornos, y se puso a mirar en los anaqueles y arcones.

El video que sobresalía debajo de una serie de CDs hizo que el corazón le diera un vuelco. *Chu-Chu, El Gato de los Trenes*. Dieciséis minutos de dibujos animados acerca de un gato llamado Chu-Chu y su admiración por los trenes.

Cerró los ojos y agradeció al destino por ese hallazgo.

Pagó el vídeo y casi fue a la carrera a la casa de Will. En el rincón del salón, introdujo la cinta en el reproductor.

La historia era perfecta. Una canción rítmica. Máquinas y entorno coloridos. Personajes deliciosos.

Y un gato artístico que jugaba con el tren de juguete de color rojo de un niño mientras él estaba en la escuela. A los pocos minutos, el gato y el tren se hicieron amigos y al final, el niño, dueño de ambos, descubrió un mundo nuevo y audaz que lo esperaba al final de un día largo y laborioso con los deberes.

Se sintió emocionada.

Ese vídeo sería la clave que Christopher necesitaba para dominar su arraigada fobia por los gatos. Y quizá, sólo quizá, en unas semanas o unos meses Will podría recuperar su gata moteada de la casa de Valerie.

Se dijo que lo mejor era ir paso a paso.

Sonó el teléfono de la cocina, atravesando la bruma de su esperanza y entusiasmo. Se levantó del sofá. *Christopher*. El nombre reverberó por su mente al levantar el auricular.

—¿Sí?

—Oh, gracias a Dios que estás ahí. Savanna, soy Penny Murphy. No sé cómo decirlo...

Un viento huracanado atravesó los pulmones de Savanna.

—¿Qué le ha pasado a Christopher?

—No vino después de comer. Hemos buscado en el patio y en todas las aulas del colegio, en los lavabos y en las taquillas, incluso en el cuarto de la caldera. Savanna, no podemos encontrarlo.

Will guió el Jet Ranger por encima de la última elevación de colinas arboladas y enfiló hacia el Aeropuerto de Starlight, a tres kilómetros de distancia. El reloj en el panel de mandos marcaba las dos menos diez. Llegaba treinta minutos temprano.

Ese día se presentaría en casa antes que de costumbre y, con un poco de suerte, antes de que la oscura pared de lluvia que avanzaba desde el oeste cayera sobre la zona.

Habló con Nate Burns, a la radio en la Casa de los Pilotos.

—Nate, aquí Skyline Uno. Tiempo estimado de llegada en cinco minutos.

—Recibido, Skyline Uno. Nadie está en el cielo.

En otras palabras, él era el único piloto de Starlight en el aire en ese momento. Viró a la izquierda hacia la plataforma de asfalto que había junto al hangar.

La radio de Nate crepitó en su oído.

—Skyline Uno, acabamos de recibir una llamada de una tal Savanna Stowe. Tu sobrino ha desaparecido del colegio durante la hora del almuerzo y no se lo ha visto desde entonces. La señorita Stowe ha llamado a la policía y está organizando una búsqueda. Quiere que te reúnas con ella en la Escuela Primaria de Starlight lo antes posible.

Will dejó de respirar. ¿Christopher había desaparecido? Por su mente pasaron mil escenas.

Ninguna esperanzadora.

Las manos le temblaron en los mandos.

¡No! Estaba en alguna parte de la ciudad, cerca de la escuela. Tenía que ser así. No había otra respuesta. No aceptaría otra opción.

Comprobó la hora. Como mucho, llevaría ausente una hora. ¿A qué velocidad podría caminar un niño de diez años? ¿Hasta *dónde* podría llegar en sesenta minutos?

Se tragó el nudo que quería formársele en la garganta.

—Nate —le pareció increíble que su voz sonara serena mientras elevaba el Jet Ranger por encima de los árboles—. Voy a echar un vistazo desde arriba. Quizá pueda localizarlo.

—Recibido, Sky One. Espero que lo encuentres pronto.

—Yo también.

Voló por encima del camino que atravesaba el denso bosque que rodeaba la ciudad y se obligó a no pensar en los animales salvajes que acechaban en la maleza. Depredadores... pumas, osos, hambrientos después de un largo invierno. Ansiosos de alimentar a sus cachorros.

«No me gustan los carnívoros», las palabras de Christopher le machacaron el corazón. «Por favor, Chris».

«Por favor, quédate en las calles en la ciudad, donde podremos encontrarte».

Sobrevolando las copas de los árboles, fue lo más lento que pudo mientras oteaba el camino serpenteante que conducía hasta el norte desde la autopista Glenn en sentido este-oeste.

De repente el día luminoso se desvaneció y unas gotas gordas de lluvia salpicaron el parabrisas. Abajo, el camino se convirtió en una cinta negra que serpenteaba entre las montañas y los árboles.

Delante, la carretera era como un cable plano y oscuro.

¿Qué habría llevado Christopher esa mañana al colegio? ¿Su parka gris?

«Busca una mochila roja y amarilla». Casi pudo oír las palabras de Savanna. «Jamás da un paso sin colgársela al hombro».

Los tejados de la ciudad se alzaron a través de la lluvia intermitente. A la derecha estaba la escuela. Cerca de la entrada había un grupo grande de personas, algunas con paraguas. El único patrullero de la ciudad, con sus luces azules y rojas girando en la lluvia, se hallaba aparcado en el arcén de grava.

Una mujer, su cabello castaño empapado, hablaba con el oficial Bowers. *Savanna*.

Acercó el helicóptero al suelo y a través de treinta metros de día húmedo, sus ojos se encontraron, y el corazón se le atenazó al ver la angustia que la embargaba.

Intentó indicarle con señas: «Primero voy a comprobar las calles. Volveré», antes de virar y marcharse.

Tardó tres minutos en recorrer de un extremo a otro las siete calles. La escuela se erguía en el extremo norte de la ciudad, el aeropuerto en el otro.

Volvió por el camino del valle. ¡*Allí!* Entre los árboles, un destello amarillo. Aceleró, volando hacia esa mancha de color. Se puso a sudar. El corazón le martilleó en el pecho.

Otro destello amarillo. Cincuenta metros en los árboles.

Ladeó el helicóptero. El niño se puso en cuclillas entre los árboles, tapándose los oídos con las manos.

—Gracias a Dios —murmuró.

«Odia los ruidos fuertes», le había dicho Savanna una noche en la casa de Georgia.

Pero le encantaban los trenes. Y los helicópteros. Y los mapas.

Rió.

—Tápate los oídos, hijo. Voy a recogerte.

En el camino que se abría hacia la pista de aterrizaje, se posó en el pavimento.

—Nate, lo he encontrado. Caminaba por la carretera del aeropuerto. Contacta con la policía.

—Recibido, Sky One.

Apagó el motor, respiró hondo, se quitó los auriculares y abrió la puerta. Al llegar al pavimento, emprendió la carrera.

De vuelta entre los árboles, para ir junto a su hijo.

Hijo.

«Oh, Dios, sí». Chris llevaba su ADN. El *suyo*.

La visión se le tornó borrosa. Todas las similitudes estaban ahí. Los hoyuelos, la estatura, la sonrisa rápida. Incluso en cómo le encantaban las máquinas.

Christopher era *suyo*. De demasiadas maneras como para contarlas. Y ese día había estado a punto de perderlo. «Casi lo pierdo».

La posibilidad le puso el corazón en un puño. Se mordió el labio inferior.

«Ya voy, hijo».

Atravesó la maleza sin importarle las ramas que le daban en la cara. Y entonces avistó ese pequeño punto amarillo a través de las hojas.

«Mi hijo».

—Christopher —«te quiero». Alzó al niño empapado en los brazos, sin importarle que le disgustara que lo tocaran a menos que él lo eligiera—. ¿Qué haces aquí? —«lo he encontrado, Savanna. He encontrado a nuestro hijo».

—Quería trazar un mapa de Starlight —razonó Christopher—. Necesitaba

caminar por todas sus calles y por el camino hasta el aeropuerto. Necesitaba ver las casas y las montañas y dónde estaba la autopista Glenn, para poder trazar un mapa mejor que el que hay en la Posada Shepherd.

Riendo, lo dejó en el suelo.

—Eso es estupendo, Chris, pero deberías estar en la escuela. ¿Sabes que Savanna está muy preocupada por ti?

—Se lo dije a Ángela.

Ángela. La hija de Harry Germaine, que vivía dos casas calle abajo y que acompañaba a Christopher a la escuela todas las mañanas de los días de la semana.

—Le dije que estaba haciendo un mapa —expuso el niño. El agua caía por su nariz mientras miraba el helicóptero a través de la lluvia—. Y voy a ir en el helicóptero para ver la geografía alrededor de Starlight para el mapa, y como lo prometiste, podré dar otro paseo pronto.

—Chris —se arrodilló en el barro—. Cuando dije pronto, no me refería a hoy. Quería decir... —suspiró. Dios, ¿cómo explicar una palabra tan sencilla?

—Pronto puede significar en cualquier momento en el futuro próximo. Puede ser hoy o mañana o al día siguiente. Pronto no es años desde ahora. Elijo que pronto sea hoy.

El tono testarudo del niño le atravesó el corazón.

—Bueno, hijo. Yo elijo otra cosa. Hoy no te voy a subir. Para empezar, está lloviendo. Pero, lo más importante, necesitas pedir permiso para abandonar la escuela o la casa. No puedes irte sin permiso. Ésa es la regla —añadió, recordando lo que le dijera Savanna de que a los niños autistas les encantaban las reglas. «Son como pequeños policías cuando se trata de reglas»—. ¿Hay en tu agenda un paseo en helicóptero? —el niño no apartó la mirada del aparato—. Chris, ¿qué hay en tu agenda para esta tarde?

—Dibujar mapas y helicópteros.

—¿Y por qué no estás en la escuela dibujándolos?

—Te lo he dicho. Necesitaba hacer un mapa mejor y necesitaba montar en helicóptero porque...

—Para —dijo con gentileza—. Escucha con atención, Chris. No te llevaré en helicóptero hasta que entiendas la regla de pedir permiso para dejar la casa y la escuela. ¿Lo entiendes?

—Sí. Pero, ¿podré pasear en helicóptero pronto?

«Simplifica tus respuestas». Consejo de Savanna.

—No. Pero yo te diré cuándo podrás ir en uno. ¿De acuerdo?

Una pausa larga.

—De acuerdo.

—Bien. Y ahora volvamos a la Casa de los Pilotos a esperar allí a Savanna.

—¿Estás enfadado, tío Will? —preguntó Christopher mientras caminaban lado a lado bajo la lluvia.

A Will le costó tragar saliva. El niño había empleado su nombre. Su hijo lo había reconocido.

—No, hijo —repuso—. No estoy enfadado. Pero estábamos muy, muy preocupados.

—De acuerdo.

«De acuerdo». Y ya estaba.

Tuvo ganas de reír de alegría.

Capítulo 10

Savanna! —Christopher corrió hacia ella cuando Will abrió la puerta de la Casa de los Pilotos.

En cuanto la policía le había informado de su seguridad, había conducido como una loca hasta el aeropuerto.

—¿Cómo estás, Chris? —suspiró al verlo, sin importarle que estuviera empapado y manchado de barro.

Se hallaba a salvo. Will lo había encontrado.

El niño le rodeó la cintura para darle un breve abrazo.

—Estoy muy bien, Savanna, pero no estaba perdido. Sabía adónde iba. Starlight es un lugar pequeño, pero Alaska tiene un montón de montañas y árboles, y no hay tantos caminos y carreteras y sólo hay un camino que va al sur desde Starlight y es Hill Street, que desemboca en la autopista Glenn, y luego caminé hasta el cruce del camino del aeropuerto y aquí estoy.

Dejó que Christopher se explayara con las direcciones geográficas mientras por encima de la cabeza del pequeño captó los ojos de Will. Se había preocupado, así lo daba a entender su ceño. Pero no dijo nada y su boca permaneció con una expresión severa.

—Will sobrevoló sobre mí *dos* veces —exclamó el pequeño mientras Savanna le apartaba el pelo de los ojos—. Will me dijo que siempre debería pedir permiso para salir de casa y de la escuela. ¿Estás enfadada, Savanna?

—No podía encontrarte, Chris. Pero ahora sabemos dónde estás, así que no, no estoy enfadada. ¿Estás listo para ir a casa?

—¿De vuelta a Honduras?

Al último sitio donde había visto a sus padres.

—No, cariño. De vuelta a la casa del tío Will.

—¿Para siempre?

—Hasta que crezcas tanto como el tío Will.

—Quiero pilotar helicópteros como el tío Will.

De nuevo volvió a mirarlo.

—Esperemos a ver qué pasa. Falta mucho para entonces y quizá cambies de parecer —«y te des cuenta de que pilotar helicópteros podría ser imposible para ti».

—Nunca —afirmó Christopher. Recogió su mochila y fue a la puerta—. De acuerdo, estoy listo para ir a casa.

—Tengo que completar un papeleo —dijo Will cuando Savanna se volvió para seguir a Chris al exterior—. Iré en un rato. Savanna —añadió.

—¿Sí?

—Nunca había estado tan asustado.

La tensión escapó de los pulmones de Savanna. No estaba decepcionado; había experimentado la angustia de un padre.

Will se mesó el pelo.

—No entiende las repercusiones. Para él no fue más que un viaje divertido al aeropuerto. ¡Si está empapado! No me extrañaría que terminara con una pulmonía.

—Le prepararé un baño caliente y una taza de chocolate. Estará bien, Will. Nos vemos luego.

La lluvia había cesado y bajó por el sendero de piedra hasta el aparcamiento para cuatro vehículos. Christopher ya se había sentado en la furgoneta de Georgia y jugaba con su Game Boy, la aventura del día sustituida por la de su consola.

Se alejó con Will en el espejo retrovisor, mirándolos. Esperando una señal de que su hijo no había olvidado a quien lo había rescatado.

Esa noche, con Christopher acostado y dormido, buscó a Will. Jamás se había aventurado a la zona de la casa en la que se hallaban su dormitorio y su despacho.

Al caminar en silencio por el pasillo, vio un fino haz de luz procedente de una puerta entreabierta. ¿Despacho o dormitorio?

Respiró hondo y empujó la puerta con suavidad. Era el despacho. Y él estaba tendido en un sofá verde, con un brazo debajo de la cabeza y las largas

piernas extendidas, con los pies descalzos apoyados en el otro extremo. Los ojos cerrados ante el murmullo de un programa de televisión.

Desde el momento en que había llegado a la casa, se había mostrado poco comunicativo. Después de cenar, Chris y él habían fregado los platos casi en silencio.

Con cautela, permaneció en el umbral.

—Pasa, Savanna —dijo él sin abrir los ojos.

No le extrañó que fuera sensible a los sonidos extraños en su propia casa.

Fue al sillón de color ocre que había junto al sofá y se dejó caer en su suavidad.

—¿Chris está dormido?

Estaba relajado como un león bajo el sol africano.

—Absolutamente.

—Me habría gustado acostarlo.

¿Era eso lo que lo molestaba? ¿Que se hubiera encargado del ritual nocturno?

Cruzó los brazos, protegiendo su alma.

—Lo siento. Debería haberte llamado. Desde que Dennis y Elke murieron, he centrado mi vida en torno a Christopher, lo que a veces no es lo mejor.

Él permaneció quieto, salvo por los ojos, que abrió y fijó en el techo.

—Hoy no lo hiciste.

Se quedó muy quieta.

—¿Me estás acusando de descuidar mis deberes con Christopher al marcharme antes de la escuela?

Will bajó los pies al suelo y se frotó la nuca. Suspiró.

—No.

—¿Entonces...?

El tormento palpitaba en sus ojos.

—No puedes estar con él todo el tiempo. Diablos, no puedo estar con él todo el tiempo. Y eso me aterra, Savanna. Porque pronto sólo estaremos él y yo. Y no tengo ni idea de cómo voy a tratar con su condición, sus conductas, sus reacciones a las cosas que surgen en los días corrientes. En especial si tengo que volar y no vuelvo hasta última hora o el día siguiente.

Se incorporó para sentarse junto él, lo bastante cerca como para que la rodilla le tocara el muslo, obligándose a evitar el contacto, el calor.

—Will, por el momento, trata de no adelantarte demasiado a las cosas.

Céntrate en la agenda del día, la tuya y la de Chris, y concéntrate en lo que podéis conseguir cuando estáis juntos.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Sí —concedió—, pero deja que pase el día. Eso no significa que no debas prepararte y dar pasos seguros. Harías eso con cualquier niño. Chris no es diferente.

La miró.

—No es como los otros niños.

—Vuelves a compararlo con Josh. No lo hagas. Chris no es Josh, no más que yo soy Valerie o tú Shane, tu compañero de pesca.

Él sonrió.

—Decididamente tú no eres Valerie —alzó un dedo y le acarició la mejilla... hasta la boca—. Eres fuerte e independiente... —bajó la voz—... segura y apasionada.

—Te apartas del tema —pero se quedó quieta como una estatua. No era capaz de alejarse ni de apartar el dedo que bajaba por su cuello y volvía a subir.

Hacía tanto tiempo.

—Hoy he perdido un año de mi vida, Savanna. Necesitamos apartarnos un poco.

A través de la preocupación, vio el atisbo de apetito en sus ojos.

—¿Cómo? —preguntó, pero lo sabía.

—¿No has oído hablar de la gente que reafirma la vida ante la muerte? —inquirió.

«Sí. Oh, sí».

—Christopher no se perdió ni...

Le enmarcó el rostro entre las manos.

—Gracias a Dios que no lo hizo. Pero no dejo de pensar qué pasaría si la siguiente vez no lo encuentro de inmediato. ¿Y si pasa algo peor? —soltándola, se puso de pie—. No puedo hacerlo. No puedo solo.

Fue a su lado.

—No estás solo. Me tienes aquí.

—Pero no para siempre.

—Dije que me quedaría hasta que desarrolláramos una rutina, hasta que Christopher se sintiera como en casa contigo. No lo abandonaré, Will. Ni a ti —susurró.

¿Y si él tenía razón?

¿Y si no podía con Christopher cuando ella regresara a Tennessee?

¿Y si su decisión de dejar al niño en Alaska terminaba siendo un desastre?

«Ni un pensamiento negativo, Savanna. Piensa en positivo».

Cerró los ojos y se concentró. Y recordó el entusiasmo de Christopher acerca del helicóptero de Will. Recordó la sonrisa de éste cuando el niño vio por primera vez el tren. Y la voz amable de Ángela, su necesidad de ser amiga de Chris.

La niña se había culpado ese día por ir a los aseos durante la hora de la comida mientras Chris permanecía sentado en su lugar soleado junto a la valla del patio.

Pero nadie tenía la culpa. Salvo ella, que se había ido de compras, por el amor del cielo, y adquirido una estúpida cinta de un gato que con toda seguridad Christopher jamás miraría.

—Eh —Will le alzó el mentón—. ¿Qué pasa? —le secó una lágrima con la yema del dedo.

—Si me hubiera quedado en la escuela...

—Basta —la acercó a su pecho—. Como tú misma has dicho, está a salvo. Y mañana será otro día.

Le acarició la espalda, tranquilizándola. Pasó el tiempo. Fuera, la lluvia caía sobre el tejado y él absorbía la fragancia de Savanna, y contra el estómago de ella su erección creció hasta adquirir plena firmeza.

—Will —musitó contra su jersey azul marino—. Tenemos que parar.

Su mano le acarició el cabello.

—Déjate llevar, Savanna. No pienses. No analices. Sé tú misma.

«Sé tú misma». ¿Cuándo había sido? Si quería ser sincera, nunca.

Oh, había tenido un par de relaciones desde lo de Liberia. Hombres seguros, entregados a su carrera, que recorrían el continente y pasaban tiempo con ella cuando el momento era propicio. Uno había sido corresponsal y el otro médico.

Ningún amante había expresado la palabra *quédate* como lo había hecho Will la semana anterior, de esa forma tan personal, que hablaba de deseo y de cosas que no quería considerar.

¿Acaso no lo había querido ella de esa manera? ¿No había querido que esos hombres la dejaran para que no hubiera lazos? Ni familia. Ni hijos.

—No me considero capaz únicamente de ser yo misma —dijo—. No forma

parte de mi naturaleza encarar... encarar algo con frivolidad.

Él alzó la cabeza con los ojos brillantes. Movi6 las caderas. De forma carnal, provocativa. En el fondo de la pelvis de Savanna algo ardi6.

—Yo no llamaría frívolo a esto —murmur6 Will.

—Esto —dijo ella sin ocultar una sonrisa— es persistencia.

Le estudi6 la cara. Toda su configuraci6n era masculina. Y joven. Casi diez a6os m6s joven que ella.

La suya ya no era tan tersa como cuando tena veinte o treinta a6os. Y en una d6cada m6s, estaría en decadencia.

Las aventuras eran frívolas, y él sería una aventura. Hombre joven, mujer mayor.

Debería alejarse, regresar a su dormitorio. Detener esos pensamientos necios, esas fantasías descabelladas.

En unos pocos meses, se marcharía.

Se iría del lado del ni6o al que quería como a un hijo y del lado de Will, el primer hombre en acelerarle el pulso y derretirle los muslos con una simple mirada.

La observ6 estudiarlo.

—Estás comparando, cari6o. Piensas en los a6os que hay entre nosotros. Por esta noche... —baj6 la cabeza hasta que la boca flot6 a unos milímetros de la suya—... por unas pocas horas... —la roz6, se apart6—... déjate llevar.

Luego la bes6. Con un inicio gentil, buscando la excitaci6n. Ángulos y lenguas. Profundizando.

Las manos buscaron debajo de los jerséis, buscaron la piel. Una piel cálida.

En alguna parte de la noche, Savanna oy6 un gemido. Y supo que haba salido de su garganta.

Su sabor le escribi6 poemas en la carne.

Al principio, un saludo a su feminidad.

De alg6n modo, la llev6 a su dormitorio, a su cama, un campo de juego verde, blanco y oro con almohadas mullidas y un cabecero de madera tallada. Unas persianas ocultaban ventanales del suelo al techo, y cuando encendi6 la luz de la mesilla, vislumbr6 bosques silenciosos y crepúsculos entre los árboles que decoraban las paredes.

—No te muevas —susurr6 él, yendo hacia una mesa cuadrada donde haba un reproductor de CDs. Momentos m6s tarde, son6 la canci6n de Faith Hill con la que haban bailado en el centro recreativo. Y entonces regres6 a la

cama. Sus ojos tenían la oscuridad de las montañas, el resplandor de la nieve, la libertad de las águilas que surcan los cielos—. Simplemente, respira — musitó.

Y así lo hizo.

Y los besos, las caricias, la necesidad de estar más cerca, cada vez más cerca, continuaron y continuaron, sus cuerpos sincronizados en una búsqueda mutua.

Ella le quitó el jersey, los pantalones, los calzoncillos... y se quedó maravillada con ese cuerpo tan sólido y duro, mientras él le quitaba el jersey y los pantalones sin parar de acariciarla.

—Will, espera —emergió de una sensualidad embriagadora para detenerle los dedos sobre el sujetador. Cruzó el otro brazo sobre su estómago para esconder la piel de cuarenta y dos años.

Quiso decir: «No creí que esto llegara a pasar, de modo que no traje protección».

«Para mi cuerpo».

«Para mí».

Pero él le besó la boca con tanta ternura que le provocó un nudo en la garganta. Al siguiente instante, alargó la mano hacia la mesilla en busca del paquete sellado, dejándolo sobre la cama con una sonrisa traviesa.

—Supuse que esto nos ayudaría a empezar —la hizo temblar con su caricia—. Savanna —le besó la punta de la nariz—. No seas tímida. Te deseo. Por favor. No nos escondamos —con gentileza, le apartó el brazo.

—Mi piel no está tan tonificada como lo estuvo en el pasado, y no importa cuánto lo ignores o cuánto trabaje en el gimnasio, jamás tendrá *tu* edad.

—Cariño, tienes que creerme cuando digo que eres hermosa. Hermosa. Si todo lo que buscara fuera algo frívolo, no estaría en esta habitación ahora. No te habría perseguido desde el instante en que te vi. No habría hecho esto...

Un beso suave.

—No me moriría por tocarte aquí...

Una caricia delicada sobre el seno izquierdo.

—O aquí.

Entre las piernas, donde notó su humedad.

—Savanna —un susurro—. Deja que te ame tal como he querido hacerlo desde hace más de un mes.

Cayó en su seducción, en él. La edad se desvaneció con la última de las

prendas y permaneció ante él, desnuda, transparente.

—Lo que ves es lo que hay —dijo, fracasando miserablemente en su intento de ligereza.

—Lo que veo es lo que quiero —situándose sobre ella, le tomó las manos y las aferró sobre las almohadas.

Y entonces desterró las palabras y ella la timidez, y la noche reveló su misterio y su magia.

Will yacía con ella en el hueco del brazo. Tenía el pecho izquierdo pegado a las costillas y el derecho contra la muñeca. Con el dedo pulgar le acarició la tierna cumbre rosada y sintió que la entrepierna volvía a cobrar vida.

Tres preservativos antes de la medianoche. Y la deseaba otra vez.

¿Cuándo había deseado tanto a una mujer?

Aileen había sido la última. Ocho años más tarde, ahí estaba con Savanna, tan distinta de la joven alta y desgarbada de la que se había enamorado, pero con el mismo corazón acogedor hacia los pobres, hacia los desprotegidos.

Sin embargo, no había deseado a Aileen como deseaba a Savanna.

Lo supo en cuanto quebró su propia regla y le habló de sus viejos sueños. Antes de esa noche, jamás había hablado de ello con nadie. Nunca había dicho cómo Aileen había llenado sus sueños; cómo la había subido a un pedestal, la reina en su fantasía de una buena vida; cómo ella le había permitido que la pusiera allí, dulce ángel de misericordia, para liberar al mundo de la tristeza.

¿Y adónde la había llevado?

A la muerte. Porque su espíritu benevolente se negaba a dejar a esas bandas, a soltar la ira que veía en esos ojos, el dolor que se infligían mutuamente. Al final, le habían pagado con la misma violencia que ella había luchado denodadamente por erradicar.

Lo había hablado esa noche hasta quedar vacío y con Savanna abrazándolo, susurrándole consuelo.

Instintivamente, la abrazó más fuerte y ella se movió en sus brazos.

El corazón le latió con fuerza en el pecho. En poco tiempo ella regresaría al continente. Pero, ¿cuánto tiempo pasaría hasta que el impulso de dedicarse a otros la llevara a Honduras, el Congo o Kenia?

Cerró los ojos. De algún modo, tenía que salvarla como no había podido salvar a Aileen.

Pero, ¿cómo?

Despertó, parpadeando en la oscuridad. Bajo las sábanas, había un cuerpo cálido y duro contra ella y recordó. Se había quedado dormida en la cama de Will.

—¿Qué pasa? —murmuró él sobre su oído.

—Me pareció escuchar a Christopher.

Se quedaron quietos, sin respirar, atentos al sonido más ínfimo.

Y entonces oyeron las pisadas suaves de pies descalzos en el suelo de madera, en una parte distante de la casa.

—Pasa algo —apartó el cobertor—. Maldita sea, ¿dónde está mi ropa?

Will encendió la lámpara de la mesilla. El reloj marcaba las tres y treinta y nueve.

—Tranquila, cariño —recogió sus vaqueros del revés del suelo—. Toma mi bata detrás de la puerta.

Poniéndose la bata azul marino, salió del dormitorio.

Christopher se hallaba en la cocina, sacudiendo las manos como si las tuviera mojadas.

—Eh, cariño —musitó ella. El corazón le dio un vuelco. No había tenido una noche inquieta en dos semanas—. Todavía es de noche. Deberías estar dormido. ¿Qué haces en la cocina?

A través de la oscuridad, miró hacia el fogón, donde ella se había detenido.

—No te pude encontrar.

—Oh, cariño —había ido a su dormitorio, descubriéndolo vacío.

—Creí que me habías dejado. Mamá y papá lo hicieron.

—No, Christopher —despacio, caminó hacia él, se puso en cuclillas y le tomó las manos—. Estaba en una parte distinta de la casa. Estaba en el otro extremo del pasillo, donde el tío Will tiene el despacho.

Will entró en la cocina. Llevaba puestos los vaqueros y una camiseta blanca.

—Estábamos hablando, Chris —dijo.

—Estaba durmiendo y cuando desperté no te pude encontrar —repitió el niño.

—Lo sé. Pero ya me has encontrado —se incorporó sin soltarle la mano—. Volvamos a la cama, Chris. Aún no es hora de levantarse para ir al colegio.

Al salir de la cocina, Will la siguió a la habitación del pequeño. Lo acostaron y Savanna lo arropó.

—Buenas noches, cariño.

—Nos veremos por la mañana, hijo —Will le acarició levemente el pelo.

Savanna vio que deseaba abrazarlo, pero que se contenía, inseguro de cuál sería la reacción de su hijo.

Cuando Christopher volvió a quedarse dormido, regresaron a la cocina.

Apretando la bata que olía a él, lo encaró.

—No podemos permitir que esto se repita —manifestó.

—No lo haremos —convino—. Nos aseguraremos de irnos cada uno a su propia cama después...

—No, Will. Quiero decir que no podemos volver a acostarnos juntos. No podemos correr el riesgo de que se despierte mientras estamos en medio del... del...

«Del sexo».

—Es una parte natural de la vida, Savanna. Estoy seguro de que Dennis y Elke hacían el amor.

«Hacer el amor». Tres palabras que le resultaban extrañas e incongruentes en sus experiencias vitales. ¿Era eso lo que Will había visto y sentido en el dormitorio? No lo creía.

«Son sólo palabras. Que salen de su boca».

—Elke y Dennis eran los padres de Christopher. Tú y yo ni siquiera somos una pareja.

—¿No? —preguntó con calma, aunque con los labios apretados. Señalando con la cabeza el pasillo, preguntó—: Entonces, ¿qué fue eso?

—Un desliz temporal, eso es lo que pienso. Estoy aquí por Christopher, para cerciorarme de que conecta contigo. No puedo ponerme a mí, o a ti, primero.

Durante un momento cargado de tensión, él no dijo nada. Luego fue hacia ella y cerró los dedos en las solapas de su bata.

—Cásate conmigo, Savanna.

—¿Qué?

—Me has oído. Vive en esta casa, en Starlight. Sé una madre para Chris. Sé mi esposa. Seamos los tres una familia. Yo... escucha, tú me importas, desde luego. Más que ninguna otra mujer en mucho tiempo. Haríamos un gran equipo, cariño. Un equipo fantástico para Christopher.

—No —susurró. «¿Un equipo fantástico? ¿Y qué pasa con el amor? ¿Dónde encaja?»

Le acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sé que es muy pronto, pero, ¿dónde preferirías estar si no es con Christopher? Tú misma dijiste que es como un hijo. Lo que te estoy pidiendo es que seas su madre. De forma permanente.

«Oh, Dios. No bromea». Las lágrimas le quemaron los ojos.

Ser la madre de Christopher...

—No —repitió, moviendo la cabeza—. Estás confundiendo lo que crees que sientes con lo que quieres para Christopher. No seré una suplente, Will.

—Lo has malinterpretado.

—Lo he interpretado bien. Necesitas una madre para tu hijo, y soy tu mejor apuesta. ¿Cómo te atreves a jugar con mis emociones por ese niño? —la furia le endureció la voz.

—En absoluto es eso. Mis sentimientos por ti son reales. No tienen nada que ver con Christopher. Nunca fue así.

Los ojos le escocían. Le ofrecía un tesoro del que se había estado escondiendo durante dos décadas. Una familia no figuraba en su futuro. Los niños jamás figurarían en su futuro. Había dedicado diecisiete años a adaptarse a ese hecho, y en ese momento...

Quiso llorar. Pegar a la pared.

—No soy tu respuesta, Will —afirmó. Giró en redondo para ir a su habitación.

—Savanna.

Manteniendo la cara alejada de esos ojos penetrantes, se detuvo.

—¿Podemos intentarlo, al menos?

Se dio la vuelta y lo miró con ojos centelleantes.

—No someteré a un niño a esa angustia mientras tú y yo «intentamos» algo por el bien de algún grandioso acuerdo. ¿Cómo crees que se sentirá Chris dentro de un año, cuando tú y yo lo dejemos porque has conocido a una mujer más joven que pueda darle un hermano o una hermana?

—Parece que lo tienes todo agarrado en esa cabecita tuya —dijo él muy despacio.

—No me hables como si fuera uno de tus bombones.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena. Hablaba en serio, Savanna. Es a ti a quien deseo, a nadie más.

Por dentro ella murió un poco.

—Entonces, puede que esto aclare tu cabeza. En Liberia, sufrí una violación múltiple. El daño fue irreparable. No puedo tener hijos, Will. Jamás.

Lo dejó para marcharse a su dormitorio, de vuelta a la cama donde había descubierto por primera vez en la vida, una conexión profunda y entrañable.

Capítulo 11

Con las manos debajo de la cabeza, Will estaba solo en la cama, con la vista clavada en la oscuridad.

«Una violación múltiple». El corazón gritaba con el dolor de Savanna, su sufrimiento. Era peor que lo que le había sucedido a Aileen. Ésta no había despertado de la lesión, no había llevado la herida durante años o se había visto obligada a erguir la cabeza bajo un peso intolerable.

Sintió la sien mojada y con sorpresa se dio cuenta de que lloraba. Ni siquiera con Aileen lo había hecho. Se había enfurecido, había gritado y maldecido.

«Savanna», pensó otra vez. Secándose la lágrima, se puso de lado. La almohada olía a ella. Las sábanas tenían la fragancia de su sexo.

Se entregaba como nadie que hubiera conocido.

La quería en su vida.

Pero después de haber pronunciado esas palabras que le habían anegado los ojos, había huido a su propia habitación. No había esperado una respuesta, que él le dijera «no importa».

No le habría creído.

Él nunca había querido hijos. Quizá en una ocasión con Aileen, pero ese sueño había muerto con ella en una calle de Los Ángeles Este. Había estado embarazada de dos meses con su bebé, y él había querido que dejara de tratar de arreglar los guetos, de sacar a los chicos de las bandas de las calles.

Había querido que trabajara en un despacho, para que pudieran establecer un hogar, tener su familia. Pero entonces había muerto de una herida en el pecho, de una bala perdida mientras intentaba frenar una pelea de bandas.

Esa muerte sin sentido había eliminado el deseo de Will de tener hijos.

Y no es que no le gustaran los niños, todo lo contrario.

Pero con la agitación que se vivía en el mundo en esos días, con las guerras, los desastres, las enfermedades, la contaminación, los índices de delincuencia... no se veía aportando a más seres inocentes a ese combate.

«Pero lo hiciste. Trajiste a Christopher».

Un hecho que no podía obviar. Que el niño hubiera sido legalmente el hijo de Dennis no era la cuestión. Sin él, esa noche Christopher no dormiría bajo su techo.

Y sin Christopher, Savanna estaría en otra ciudad o país. Desconocida para él.

Y si Dennis no hubiera muerto...

«Dios», pensó. «No habría llegado a conocer a mi hijo como ahora, ni lo habría querido con semejante entrega». Podía decirse que se había producido un efecto dominó en su vida.

Cuando el amanecer se asomaba por encima de las montañas, Will se dirigió a la ducha. Veinte minutos más tarde, llenaba su taza con café.

Savanna, enfundada en su bata, entró en la cocina con las mejillas sonrosadas.

—Hola —saludó con suavidad.

—Hola —repuso, deseando abrazarla, protegerla—. ¿Quieres un poco? —le ofreció su taza.

La pregunta la sacó de un trance y fue al armario en busca de una taza. Era evidente que había dormido casi tan poco como él.

Desde tan cerca, quiso acariciarle el cabello. Introducir la mano por el escote que la bata formaba entre de la desnudez de sus pechos.

—Mañana por la noche me gustaría llevarte a cenar —le dijo con voz grave—. ¿Crees que Georgia podría cuidar de Chris un par de horas?

Ella se sirvió café.

—Ya hemos salido a cenar —dijo despacio—. Dos veces.

Él bebió un sorbo de café.

—Esto es diferente. Es una cita, Savanna. Yo te invito a salir. Cosas de parejas.

—Lo que pasó anoche no va a cambiar las cosas. ¿Por qué forzar algo que nunca funcionará, Will? —suspiró—. Mira, lo de anoche fue...

—Lo mejor.

—No me refiero al sexo.

—Ni yo —se sintió enfadado—. Hablo de dos personas amándose. En esa cama, *tú* me correspondiste, Savanna —se pasó una mano por el pelo—. Jamás había experimentado eso con una mujer.

Con la taza entre ambas manos, ella se apartó del mostrador.

—He de preparar a Christopher para el colegio.

—No importa, ¿sabes? —dijo él a su espalda. Ella titubeó y giró para mirarlo—. No quiero más hijos —musitó.

Ella movió la cabeza.

—Ahora hablas como un joven necio. No lo hagas. No es necesario.

Él dejó su taza y cruzó la cocina. Le alzó el mentón.

—Es necesario, y no soy un muchacho, Savanna. Soy un hombre. Uno que te empujó a tener tres orgasmos anoche —se inclinó y le dio un beso tierno en la boca—. Pero, lo más importante, soy el hombre que ayer encontró a tu hijo y que ayudó a acostarlo. Somos buenos el uno para el otro. Piensa en ello hoy.

Lo pensó, desde luego.

Todo el día en la escuela, mientras ayudaba a Christopher en su adaptación, pensó en Will.

Y cada vez que recordaba algo, retornaba a las palabras: «No quiero más hijos».

¿Por qué no quería otro hijo? ¿Por Christopher? ¿Porque temía que otro hijo heredara la condición del primero?

¿O porque ella no podía tenerlos? ¿Acaso había dicho esas cosas por pena? «No», razonó. Will no era insensible. No se permitiría analizar esa cuestión. Podía tener un sentido implacable de la responsabilidad, pero el instinto le decía que no era deshonroso.

No podía refutar el hecho de que se sentía atraída por él. Más que atraída. Quizá un poco enamorada... Cielos, ¿podía ser cierto? Después de tantos años de contener esas emociones, de mantener una distancia cuidadosa, ¿estaría su corazón abriendo su puerta oxidada? ¿Dejando entrar un poco de luz? Era joven, atractivo, lleno de energía, inteligente y, lo más significativo, demostraba tener habilidades paternas. No cabía duda al respecto, Will Rubens era todo un partido.

Y la deseaba.

No, la deseaba por su hijo, eso era todo.

¿Qué debería hacer? ¿Qué podía hacer?

Mientras comía en la sala del personal, intentó responder a las preguntas que la maestra de primer grado había hecho sobre los estudiantes de necesidades especiales en su clase. Una y otra vez, la mirada de Savanna se desviaba hacia Valerie en el otro extremo de la mesa.

La secretaria era perfecta para Will. Su hijo iba con Christopher y con Ángela al colegio cada mañana.

Hacía unos días, el niño se había presentado en la casa con Ángela y los tres habían jugado con el tren de Chris. Gracias a Ángela, Josh mostraba indicios de convertirse en un amigo.

—Si quieres —le dijo a la maestra de primero—, puedo ir a ayudarte con tu pequeño esta tarde. Le diré a Chris que estaré fuera de clase pero sin moverme del colegio en todo el tiempo. Eso le parecerá bien.

—No puedo imaginar por lo que pasaste ayer —comentó Penny Murphy con expresión llena de simpatía.

—Decididamente, pánico —repuso Savanna con una sonrisa a medias.

—Todos nos preocupamos —intervino Valerie—. El tío de Christopher estaba fuera de sí. Luego vino a hablar con Josh y conmigo y nos pidió si podíamos mantener un ojo sobre Chris cada vez que Savanna necesitara algún descanso. Dije que lo haríamos —miró alrededor de la mesa—. Igual que estamos cuidando de su gata durante un tiempo porque a Christopher le dan miedo los gatos.

En la sala cayó el silencio. Todo el mundo clavó la vista en sus respectivos almuerzos.

—Y estoy muy agradecida por eso, Valerie —comentó Savanna en la quietud imperante—. Igual que el tío de Chris. Sin embargo, espero que con un poco de ayuda, Christopher termine por superar sus miedos y Will pueda traer su gata a casa.

—Bueno, si no sucede, Josh y yo estaremos encantados de cuidársela.

—Gracias —forzando una sonrisa, recogió su comida y apartó la silla—. Os veré a todos luego —dijo, luego salió de la sala.

No podía mirar los ojos anhelantes de Valerie sin recordar a Will por la noche.

Después de hablar de las estrategias de conducta que iba a necesitar el niño de primer grado con su maestra mientras la clase se ocupaba de un proyecto de redacción, Savanna le prometió quedar con ella la semana siguiente para establecer un programa más exhaustivo.

A las tres menos veinte, se dirigió a la clase de Christopher.

—¡Savanna! —la saludó nada más entrar, con la familiar mochila amarilla y roja al hombro.

—¿Listo para ir a la casa de la Nana a visitar a Blue durante una hora?

—Sí, me gustan las galletas de mantequilla de cacahuete que prepara la Nana.

—Y a mí, cariño —por primera vez, la mención de Blue no había provocado un monólogo sobre los huskies siberianos—. La Nana tendrá una bandeja recién salida del horno en cuanto lleguemos.

Fueron andando desde la escuela. Christopher no paró de hablar de los Jet Rangers y del vuelo de Will del día anterior. Detalles, mecánica, estadística.

Lo dejó hablar. Ese día no tenía ganas para guiarlo a otros temas o a conversaciones de dos. Ese día, simplemente, deseaba disfrutar de Christopher.

Diez minutos más tarde, cruzaron la puerta de atrás de la casa de Georgia. Con una azada en la mano, la abuela de Elke estaba arrodillada sobre una almohadilla de espuma junto al porche trasero. Sin quitarse la mochila, Christopher corrió hacia ella.

—Hola, Nana —Christopher se puso en cuclillas junto a Blue, que dormitaba en un punto donde caía el sol—. ¿Has preparado galletas?

Con las manos sobre las rodillas, Georgia se incorporó lentamente.

—Puedes apostar —le dio al niño un abrazo leve y rápido—. Ven dentro y lo verás. ¿Qué tal has tenido el día, Savanna?

—Ocupado, pero mejor que ayer.

—Cualquier cosa es mejor que ayer.

En los ojos de la anciana no había culpa ni acusación.

Entraron en la cocina, donde las invadió el olor a galletas de mantequilla de cacahuete.

Cuando el niño desapareció en el salón seguido de Blue, Georgia puso la tetera al fuego para preparar el té de la tarde.

—Ese niño es la joya de mi corazón —comentó—. Y sospecho que también

del tuyo —añadió, observándola sacar del armario dos tazas de porcelana inglesa.

—Me pone enferma pensar en lo que le podría haber sucedido ayer —reconoció—. Pensé... Oh, Georgia, fue terrible. Gracias a Dios que lo encontró Will con el helicóptero.

La anciana apoyó una mano en el hombro de Savanna.

—No te olvides de ti, cariño. Tú movilizaste a media ciudad para la búsqueda. Alguien habría encontrado a Chris.

Tenía que creer eso.

—Valerie Jax piensa que Will es un héroe, y yo también. Como todo el mundo —se apresuró a añadir. ¿Por qué había mencionado a Valerie?

Georgia bufó.

—No dudo de tu integridad. Pero Valerie Jax lleva persiguiendo a Will desde que empezó a entrenar a su hijo hace tres años. Si rescatara a un gato de un árbol, pensaría que era capaz de caminar sobre el agua.

—Bueno —comentó Savanna con tono sombrío—. *Ella* ha rescatado a *su* gato.

Georgia frunció los labios.

—Eso cambiará en cuanto convenzamos al pequeño Chris de que los gatos no son los tigres que él cree.

Savanna frunció el ceño.

—Cuando Christopher se escapó de la escuela ayer, yo estaba en una tienda comprando un vídeo acerca de un gato y un tren en dibujos animados. Había esperado que lo ayudara a admitir a la gata de Will.

—¿Aún tienes la cinta en tu bolso?

—Está en la casa de Will.

—Tráela mañana y haremos que Blue se siente con Chris mientras la mira. Ese perro viejo sabe cuando alguien está estresado. Calmará al pequeño.

«Sí». El husky siberiano había sido un bálsamo durante el último mes, eliminando parte de la ansiedad de Chris con su serena aceptación. Al mismo tiempo, el pequeño se había acostumbrado al cariño de Georgia. La bisabuela sería una gran ayuda y apoyo cuando llegara el momento en que tuviera que confiar a Christopher a Will antes de marcharse a Tennessee.

Tuvo ganas de llorar. Dejar a Christopher... y a esa adorable y cariñosa mujer... y a Will.

Él le había pedido matrimonio.

Había dicho que podrían formar una familia nueva para Christopher. Una familia cariñosa. «Pero sin amor en el lecho nupcial».

—Pareces triste —comentó Georgia, retirando la tetera del fuego.

Savanna apretó los labios.

—Lo echaré de menos —«a los dos».

—Entonces, quédate —Georgia le tomó la mano.

«Quédate», la palabra que había empleado Will.

Apartó la vista de la mirada penetrante de la anciana.

Ésta dejó la tetera sobre la mesa y apartó una silla.

—¿Qué te espera en la otra parte del mundo? Sí —llenó las tazas—. Sé que planeas visitar a tu hermano y a su familia, pero, querida, él ya tiene su propia vida.

Miró a la mujer en quien había aprendido a confiar tanto como en Elke.

—Anoche Will me pidió que me casara con él.

—¿No es maravilloso? —Georgia sonrió encantada—. Espero que le dijeras que sí.

—No.

—¿No? ¿Le dijiste que no?

—Oh, Georgia, sólo lo pidió por Christopher. No tenía nada que ver con... con...

—¿El amor? —la anciana enarcó las cejas—. ¿Es lo que él dio a entender?

—No, pero...

—Escucha, muchacha. Conozco a Will Rubens de toda la vida y he visto a las chicas perseguirlo en la escuela y en las fiestas. Unas pocas incluso captaron su atención durante uno o dos meses. Pero ninguna entró en esa hermosa casa que construyó hace siete años. Hasta ahora.

—Eso es sólo por Chris.

—Sí. Pero en todo este tiempo, tampoco lo he visto mirar a una mujer como te mira a ti.

—¿Y Aileen? —conocía la historia de la mujer joven que había muerto esperando el bebé de Will... y eso le partía el corazón.

—Aileen fue su primer amor —repuso Georgia—. La veía a través de los ojos de un muchacho. A ti te está viendo a través de los ojos de un adulto.

Savanna apoyó los codos sobre la mesa y se llevó los dedos a la frente.

—Estoy tan confusa.

—¿Lo amas?

—No lo sé. No quiero amarlo, pero cada vez que lo veo... —alzó la cabeza y miró por la ventana hacia el cuidado jardín—. Hace que el corazón me dé vuelcos —miró otra vez a Georgia—. Pero es tan joven.

—Tonterías. Es un hombre.

—Es lo que él no para de decirme —sonrió.

—Entonces, hazle caso a tu corazón, muchacha. La edad no es más que un par de números. Cuando no miras por encima del hombro, no los ves acercarse.

Savanna soltó una risa breve.

—Vive el día con lo que te ofrece, cariño —Georgia se puso de pie cuando sonó el teléfono que había junto a la nevera—. Es lo único que podemos hacer todos —le palmeó la mano y contestó.

Savanna regresó al salón para ver a Christopher.

Estaba sentado en el suelo junto a Blue, viendo una comedia en la tele. Desaparecidas las galletitas y la leche, sobre el regazo tenía extendido su mapa de Alaska. El mismo ritual todos los días. La tele. Blue. El mapa. «Oh, cariño», pensó, «¿cómo pasaré el día sin ti?»

—Savanna —dijo Georgia desde la entrada—. Es para ti —indicó el auricular sobre el mostrador.

«Will». Con el corazón en un puño, alzó el aparato.

—Hola.

—¿Señorita Stowe? Soy Max Shepherd, alcalde de Starlight. ¿Se acuerda de mí?

—Sí, claro —se había puesto en contacto con él por Will antes de dejar Centroamérica—. Hablamos hace aproximadamente un mes.

—Así es, y espero que lo que le transmití en su momento le sirviera, tanto a usted como al niño.

—Así ha sido —«y ahora me he enamorado»—. Gracias.

—Señorita Stowe, ¿ha conocido a mi hijo Shane en la posada?

—Lo conocí el primer día, señor Shepherd. Y no es un mal bailarín.

Él rió.

—Bueno, esto le va a sonar algo raro, pero, ¿recuerda la conversación que tuvo con Shane acerca de su hermana?

La mujer que vivía con su marido y sus hijos en un páramo del estado. Una moderna esposa con tres hijos, el menor de los cuales parecía incapaz de centrarse en los temas de un programa escolar casero.

—Mencionó una hermana, sí.

Escuchó un suspiro.

—Acabo de venir de la escuela y Harry Germaine considera que usted podría ayudar a mi hija.

—¿Qué le pasa?

—No es tanto ella, sino mi nieto. El niño se está descontrolando. No escucha a sus padres y se encoge de miedo cuando su padre lo reprende por no hacer lo que se le indica. Se obsesiona con cosas raras, como repuestos de automóviles y herramientas de carpintero. Ha desmontado su generador para volver a montarlo media docena de veces. Desde luego, no es algo que uno desearía en pleno invierno.

—Cierto. ¿Cuántos años tiene?

—Once. Mil veces les he dicho que dejen de jugar a los colonos y vuelvan con los niños a la civilización, pero los dos son obstinados. Mi yerno considera que vivir de esa manera les otorgará a los niños una perspectiva *pura* del mundo y les enseñará cómo salvarlo un día —bufó—. Los dos son unos idiotas.

—¿Cómo puedo ayudar yo?

—¿Podríamos elaborar algún plan de normas que Nadine podría desarrollar para encauzar al joven Jeff? Mejor aún, podría llevarla a su casa y dejar que evaluara en persona la situación.

—Señor Shepherd, las evaluaciones deberían realizarse a través de agencias oficiales.

El hombre bufó otra vez.

—No tengo tiempo para la burocracia. Diablos, Jeff será adulto antes de que alguien reciba autorización para presentarse en su propiedad. Escuche, Germaine me ha dicho que usted dispone de las suficientes credenciales como para montar su propia agencia, si lo deseara.

«¿Harry había dicho eso?»

Shepherd continuó:

—Se lo compensaré con creces. El dinero no es obstáculo. La llevaré en mi propio hidroavión que llevo pilotando desde hace más de veinte años... si eso la tranquiliza. Señorita Stowe, Jeff está volviendo loca a mi Nadine. Por favor, ¿querrá ayudarlos?

¿Cómo negarse? Por eso había trabajado en África y en América Central.

—De acuerdo, señor Shepherd —aceptó—. Iré.

A las nueve y cuarto de aquella noche, Will apagó el ordenador de su casa.

Desde el momento en que Savanna había hecho el anuncio durante la cena de su inminente viaje a las Montañas Chugach, Will había guardado silencio. De inmediato, Christopher había corrido a su siempre lista mochila y sacado el mapa de Alaska.

En el suelo de la cocina, había hablado sin cesar sobre la trayectoria que seguiría el avión, la topografía que abarcaría, los glaciares, las cadenas montañosas con sus cimas, las carreteras y los lagos y ríos que cruzaría.

Después de guardar el último plato, Will había ido a su despacho para comprobar con Nate Burns el parte meteorológico para el sur en los próximos tres días.

En el Golfo de Alaska se estaba formando un frente que no le gustaba.

Apartó el sillón y regresó al salón.

Savanna estaba sentada en el sofá, con las piernas acurrucadas debajo de su cuerpo, leyendo. No quería que volara en el hidroavión de treinta años de antigüedad de Max Shepherd.

—¿Chris está en la cama? —preguntó.

—Se acostó hace unos minutos —repuso, alzando la cabeza.

Se acercó a ella y le quitó el libro de las manos, luego le quitó las gafas de la nariz y la incorporó.

—Ven conmigo —la condujo a la puerta de la cocina. Después de pasarle una cazadora por los hombros y de ponerse otra él, la llevó al porche protegido.

El aire nocturno tenía la fragancia del verdor nuevo en la tierra. Los mosquitos zumbaban detrás de las rejillas de plástico. A lo lejos, se percibía el perfil de las montañas.

—Will, ¿de qué se trata? —Savanna lo miró.

Él no pudo esperar más. Pegándola contra él, protegiéndola con su cazadora, bajó la cabeza y la besó tal como lo había hecho en la cama. Con todo el corazón. Largo rato después, le acarició la mejilla.

—Quiero llevarte yo mañana.

—Eso es una tontería. Max dijo que me llevaría en su hidroavión. La familia vive en un lago y él hace la ruta media docena de veces al año. Necesito que te quedes con Christopher.

No quería que se fuera. No por su hijo, sino porque no confiaba en nadie que no fuera él para llevarla sobre el terreno de Alaska.

—No te preocupes —continuó ella—. Sólo estaré fuera unas horas. Max me llevará justo después de que Chris salga hacia el colegio y habré regresado poco después de que él vuelva a casa —le dedicó una de sus raras sonrisas—. Penny tendrá un apoyo que la ayudará con Chris durante el día. Estará bien, Will. Chris y yo lo hemos hablado exhaustivamente esta noche, y he incluido mi viaje en su agenda.

—No es él quien me preocupa. El avión de Max tiene muchos años y se acerca una tormenta procedente de la costa.

Savanna se apartó de sus brazos y se acercó a la barandilla.

—Por favor, no te sientas responsable de mí. Lo que pasó la otra noche fue porque los dos nos sentíamos abrumados.

Ella se volvió y cruzó los brazos. Tenía los labios apretados. Will quiso sacudirla y besarla al mismo tiempo. ¿Es que las palabras que habían compartido no habían significado nada para ella?

—¿Has pensado en mi pregunta?

Durante cinco largos segundos, sus ojos se encontraron.

—He pensado en ello —repuso Savanna.

Poco a poco, él se relajó. Al menos no le había ofrecido una negativa meditada.

—Bueno, eso es positivo, supongo.

—Sí y no —la infelicidad nublaba sus ojos—. Will, eres un buen hombre. Christopher y tú vais a...

Él levantó una mano.

—No. Esta noche no, Savanna —maldijo para sus adentros; no necesitaba volver a oír los motivos. Le importaba más que ninguna mujer en mucho tiempo. Si no era capaz de creer eso... En dos pasos estuvo ante ella—. Te equivocas. Christopher y yo te necesitamos, y tú nos necesitas a nosotros. Si le dieras una oportunidad, podemos hacer que funcione. Eso es todo. Una oportunidad.

Exasperado por su inflexibilidad, y consigo mismo por la falta de sentido común que mostraba junto a ella, abrió la puerta mosquitera y se adentró entre los árboles.

Capítulo 12

Will recibió la llamada a las once menos cuarto.

Se hallaba en el interior del hangar engrasando los rotores del Jet Ranger cuando Hewlett, uno de los dos mecánicos, se acercó y dijo:

—Te llaman de la escuela.

Limpiándose las manos en un trapo, se dirigió a la pequeña y atestada oficina con su estancado olor a grasa y a café, situada en la parte de atrás del edificio.

Cuando al fin alzó el auricular, su corazón parecía un pájaro enjaulado. La última vez que lo habían llamado del colegio...

Carraspeó.

—Aquí Rubens.

—Will, soy Valerie. Ha habido un accidente. Nada serio, pero creo que necesitas venir.

«Nada serio». Se agarró a eso, ordenándole a su cuerpo que no temblara.

—¿Qué ha pasado?

Valerie se lo explicó. Durante el recreo, Chris jugaba con Josh y Roger a tirar una pelota de béisbol. Una ventana rota de un aula. Christopher inconsolable. Lloraba por el cristal roto.

—Voy para allá —colgó.

Dejando a Hewlett para que acabara con los rotores, se subió a su todoterreno. Tardó menos de cinco minutos en realizar el trayecto. Entró en la escuela y marchó por el pasillo hasta las oficinas. Roger Maize y Josh estaban sentados en un banco de madera junto a la pared más alejada. Si alguien le hubiera dicho que sus mascotas habían muerto, se lo habría creído. Había lágrimas en los ojos de los niños.

—Lo siento, Will —dijo Josh—. No era mi intención, en serio.

«La ventana rota».

—Hablaemos luego, colega —entró en el despacho.

Valerie se levantó de su sillón.

—Chris está ahí —condujo a Will al cuarto de primeros auxilios frente a la puerta del director.

Con las manos martilleando sobre sus pequeños muslos, Christopher se mecía adelante y atrás en una silla. De sus ojos rodaban lágrimas.

Una mujer que Will no reconoció estaba arrodillada delante del niño. Harry Germaine sentado en otra silla, trataba de explicar que lo que había hecho el niño no era culpa suya. Protectora y defensora, la pequeña Ángela se hallaba junto a Christopher al otro lado.

Los dos niños levantaron las cabezas cuando entró Will.

—¡Tío Will! —Chris saltó de la silla y corrió a abrazarlo—. La ventana está rota, tío Will —gritó—. ¡Está hecha añicos!

A Will le dolió el alma. Por primera vez, su hijo había conectado físicamente con él. Arrodillándose en el suelo, tomó con suavidad los hombros del niño y lo abrazó.

—Chris, tranquilo, hijo. Las ventanas se pueden arreglar.

Christopher movió la cabeza; estrujó unos pañuelos de papel entre las manos.

—¡Pero *esta* ventana ha quedado estropeada!

«Oh, Dios. ¿Qué diría Savanna? ¿Cómo encararía el tema para tranquilizar a su hijo?».

Will miró a Harry Germaine y a la mujer, sus rostros marcados por la preocupación y la simpatía.

—No conseguimos hacerle entender que no ha sido culpa suya —comenzó Harry.

—Te lo dije, papá —intervino Ángela, mirando al director con ojos grandes—. La culpa no es de Chris —le ofreció un pañuelo de papel a Will.

Éste secó las lágrimas de su hijo.

—Desconocía la regla de no lanzar pelotas cerca de la escuela —añadió la pequeña.

Otra vez reglas. Reglas por doquier. El corazón de Will se proyectó hacia su pequeño, cuyo mundo giraba en torno a reglas, rutinas y horarios.

—Chris —comentó con gentileza, apartándole el pelo de los ojos

enrojecidos—. ¿Sabes por qué se estableció la regla de la que habla Ángela?

—No.

—Bueno, cuando se construyó esta escuela hace más de cincuenta años, no tenían esa regla y los niños solían jugar todo el tiempo en los terrenos próximos al edificio.

No sabía si era verdad, pero necesitaba un hecho tangible que llegara hasta el pequeño.

—En cualquier caso, los chicos solían jugar al béisbol y a todo tipo de juegos. Entonces, las ventanas comenzaron a romperse porque algunas de las pelotas las atravesaron. Después de que eso pasara algunas veces, los maestros y los directores tuvieron que imponer esa regla. Pero la realidad, Chris, es que ya se han roto y reparado muchas ventanas. La escuela es vieja y cuando las cosas son viejas, hay que arreglarlas o cambiarlas.

Chris suspiró.

—¿Como cuando se me rompe un cordón de los zapatos?

Will sonrió.

—¡Exacto! Cuando se te rompe un cordón, Savanna, o yo, necesitamos comprarte un par nuevo. Pasa lo mismo con la ventana. El cristal está roto y ahora hay que cambiarlo.

—¿Soy estúpido por no conocer la regla?

—En absoluto —miró a Germaine—. ¿Alguien te ha dicho que eres estúpido, Chris?

—Algunos de los chicos piensan que soy estúpido.

«Savanna, te necesito».

—¿Te lo han dicho?

—No, pero yo sé que no quieren ser mis amigos.

Ángela se colocó junto a él.

—Yo soy tu amiga, Chris.

Will le sonrió.

La pequeña continuó:

—Creo que otros niños te tienen un poco de miedo, Chris, porque hablas de cosas que ellos no conocen. Como la historia de los helicópteros, y eres muy bueno en matemáticas y puedes leer los mapas como un mago. Eres muy inteligente —le dedicó una sonrisa dulce—. ¿Y *mis* amigos? Piensan que eres un encanto.

La miró desconcertado.

—¿Sí?

—Mmmm. ¿Quieres conocerlos?

El niño miró el hombro de Will.

—¿Y si se ríen de mí y piensan que estoy loco?

—No lo harán —aseguró Ángela. Luego miró a su padre—: ¿Podemos irnos ya, papá?

Claramente aliviado, el hombre asintió.

—Claro. Marchaos, niños. Todavía hay diez minutos de clase antes de que suene la campana.

—Te veré después de clase, Chris —dijo Will.

—De acuerdo. ¿Y entonces Savanna vendrá a casa?

—Sí, Savanna luego vendrá a casa —cuando los niños se marcharon, se puso de pie—. Debería estar bien el resto del día. Pero si no... —le entregó a Harry una tarjeta—... ahí está el número de mi móvil.

—Gracias por venir, Will.

En la puerta, hizo una pausa.

—Escucha, Harry. En el caso de que me encuentre fuera de la ciudad la próxima vez, y que Savanna no se halle disponible, por favor, llama a Georgia Martin. Es la bisabuela del niño. No quiero que se sienta abandonado cuando esté agitado.

—Me aseguraré de incorporarla a la lista de teléfonos de emergencias.

—Hazlo. ¿Te importa si hablo un minuto con Josh y con Roger?

—Mándamelos en cuanto hayas terminado.

Will salió del despacho. Valerie tecleaba ante el ordenador.

—Me gustaría hablar con Josh, Val —le dijo—. Sólo quiero oír su versión de la historia.

Ella se incorporó.

—Iré contigo.

Lo entendió; después de todo, se trataba de su hijo. Juntos salieron al pasillo donde Will se puso en cuclillas ante los niños.

—Hola, Josh.

—Hola, Will.

—¿Quieres contarme qué pasó ahí afuera con Chris?

—No fui yo —soltó el chico—. Fue idea de Roger.

—¡No lo fue! —Roger miró a Josh furioso.

Will alzó una mano.

—Un momento, chicos. No busco culpar a nadie. Josh, lo único que necesito de ti es saber qué pasó —miró a Roger—. Tú tendrás tu turno.

Josh miró preocupado a su amigo.

—Roger dijo que deberíamos ver si Chris era capaz de atrapar una pelota, porque supuso que lo meterías en el equipo. No queríamos que pasara nada, Will. No sabíamos que Chris no podía atrapar o lanzar una pelota.

—Pero sí sabías que no se podía jugar cerca de las ventanas.

—Sí, pero...

—¿Le hablaste a Chris de esa regla?

—No —repuso Josh en voz baja—. Deberíamos habérselo contado, siendo nuevo y todo eso.

—Sí, ésa habría sido una buena decisión —miró a uno y luego al otro. ¿Cómo solucionar el problema? No quería que los chicos pensarán que su hijo era raro, estaba loco o era distinto. No quería culparlos cuando era evidente que le habían tendido una trampa a Christopher. Se decantó por la sinceridad—. Escuchadme, chicos. Chris sufre una discapacidad que en ocasiones le causa ansiedad, en especial con desconocidos y otros niños.

—¿Sí? —preguntaron al unísono.

—Sí. Es autista, lo que significa que a veces dice y hace cosas a las que no estáis acostumbrados. Pero eso es porque ve las cosas de forma diferente. Pero quiere ser vuestro amigo. ¿Creéis que podríais darle una oportunidad?

—¿Cómo? —quiso saber Josh.

—Bueno, si empieza a entusiasmarse con un tema como los helicópteros y vosotros no queréis oír hablar de eso, decidle: «Eh, Chris, ahora mismo no estamos interesados en los helicópteros. Queremos hablar de esto o aquello». Él lo entenderá. Es un chico bastante inteligente.

—Hace matemáticas avanzadas —convino Josh.

Will sonrió.

—Ahí lo tenéis. Si algún día tenéis dificultades con un problema, pedidle su ayuda. Estará encantado de mostraros los pasos a seguir —se puso de pie.

Josh alzó la vista.

—¿Nos vas a sentar en el banquillo en el partido?

La temporada empezaba en diez días.

—No —miró a Valerie—. Pero llevaré a Christopher. Creo que será un excelente estrategia de jugadas. ¿Qué pensáis vosotros?

Los dos asintieron con vehemencia.

—Bien, aunque primero necesito explicarle el cometido a él, así que es un secreto entre nosotros, ¿de acuerdo?

Josh hizo un movimiento de sellar sus labios y tirar la llave. Roger lo imitó. Will asintió. Sabía que con ellos ya no habría problemas.

—Ahora id a ver al señor Germaine. Os está esperando.

Cuando se marcharon, se dirigió a la entrada del colegio.

—Will, espera —Valerie lo alcanzó—. ¿Puedo hablar contigo un segundo? —indicó la puerta y salieron al sol de mayo.

La tensión se evaporó de sus hombros. Ese día había sido un padre. Había manejado la situación de su hijo como un padre de verdad. Estaba impaciente por contárselo a Savanna.

—Will —dijo Valerie—. A Josh le preocupa que no seas su hermano mayor después de hoy.

—Nada ha cambiado, Val, aparte de que Chris se ha incorporado a mi vida.

—¿Seguirás viniendo a casa a vernos?

—Desde luego, pero ahora será siempre con Christopher —quería que eso quedara perfectamente claro.

—Eso es perfecto —esbozó una sonrisa insegura—. Yo también quiero que Josh y Chris sean amigos.

«Pero no por las mismas causas que yo».

—Escucha, Val. Le he pedido a Savanna que se case conmigo. Aún no me ha dado el sí —añadió cuando se quedó boquiabierta—. Pero tampoco me ha rechazado.

—¿La... la amas?

¿La amaba? De una cosa estaba seguro, le gustaba más de lo que le agradaba reconocer.

Pero...

«¿La amas?».

La furia palpó en su pecho. ¿Desde cuándo Valerie se metía en sus asuntos, en su corazón?

—Eso —afirmó con contundencia— es algo entre Savanna y yo.

Minutos más tarde se sentó al volante de su todoterreno. Había manejado una crisis con Christopher y la habían superado bien. El mundo no se había terminado. Podía ser el padre que Savanna quería para el niño. Y si ella elegía marcharse, Chris y él sobrevivirían.

Pero no supo por qué su mundo se había convertido en algo oscuro.

Grácil como un esquiador acuático, el avión se deslizaba por la superficie del lago. Durante unos momentos, Savanna vislumbró una cabaña protegida por una arboleda cerca del agua antes de que la estructura desapareciera por completo de su vista.

Habían realizado el viaje sin ningún incidente.

Max enfiló el avión hacia el largo embarcadero de madera que se adentraba en el lago. Tres niños vestidos con vaqueros y sudaderas los saludaban. El mayor, de unos trece años, sostenía una cuerda gruesa atada a un pilote, a la espera de anclar el aparato.

El niño abrió la puerta del Piper en cuanto todo estuvo asegurado.

—Hola, abuelo.

—Ralph —Max esbozó una amplia sonrisa mientras miraba a los otros dos niños, uno que daba palmas y saltos y una niña de unos seis años—. Jeff, Adele.

—Hola, abuelo —gritó Jeff. Corrió hacia el anciano, invadiendo su espacio y plantando la nariz a centímetros de la cara de Max—. ¡Has venido! ¡Lo has conseguido! ¡Te hemos echado de menos!

—Jeff, dame algo de espacio, ¿de acuerdo, tigre?

—¡De acuerdo! ¡Han pasado tres semanas, seis días y catorce horas desde la última vez que estuviste aquí, abuelo!

—No hace falta gritar, Jeffy.

—De acuerdo —de pronto el niño vio a Savanna—. ¿Quién es esa señora? Su pelo es como las zanahorias. ¿Es tu novia, abuelo?

Max rió.

—No, es una amiga. Y ahora vayamos a la casa a ver a mamá y a papá.

—De acuerdo —el niño corrió por delante—. ¡Nadine! ¡Nadine, ha venido el abuelo!

—Lo siento —alzó a la niña traviesa en brazos—. Hola, preciosa. ¿Cómo está mi nieta favorita hoy?

—Oh, abuelo —sus risitas fueron como motas de sol sobre el lago—. Soy tu *única* nieta.

—Así es, cariño. Lo eres.

Se dirigieron hacia la amplia cabaña donde una mujer abrió la mosquitera para saludarlos. Se limpió las manos en el mandil que colgaba desde su

cuello.

Se hicieron las presentaciones y a los pocos minutos Savanna se encontró en una cocina desarreglada, con platos sucios apilados en la encimera y en el fregadero. Varias moscas zumbaban sobre restos de comida congelada. Un mosquito aterrizó en su brazo y lo aplastó antes de quitárselo con un pañuelo de papel.

Max le preguntó a Nadine por su marido.

—Está en la cala del lago, pescando —repuso—. No volverá hasta no haber capturado un par de truchas para la cena.

Savanna sospechó que el hombre estaba evitando la «evaluación» de Jeff. Según Max, su yerno creía que su hijo mediano sólo pasaba por una fase «obsesiva» mientras trataba de encajar entre los dos hermanos; que las preocupaciones de Max y de Nadine eran «condenadamente ridículas».

Sacó varias carpetas del maletín que había llevado y las depositó sobre la mesa. Durante las siguientes horas, le formuló varias preguntas a Nadine, incluyendo las de la escala para niños con el Síndrome de Asperger perfiladas por el experto australiano en autismo, el doctor Tony Attwood. Apuntó la interacción de Jeff con sus hermanos, su madre, su entorno, convencida con cada minuto que pasaba de que se podría establecer un camino de atenuación y ayuda para la familia.

A las cuatro de la tarde, cuando regresaba, exhausta pero satisfecha, con Max al embarcadero, nubes de tormenta se habían amontonado en el horizonte austral. Una ráfaga de viento frío la hizo tiritar.

—Tenemos el viento a favor —apuntó Max mientras se aseguraban en el interior del aparato—. Llegaremos a casa en un abrir y cerrar de ojos.

«De vuelta a casa».

Sí, Starlight se había convertido en su hogar...

Por Georgia y Christopher y los niños de la escuela, e incluso Valerie.

Y Will. Will, con sus traviesos ojos azules y esa risa que le producía un extraño cosquilleo. Will con sus gentiles caricias. Que siempre decía las cosas apropiadas.

Excepto la que realmente importaba.

En el bolsillo, sus dedos tocaron una vez más la página del mapa de Christopher.

Una ruta tan simple de un niño tan complejo.

Cuando la única hélice del avión se puso a rugir y se deslizaron por la

superficie del lago, rezó para que Christopher hubiera tenido un buen día.

Porque necesitaba que esa ausencia de un día entero le permitiera plantear el fin de su estancia en Alaska.

Capítulo 13

Will estaba sentado en su todoterreno observando el cielo a través del pequeño lago donde el avión de Max debería haberse posado hacía quince minutos.

El cielo estaba cubierto por nubes oscuras y unas gotas de lluvia habían comenzado a salpicar el parabrisas.

—¿Cuándo va a venir Savanna? —preguntó Christopher desde al asiento del acompañante.

—Debería llegar en cualquier momento —Will señaló hacia el sudeste—. Mira por encima de esos árboles en el otro extremo del lago. ¿Ves ese abeto alto?

—Sí.

—La luz del avión debería aparecer por encima de su copa.

—Como una estrella —dijo el niño, con las manos colgando de sus rodillas—. Por la noche, los aviones tienen luces que parecen estrellas brillando en el horizonte. Savanna va a venir pronto, ¿verdad?

Will miró a su hijo. Tenía los ojos clavados en la línea de árboles a medio kilómetro de distancia.

—Sí, Chris —comprobó su reloj de pulsera.

¿Dónde diablos estaba Max?

Se preguntó si el anciano habría decidido esperar en la casa de su hija que la tormenta pasara o si había intentado adelantarse. Con el viento de cola, habría podido hacer un tiempo excelente.

La lluvia aumentó.

Era imposible que ese viejo Piper pudiera posarse ya en el agua. Max tendría que desviarse de la tormenta y encontrar otro punto tranquilo de agua

donde amenizar.

—Mamá y papá no están aquí porque su avión chocó en las montañas —dijo Christopher, palmeándose sin cesar las piernas.

—Chris, Savanna está bien —al menos era lo que esperaba.

«¿La amas?» La pregunta de Valerie reverberó en su mente por enésima vez, y al mirar el lago turbulento, el cielo ominoso, lo supo.

La amaba más de lo que podía empezar a describir. Se había enamorado desde que miró por primera vez esos ojos verdes en aquella habitación de la posada.

Tenía que volver a casa. Tenía que volver para que pudiera decírselo. El pecho le dolía con las palabras, con la enormidad de saber que la amaba sólo a ella, de que tal vez su oportunidad hubiera pasado de largo.

—Espera aquí —le dijo a Christopher, abriendo la puerta del vehículo. Desde el lago soplaba un viento húmedo que le abofeteó la cara. Fue a la parte de atrás del todoterreno, sacó su móvil y apretó la tecla tres, el número rápido de Nate.

—Nate —respondió el controlador a la primera llamada.

—Aquí Will, Nate. ¿Has tenido noticias de Max Shepherd?

—Hace unos diez minutos, Will. Llamó pidiendo auxilio sobre un lago al este del Glaciar Matanuska. Al parecer tenía problemas de motor.

«Santo cielo». Se obligó a mantener la tranquilidad.

—¿Algún otro contacto desde entonces?

—Ninguno. Lo siento, amigo. Búsqueda y Rescate desde Palmer saldrán a la primera oportunidad, pero esta tormenta...

—Sí, lo sé —no tenía sentido perder otro avión—. Yo subiré en cuanto deje a mi chico.

—No puedes despegar hasta que haya pasado la borrasca, Will. El frío ha formado un frente de hielo a lo ancho de las montañas. No pasará hasta la medianoche. Demasiado arriesgado con las nubes bajas y...

—¿Lleva GPS a bordo? —eso permitiría localizar su posición con claridad precisa.

—No, llevaba tiempo hablando de comprar uno, pero...

—El condenado idiota.

Cerró el teléfono y clavó la vista en la intensa lluvia.

«Aguanta, Savanna. Iré a buscarte».

El frío la sacudía los huesos y le hacía castañetear los dientes.

Acurrucada en el asiento estrecho, entró en calor con la manta que Max le había ofrecido en cuanto comprendió que el avión se podía usar como refugio de la implacable nieve y ventisca.

Cuando la hélice dejó de girar en pleno vuelo, Max pilotó con maestría el aparato silencioso para hacerlo planear hacia el lago pequeño que había en el valle de las montañas, en dirección a la seguridad de la costa.

Savanna sabía que las aguas profundas significaban una muerte segura, mientras que en la costa existía una oportunidad.

Después de unas sacudidas y traqueteos, el avión se había detenido a diez metros de la costa rocosa.

No tenía ni idea de dónde se hallaban ni estaba segura de que Max lo supiera.

Le dolía la cabeza.

La muñeca derecha le palpitaba. Lo más probable era que estuviera rota. Recordaba un dolor muy intenso en el momento en que había tratado de protegerse, alzando la mano contra el cristal a medida que el pontón del avión golpeaba contra la pared rocosa oculta por las agitadas aguas.

—¿Está bien, Savanna? —llegó la voz de Max en la absoluta oscuridad.

—Estoy bien, Max —respondió—. ¿Cómo tiene la rodilla? —recordó que se la había golpeado al amenizar.

—Todavía en buena condición.

—¿Cuánto llevamos aquí?

—Unas pocas horas. Usted... usted se durmió un rato.

Habría perdido el sentido, lo más probable.

«Christopher», pensó. ¿Cómo estaría aguantando su pequeño? ¿Cuidaría Will de él? ¿Lo mantendría sereno?

Hace horas que tendrían que haberse dado cuenta de que algo iba mal. ¿Volvería a verlos?

Qué frío hacía.

No debería haberse obsesionado tanto con su edad. La vida era demasiado corta. ¿Es que no lo había visto en Liberia, Kenia, Honduras?

Will lo había vivido en las calles de Los Ángeles.

Podrían haber muerto al instante o estar heridos más allá de cualquier posibilidad de supervivencia.

Necesitaba sus brazos fuertes. Sus manos haciéndola entrar en calor.

De haber aceptado su oferta de matrimonio, habría abierto una ventana de felicidad... durante una hora, unas pocas noches más.

—Savanna —la voz de Max.

—Estoy bien.

Una botella de agua se inclinó sobre sus labios.

—Beba un poco. No se deshidrate.

—¿Nos encontrarán?

—Por la mañana. Cuando el tiempo se despeje.

—¿Y si no vienen?

—Estamos a la vista. Y Nate tiene mis coordenadas y plan de vuelo —la miró con ánimo en los ojos a la tenue luz del interior de la cabina—. No costará ver el avión desde el aire. Descanse un poco, si puede.

Cerró los ojos al tiempo que intentaba aislar el dolor de cabeza y el de la muñeca. E intentaba recordar los ojos de Will. Oceánicos.

Se adentró en las tinieblas.

Sentado en la cama en el dormitorio de Christopher, Will esperó que el niño terminara de cepillarse los dientes en el cuarto de baño del pasillo.

Esa noche Chris se iría a dormir sin que Savanna lo arrojara. Sin el confort y la estabilidad que le ofrecía.

Le había hecho un millón de preguntas, todas en torno al tema de cuándo regresaría Savanna a casa.

Ojalá pudiera darle una respuesta exacta. Dentro de tres minutos. Esta noche a las once. Mañana a las nueve.

Inquieto, se levantó de la cama y, con la agenda en la mano, fue al cuarto de baño.

—¿Listo, hijo?

El pequeño le quitó la agenda y tachó *Lavarse Cara, Manos, Cepillarse Dientes*.

—¿Ha llegado ya Savanna?

—No —lo condujo a la cama.

Christopher se metió en ella.

—Los accidentes de avión matan a la gente.

—A veces.

—Pero los helicópteros son más seguros. No tienen tantos accidentes como los aviones.

Lo arropó.

—Eso es porque hay menos helicópteros que aviones.

—Los trenes son seguros. Puedes ir en un tren durante mil kilómetros sin matarte.

—También puedes pilotar un avión la misma distancia sin hacerte daño, Chris. Es hora de dormir. Savanna estará aquí por la mañana —«eres muy listo. Hazle una promesa que quizá no puedas cumplir».

El niño señaló hacia su mesa.

—Hice un mapa que puedes usar.

—¿Sí? —Will sonrió.

—Dibujé uno para Savanna. No se perderá con él.

Embargado por la emoción, apagó la luz y besó el pelo del niño.

De pie en el pasillo, oyó murmullos en la cocina. Nate y los otros pilotos, trazaban la misión de rescate. Debería estar con ellos. No podía mirar a los ojos angustiados de Georgia, quien se había presentado nada más enterarse.

La puerta de la habitación de Savanna estaba abierta. Encendió la luz y estudió el cuarto.

Tenía sus cosas colocadas con orden. Dos montones de libros en la mesa, unas zapatillas rosas en la alfombra junto a la cama, un jersey con motivos verdes sobre el respaldo de la silla.

Al volverse para salir, vio el estuche del vídeo sobre la mesilla de noche. *Chu-Chu, El Gato de los Trenes*. El vídeo que había comprado el día que Chris se había escapado de la escuela.

Que lo ayudaría a conquistar su miedo.

Lamentó no disponer de un vídeo que lo ayudara a eliminar el que lo dominaba a él en ese momento.

Pilotó el aparato lo más bajo posible siguiendo las coordenadas que Max había radiado la tarde anterior en su solicitud de auxilio.

La zona era un pequeño lago glacial, de unos diez acres de largo en un valle al este del Glaciar Matanuska.

«En línea recta, a veinte minutos de casa».

Veinte minutos. Veinte años.

No había sido capaz de rescatar a Aileen. Pero como fuera, pensaba rescatar a Savanna.

Había sido el primero en despegar.

Incapaz de dormir, había dado vueltas por la casa, repasando el plan de vuelo de Max y estudiando el mapa que Christopher había dibujado y la ruta que debería haber seguido el Piper.

El niño era una maravilla. Había dedicado horas en su habitación a trabajar en el mapa. Horas, mientras Georgia, él y Nate con el resto de pilotos, bebían café y hablaban de planes de rescate.

A las cuatro de la mañana, mucho después de que todos se hubieran marchado antes de iniciar la búsqueda a las cinco y media, le había dejado una nota a Georgia en el mostrador de la cocina:

Me voy. Dile a Chris que no se preocupe. Volveré con Savanna.

W.

—¿Oye eso? —preguntó Max.

Conteniendo el aire en unos pulmones irritados, escuchó en el increíble silencio.

Un sonido en la distancia.

Whop-whop-whop.

Aspas de helicóptero. Girando despacio. *Will.*

Escudriñó a través de un cristal sucio y trozos de arbustos que habían salpicado al dar contra la roca. Más allá, la bruma y las nubes bajas ocultaban casi todo el lago en una mancha gris perla. Se le hundió el corazón. No los vería.

—¡Hay que lanzar una bengala! —el avión se sacudió cuando Max saltó de la cabina.

Gritando. Salpicando en el lago.

«Will», pensó. «Encuétranos».

Con el corazón desbocado, viró hacia el punto del resplandor. Y entonces vio el Piper amarillo ladeado en una zona somera cerca de la costa, con la punta del ala izquierda sumergida.

El agua del lago cubría las piernas de Max, que agitaba los brazos cerca del morro del aparato.

Al ver un punto en el que poder posar el Jet Ranger, transmitió el emplazamiento a Nate y al Aeropuerto de Palmer.

¿Dónde estaba Savanna? Para sus adentros suplicó que se encontrara bien.

Max chapoteó en el agua, tropezando con piedras en su camino hacia la costa mientras Will se quitó los auriculares y saltó del helicóptero nada más tomar tierra.

—¿Dónde está? —le gritó al hombre que trastabillaba hacia él.

—En el avión. Está bien, Will.

—¡Savanna! —se lanzó por el agua.

La puerta del avión estaba abierta, inclinada por encima de la superficie del lago. Como un loco, entró en la cabina. Aferrando la manta contra su cuello con dedos amoratados, la vio tumbada en la zona de carga. Clavó los ojos verdes en él.

—Will —susurró con voz ronca—. Has venido.

—Savanna, cariño —se metió en el espacio estrecho y la tomó con gentileza en brazos—. Estoy aquí, cariño. Gracias al Todopoderoso. Estás a salvo, estás... —las lágrimas le frenaron las palabras—. Pensé... —le besó la frente, los ojos, la nariz—. Savanna... pensé que te había perdido.

Unos dedos helados le tocaron la mejilla.

—Estoy bien. Sólo me he lastimado la muñeca.

Soltó una risa trémula y apoyó la frente contra la de ella y con ternura le besó los labios.

—Te voy a llevar a casa, cariño. ¿Cómo te suena eso?

—Celestial.

Se miraron. «Moriría por ti», quiso decirle él, pero tenía un nudo en la garganta. A cambio, la abrazó con ternura.

El médico de Starlight quiso mantenerla veinticuatro horas en observación en la clínica en el pequeño hospital.

Además, había que esperar que bajara la hinchazón de la muñeca para poder escayolarla.

Por eso se hallaba en la cama estrecha, luchando contra la fatiga y las náuseas, preguntándose por Christopher en la casa de Will.

«¿Me has echado de menos, hombrecito?»

Se durmió imaginando a Will y a su hijo sobreviviendo en esa bonita y cálida cabaña.

Sin ella.

Le colocaron una escayola en la muñeca, y le curaron la herida en la frente.

Él la observó despertar a intervalos.

Finalmente, sus ojos verdes enfocándolo. Al pie de la cama, Will suspiró.

—Eh, cariño —susurró—. ¿Cómo te encuentras?

Ella entreabrió los labios resecos.

—¿Como si hubiera estado en un accidente de avión?

El intento de humor lo conmovió.

—Savanna —se llevó la mano libre de ella a los labios antes de cerrar los ojos—. No vuelvas a hacerme esto —musitó.

—¿Puedo pedirte yo lo mismo?

Que dejara de volar.

—De acuerdo. Si debes volar, yo seré tu piloto. No está abierto a discusión, cariño. En Alaska, soy el único —«y también en el resto del mundo».

Desvió la vista a la ventana.

—¿Cómo está Christopher?

—Muy bien. Lo tiene Georgia y están viendo ese vídeo que compraste. De hecho, Chris lo había visto cuatro veces esta mañana —de nuevo le besó los dedos—. Empieza a gustarle Chu-Chu.

—Oh, eso es fantástico. No pasará mucho hasta que puedas volver a presentarle a tu gata, incluso tal vez llevarla de vuelta a casa.

—Ya veremos. Si no, Val está dispuesta a darle un hogar —no quería hablar de Valerie—. Chris estuvo levantado la mitad de la noche leyendo y trazando mapas —sonrió—. El chico está loco con la geografía de Alaska.

—Me dibujó una trayectoria de vuelo antes de irme.

—Lo sé. A mí también me dio una —«quería que nos encontráramos».

Ella sonrió como si le hubiera leído el pensamiento.

—Parece que habéis conectado. Es magnífico —susurró—. Facilitará las cosas cuando me vaya.

—Ya hablaremos más tarde.

Lo que quería era decirle que la amaba, pero el miedo recorrió su corazón.

Savanna ya lo había rechazado una vez.

Pero no en ese momento, cuando se tumbó a su lado y la llenó de besos suaves en la boca.

La calidez hogareña de la cabaña de Will estuvo a punto de acabar con su resolución. Permaneció en el umbral, observando el salón, desordenado con las cosas de un niño.

Sobre la alfombra había mapas, un helicóptero de juguete y una docena de libros de aviación. Tres vagones estaban en el borde de la mesita de centro. Delante del televisor, en el suelo, estaba el estuche de la cinta de video del gato Chu-Chu. En ese momento la película se hallaba en la casa de Georgia.

Su maletín con las notas sobre Jeff estaba junto al felpudo de la puerta de entrada, donde daba por hecho que lo había dejado Will después de llevarla el día anterior al hospital.

Donde se había echado en la estrecha cama y la había protegido en sus brazos. Donde no había dejado de besarla, susurrándole palabras cariñosas.

Pero en ningún momento había pronunciado esas dos palabras específicas.

Cruzó el salón desordenado y fue a la cocina. Una cafetera fría medio llena y dos platos de desayuno. La sudadera gris de Christopher colgaba junto a la de Will de la puerta de atrás.

El hogar de una *familia*. Una familia de la que ella no formaba parte, de la que nunca sería parte, porque Will no la amaría por los motivos que contaban entre un hombre y una mujer; y porque no podía dejar atrás su edad y su pasado dañado, y el hecho de que algún día quizá cambiara de idea y deseara otro hijo.

«Es hora de dejar los lamentos e irte, Savanna».

Subió a hacer sus dos maletas y bolsa. En el cuarto de baño, mientras metía sus cosas en el neceser, vio el cepillo de dientes de Christopher con restos de pasta dentífrica. Lo lavó con agua caliente. La toalla que él había usado después de la ducha colgaba de un borde de la bañera. La sacudió y la colgó de la barra.

«Estoy siendo madre por última vez».

Las lágrimas llegaron con rapidez.

«Es mejor de esta manera. En un día me habrá colocado detrás de esa puerta secreta con Dennis y Elke. La puerta que mantiene cerrada».

Llevó las maletas abajo junto a la entrada principal. Valerie llegaría pronto, tal como le había pedido.

Hurgó en los cajones de la cocina en busca de un papel y un bolígrafo para dejar una nota. Algo para que Will entendiera. Algo para Christopher, si necesitaba recordar. Incapaz de dar con lo que necesitaba, fue al despacho de Will.

Allí escribió una nota: *Gracias por devolverme mi vida*; luego para Christopher: *Siempre serás mi pequeño preferido*.

Dos minutos más tarde, esperaba con las maletas en el porche delantero que apareciera la furgoneta de Valerie.

Capítulo 14

Estás cometiendo un error —le dijo Valerie de camino al aeropuerto de Starlight—. Al menos deberías habérselo dicho a Georgia. Le dolerá que no te hayas despedido.

Savanna observó desaparecer las casas por la ventanilla del acompañante; el aeropuerto estaba a dos kilómetros de las afueras de la ciudad.

—Se me dan fatal las despedidas —la miró—. Tú se lo dirás por mí, Val.

—¿Y qué pasa con Chris y Will?

«Formaréis un gran equipo».

—Les dejé una nota a cada uno —cinco líneas para Will, tres para Chris. «Os quiero mucho a los dos. Mucho».

—Eso no es suficiente —Valerie la miró ceñuda.

—Es asunto mío, Val.

—Mmm. Es lo mismo que dijo Will.

—¿Cuándo?

—Cuando le pregunté si te amaba —la miró con suavidad—. Te ama, ¿lo sabes? Lo vi la otra noche cuando... tu avión tuvo el accidente. Jamás había visto a Will Rubens perder los nervios. Esa noche sí.

—Se preocuparía por cualquier amigo perdido en las montañas.

—No era sólo preocupación. Enloqueció. En un momento, Nate lo sorprendió yendo de un lado a otro del porche y...

Savanna experimentó un ligero escalofrío.

—¿Y?

—Temblando.

Fingiendo indiferencia, respondió:

—Bueno, aquella noche había habido una tormenta. La temperatura había

descendido —un frío que la había calado hasta la médula en el lago.

—He visto a Will trabajar en camiseta con temperaturas más bajas —Val giró a la izquierda—. Es prácticamente inmune al frío. Eso... eso era más.

Sintió un nudo en el estómago.

¿Y si Valerie tenía razón?

Con cada milla aérea que recorría de vuelta a Starlight, Will apretaba la mandíbula con más fuerza.

Maldijo para sus adentros.

Se preguntó en qué pensaba Savanna al largarse de esa manera. ¿Por qué no le había contado sus planes el día anterior en el hospital?

¿Y en qué diablos pensaba él? Debería haberse presentado en el hospital para recogerla. Debería haberle pasado el viaje de ese día a otro piloto.

Comprobó la hora. Faltaban dos minutos hasta que la pista apareciera a la vista. Nate le dijo que Vince planeaba despegar con ella a las once menos cuarto. Faltaban menos de cinco minutos.

Si Nate no le hubiera radiado la información de Valerie, habría estado en el río Copper con los fotógrafos. Menos mal que las dos parejas lo habían entendido y aceptado salir de Glenallen con otro piloto.

Al superar una pequeña colina al este de la ciudad, habló por la radio:

—Nate, aquí cuatro-dos-cinco-nueve, listo para aterrizar.

—Recibido, cuatro-dos-cinco-nueve. Todo despejado —pausa—. A propósito, Vince aún no ha despegado.

—¿En qué situación se encuentra?

—Preparado en la pista.

Pudo ver el Cessna azul marino de Vince y a un par de figuras junto a la puerta abierta del aparato.

—Recibido. Corto.

Voló hacia el bimotor.

La vio aparecer en lo alto de las escalerillas del aparato y hablar con Vince, sin duda diciéndole que se diera prisa para asegurarse de que Will no pudiera interrumpir su vuelo.

Por un momento, Savanna observó el helicóptero que descendía y luego desapareció en el interior del avión. Will posó el Jet Ranger en la plataforma junto al hangar, apagó el motor y se soltó el arnés de seguridad. El nombre de

ella estaba en sus labios al abrir la puerta.

El otro piloto continuó cargando el equipaje de ella.

—No te molestes con eso, Vince —le gritó, corriendo hacia el Cessna—. No se va a ir a Anchorage contigo.

—Retírate, Will —dijo el otro, metiendo la última maleta por la puerta—. Vamos a despegar.

—Déjame entrar.

Vince bloqueó la puerta.

—No vas a subirte a mi avión.

Will entrecerró los ojos. Conocía a Vince de toda la vida, pero lo golpearía para entrar en el avión en el que iba la mujer que amaba.

—Savanna —llamó. En la cabina, ella le ofreció la obstinada espalda. Will rodeó el morro y golpeó en el cristal—. Savanna, sal. Tenemos que hablar. Ella alzó el mentón—. No te vas a ir hasta que hablemos —lo ignoró—. Escúchame, si no bajas de ese avión, te juro que entraré y te sacaré a hombros.

—Vete a casa, Will —unos ojos verdes enfadados se clavaron en él.

Vince rodeó su avión.

—Escucha, tío, esto...

—Vete a dar un paseo, Vince.

El piloto se encogió de hombros.

—Perfecto. Pero pienso despegar en tres minutos.

—Acabaré en dos. Savanna... —volvió a llamar al cristal—. Por favor —ella se levantó del asiento; él fue hacia la puerta—. Esto que haces está mal —dijo en el umbral—. Absolutamente mal.

—Te dije que un día me iría de Starlight —respondió ella—. Y ese día es hoy.

Se tragó su furia, su miedo.

—¿Sin decírnoslo? ¿Sin despedirte?

—Oh, Will. Los adioses no se me dan bien —giró a medias para volver al avión—. Escribiré.

—Jamás te consideré una cobarde, Savanna Stowe —la miró con ojos centelleantes.

Ella se volvió despacio.

—¿Una cobarde?

—¿Acaso esto no lo demuestra? —indicó con la mano el Cessna—. ¿Huyes a alguna parte donde no corras el riesgo de poner en juego tu corazón?

Bajó los escalones y se plantó ante él.

—Como ya te he dicho una docena de veces, Will, me marchó de Alaska. Es lo único que demuestra esto.

Pero le temblaba el mentón.

—Lo único que yo deseo es un adiós —musitó él.

Pasaron unos segundos. Una hora. Una eternidad. Él repitió:

—Dilo. Di adiós.

Ella abrió los labios sin emitir sonido alguno. Él leyó «Adiós».

Antes de que pudiera darse la vuelta, la pegó contra su pecho.

—No —dijo Will—. Esto es adiós.

Y entonces la besó. Un beso pleno y turbulento, que le sacó el aire de los pulmones... y los destruyó a ambos. Al terminar, le enmarcó la cara con las manos.

—Tengo dos cosas que decirte, Savanna. Primera y principal, te amo. Sin ti, estaría perdido en un sitio más recóndito y salvaje que donde cayó tu avión.

—Will... —se le humedecieron los ojos.

—Me has rescatado —susurró contra su cabello—. Christopher y tú. Te amo, cariño. Más de lo que jamás podré expresar. Si te vas, te llevarás mi corazón, mi alma —le sonrió—. No puedo dejar que le pase eso a nuestro pequeño.

Ella comenzó a llorar. Luego se puso a reír a través de las lágrimas.

—No juegas limpio.

—No estaba jugando, Savanna.

—De acuerdo —suspiró—. Tú ganas.

—¿Te quedarás?

—Me quedaré.

—Y hay una segunda cosa, cariño. Si quieres adoptar a otro niño, es lo que haremos.

—Oh, Will —la sonrisa le tembló—. ¿Estás seguro?

—Tanto como que estoy ante ti, nena.

Ella enarcó una ceja.

—¿Nena?

—Lo sé. Soy un neandertal —sonrió y se encogió de hombros—. ¿Crees que habré cambiado para nuestro cincuenta aniversario?

Ella rió.

—Espero que no.

Viendo a Will enviar a los Starlight Jaguars al campo, Savanna jugueteó con el anillo de oro que tenía en la mano. Era la sexta entrada y su equipo iba 5-4 arriba contra los Grizzlies de Palmer.

«Su equipo». Sentada en la silla de plástico próxima al banquillo de los Jaguars, sonrió.

Habían pasado tantas cosas desde aquel día en la pista del aeropuerto. Incapaz de esperar, se habían casado en junio. Chris había sido el padrino de Will. Georgia la dama de honor de Savanna.

Como cualquier familia, tenían sus desacuerdos, pero esos momentos los superaba el amor permanente que sentían el uno por el otro y por Christopher.

El bate crujió y la devolvió al juego.

El bateador de los Grizzlies corrió hacia la primera base. Roger atrapó la pelota y se la lanzó a su jugador en la base.

—¡Fuera! —gritó el árbitro.

—¡Sí! —Savanna dio un salto.

Y entonces sucedió.

El siguiente bateador lanzó una pelota mala que se elevó hacia la izquierda y cayó, como a cámara lenta, directamente hacia Christopher, que miraba hacia arriba.

El pequeño cruzó los brazos sobre el pecho.

En su mano izquierda, los cuadernos con los gráficos y las cuadrículas de las jugadas aleteaban bajo la brisa caliente de julio.

Medio segundo más tarde, la pelota cayó.

Christopher aterrizó sobre su trasero.

Savanna se puso de pie. Desde la tercera base, Will corrió hacia él.

—¡Hijo! —se arrodilló junto al pequeño—. ¿Dónde te duele, Chris? ¡Dime dónde!

El niño movió la cabeza.

—No me duele —alzó la vista, miró directamente a Will a los ojos y rió—. La atrapé. ¡Atrapé la pelota!

Y ahí estaba, en el hueco de su brazo, la pelota del equipo.

—¡Mamá, papá! ¿Lo habéis visto? ¿Me habéis visto atrapar la pelota?

Mamá. Papá.

—Oh, cariño —a Savanna se le disparó el pulso—. Estamos muy

orgullosos.

Aferrando la pelota, Christopher se puso de pie. De inmediato, los Jaguars lo rodearon y lo felicitaron. En los laterales, los padres aplaudieron.

Will tomó la mano de Savanna.

—Bueno, mamá —comentó con voz emocionada—. ¿Qué dices de nuestro niño, eh?

—Que soy una mujer afortunada. Los dos hombres más notables de la tierra están en este campo y son míos para que los pueda querer.

En su corazón, Elke y Dennis sonrieron.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com